

5 Henry James

(tr. de Eduardo Lago, Cátedra, 1985)
[en estado de revisión por JR]

(tr. de Enrique Hegewicz, 1980)

I

I

I

10 The poor young man hesitated and procrastinated*: it cost him such an effort to broach*
postponed
bring up, (abordar), raise
(el asunto de las condiciones de pago)
15 the subject of terms*, to speak of money to a person who spoke only of feelings and, as it were, of the aristocracy. Yet he was unwilling to take leave, treating his engagement* as settled*, without some more conventional glance* in that direction than he could find an opening for in the manner of the large, affable lady who sat there drawing* a pair of
(estirando), pulling
(sobados, sucios)
gloves / (ante)
(deslizando)
20 soiled* *gants* de Suède** through a fat, jeweled hand and, at once pressing and gliding*, repeated over and over everything but the thing* he would have liked to hear. He would have liked to hear the figure* of his salary; but just as he was nervously about to sound* that note* the little boy came back—the little boy Mrs. Moreen had sent out of the room to fetch* her fan*. He came back without the fan, only with the casual* observation that he couldn't find it. As he dropped this cynical* confession he looked straight* and hard* at the candidate* for the honor of taking* his education in hand. This personage reflected, somewhat grimly*, that the first thing he should have to teach his little charge* would be to appear to address* himself to his mother when he spoke to her—especially not to make her such an improper answer as that.

35 When Mrs. Moreen bethought* herself of this pretext for getting rid of* their companion, Pemberton supposed it was precisely to approach* the delicate subject of his remuneration. But it had been only to say some things about her son which it was better that a boy of eleven shouldn't catch. They were extravagantly* to his advantage, save* when she lowered her voice to sigh, tapping* her left side* familiarly: "And all overclouded by *this*, you know—all at the mercy of a weakness*—!" Pemberton gathered* that the weakness was in the region of the heart. He had known the poor child was not robust: this was the basis on which he had been invited to treat*, through an English lady, an Oxford acquaintance*, then at Nice, who happened to know both his needs and those of the amiable* American family looking out for something really superior in the way of a resident* tutor*.

40 The young man's impression of his prospective* pupil, who had first come into the room, as if to see for himself, as soon as Pemberton was admitted*, was not quite the soft* solicitation* the visitor had taken for granted*. Morgan Moreen was, somehow, sickly* without being delicate, and that he looked intelligent (it is true Pemberton wouldn't have enjoyed his being stupid), only added to the suggestion that, as with his big mouth and big ears he really couldn't be called pretty*, he might be unpleasant. Pemberton was modest—he was even timid; and the chance that his small scholar* might prove cleverer* than himself had quite figured, to his nervousness, among the dangers of an untried* experiment. He reflected, however, that these were risks one had to run when one accepted a position, as it was called, in a private family; when as yet one's University honors had, pecuniarily speaking, remained barren*. At any rate*, when Mrs. Moreen got up as if to intimate* that, since it was understood he would enter upon his duties within the week she would let him off* now, he succeeded, in spite of the presence of the child, in squeezing out* a phrase about the rate* of payment. It was not the fault of the conscious smile which seemed a reference to the lady's expensive* identity*, if the allusion did not sound rather vulgar. This was exactly because she became

El pobre joven dudaba, sin acabar de decidirse: le suponía un gran esfuerzo abordar el tema de las condiciones económicas, hablarle de dinero a una persona que sólo hablaba de sentimientos y, podíamos decirlo así, de la aristocracia. Sin embargo, no quería considerar cerrado el compromiso e irse sin que se echara en aquella dirección una mirada más convencional, pues apenas dejaba resquicio para ello el modo en que abordaba el asunto la dama afable y corpulenta que se hallaba sentada ante él, jugando con unos sobados *gants de Suède* que oprimía y deslizaba a través de su mano gordezuela y enojada, sin cansarse de repetir una y otra vez toda clase de cosas, excepto lo que al joven le hubiera gustado oír. Le hubiera gustado oír la cifra de su salario; pero en el mismo momento en que el joven, con nerviosismo, se disponía a hacer sonar aquella nota, regresó el niño (a quien la señora Moreen había hecho salir de la habitación diciéndole que fuera a por su abanico). El niño volvió sin el abanico, limitándose a decir, como si tal cosa, que no lo encontraba. Mientras dejaba caer aquella confesión cínica, clavó con firmeza la mirada en el aspirante a alcanzar el honor de ocuparse de su educación. Este personaje pensó, con cierta severidad, que la primera cosa que tendría que enseñarle a su pupilo sería cómo debía dirigirse a su madre (específicamente que no debían darse respuestas tan impropias como aquella).

Cuando la señora Moreen ideó aquel pretexto para deshacerse de la presencia del niño, Pemberton supuso que lo hacía precisamente para tocar el delicado asunto de su remuneración. Pero lo había hecho tan sólo para decir sobre su hijo algunas cosas que a un niño de once años no le convenía escuchar. Elogió a su hijo de manera desorbitada, exceptuando un momento en que, adoptando un aire de familiaridad, bajó la voz y, dándose unos golpecitos en la parte izquierda del tórax, dijo suspirando: —Y todo lo ensombrece esto ¿sabe? Todo queda a merced de una debilidad.

Pemberton coligió que la debilidad se localizaba en la región del corazón. Sabía que el pobre niño no era robusto: tal era el motivo por el que le había invitado a tratar de aquello, por medio de una señora inglesa, una conocida de Oxford que a la sazón se hallaba en Niza y que casualmente estaba informada tanto de las necesidades de Pemberton como de las de aquella amable familia norteamericana, que buscaba un tutor altamente cualificado y dispuesto a vivir con ellos.

Su futuro alumno (que aguardaba en la habitación a la que hicieron pasar al visitante, como si quisiera ver por sí mismo cómo era Pemberton en cuanto éste entrara) no le causó al joven la impresión inmediatamente favorable que había dado por supuesta. Por alguna razón, Morgan Moreen era enfermizo sin ser delicado, y su aspecto inteligente (cierto es que a Pemberton no le habría hecho gracia que fuera estúpido) sólo reforzaba la posibilidad de que se tratara de un niño desagradable, del mismo modo que su boca y sus orejas, demasiado grandes, impedían considerarlo agraciado. Pemberton era modesto, era incluso tímido; y la posibilidad de que su pequeño pupilo pudiera ser más inteligente que él era, para su intranquilidad, uno más entre los peligros que entrañaba aquel experimento novedoso. Pensó, no obstante, que eran riesgos que había que correr al aceptar una posición —como decían— en el seno de una familia cuando los honores universitarios, pecuniariamente hablando, aún no han rendido fruto alguno. Sea como fuere, cuando la señora Moreen se puso de pie (como queriendo decir que, entendido que el joven empezaría aquella misma semana, era libre de irse hasta el momento en que se hiciera cargo de sus obligaciones), Pemberton logró, pese a la presencia del niño, decir algo referente a sus honorarios. Si la alusión no resultó vulgar, no fue por la sonrisa consciente que parecía hacer referencia a la situación acaudalada de la dama. La causa fue exactamente que ésta supo ser más airosa y responder:

El pobre joven dudaba y aplazaba una y otra vez el momento de exponerlo: le resultaba muy difícil plantear el retirarse, tema de las condiciones, hablar de dinero a una persona que sólo hablaba de sentimientos y, por decirlo así, de cosas aristocráticas. Pero se resistía a pedir permiso para retirarse, dando de este modo por supuesto que aceptaba el empleo, sin antes haber dirigido una mirada más convencional a un asunto que no había abordado hasta ahora aquella dama voluminosa y afable que jugueteaba con un par de manchados *gants de Suède* con una mano gorda y enojada y hablaba machaconamente de todos los temas menos del que él quería. Al joven le hubiera gustado oír la cifra de su salario; pero precisamente cuando por fin estaba a punto de decidirse a mencionar la cuestión regresó el muchacho, el muchacho que Mrs. Moreen había enviado a buscar su abanico; lo hizo sin el abanico y se limitó a decir desprecupadamente que no lo había encontrado. Mientras hacía tan cínica confesión lanzó una mirada directa y firme al joven que acababa de presentar su candidatura para la honrosa tarea de educarle. Este personaje pensó, con acentos algo sombríos, que lo primero que iba a tener que enseñar al pequeño era a mirar a su madre cuando estuviera diciéndole algo, y sobre todo a no dar contestaciones tan poco apropiadas como aquella.

Cuando Mrs. Moreen aprovechó este pretexto para librarse del muchacho, Pemberton supuso que lo hacía precisamente con intención de tratar en su ausencia del delicado tema de la remuneración. Pero de hecho sólo lo 'aprovechó para decir de su hijo algunas cosas que no oyesen a un niño de once años. Y todas eran extravagantemente favorables para él, todas menos la que Mrs. Moreen dijo bajando la voz hasta convertirla en un suspiro y dándose unos familiares golpecitos en el costado izquierdo:

—¡Pero está todo cubierto de nubarrones que vienen de aquí...! ¡Todas estas cualidades están a merced de un punto flaco!

Pemberton comprendió que el punto flaco era el corazón. Ya sabía que el pobre niño no era robusto: era éste el motivo por el cual le habían invitado a encargarse de su educación, por medio de una dama inglesa a la que había conocido en Oxford y que residía en aquel momento en Niza, y que estaba casualmente enterada tanto de sus necesidades como de las de la amable familia norteamericana que buscaba una persona especialmente dotada para el puesto de preceptor.

Sin embargo, la primera impresión que causó en el joven su presunto discípulo cuando, pocos instantes después de que Pemberton entrara en la sala, el chico compareció dispuesto al parecer a averiguar personalmente con quien se las tendría que ver, distaba bastante de la fragilidad que el visitante había dado por supuesta. Morgan Moreen era, en cierto sentido, un chico que, sin ser delicado, era enfermizo, y el hecho de que pareciera inteligente (es cierto que a Pemberton no le hubiera gustado nada que fuese estúpido), no hizo sino agravar su impresión de que, puesto que con su gran boca y sus grandes orejas no era lo que hubiera podido llamarse un limo guapo, podía resultar desagradable. Pemberton era modesto, y hasta tímido, y la posibilidad de que su pequeño alumno pudiera ser más listo que él era, para el nervioso joven, uno de los peligros latentes en la experiencia que le aguardaba. Pensó sin embargo que cuando alguien se le disponía a asumir un puesto en una familia como aquella tenía que aceptar esta clase de riesgos. Especialmente teniendo en cuenta que, en su caso, sus diplomas universitarios habían sido estériles, desde el punto de vista pecuniario, hasta aquel momento. De todos modos, cuando Mrs. Moreen se levantó susurrando en cierto sentido con aquel movimiento que, como quedaba sentado que Pemberton empezaría a cumplir con sus deberes de maestro antes de siete días, le daba su autorización para retirarse, el joven consiguió, a pesar de la presencia del niño, interponer una frase sobre el sueldo. Si la alusión no sonó francamente vulgar no fue por la sonrisa con que Pemberton acompañó sus palabras, como quien hace notar que conoce la fortuna de la dama, sino por la gracia con que ella le contestó:

*polite, courteous / answer
adequate, normal, satisfactory*

still more gracious* to reply*: "Oh! I can assure you that all that will be quite regular*."

(se preguntó)

Pemberton only wondered*, while he took up his hat, what "all that" was to amount* to—people had such different ideas. Mrs. Moreen's words, however, seemed to commit the family to a pledge* definite enough to elicit* from the child a strange little comment, in the shape of the mocking*, foreign* ejaculation*, "Oh, là-là!"

cast a quick look

Pemberton, in some confusion, glanced* at him as he walked slowly to the window with his back turned, his hands in his pockets and the air in his elderly* shoulders of a boy who didn't play. The young man wondered if he could teach him to play, though his mother had said it would never do* and that this was why school was impossible. Mrs. Moreen exhibited no discomfiture*; she only continued blandly*: "Mr. Moreen will be delighted* to meet* your wishes. As I told you, he has been called to London for a week. As soon as he comes back you shall have it out* with him."

(de adulto)

be possible

uneasiness, (desconcierto) / (en tono afable)

(complacidos) / (satisfacer)

(aclarar, podrá discutirlo)

This was so frank and friendly that the young man could only reply, laughing as his hostess* laughed: "Oh! I don't imagine we shall have much of a battle."

(anfitriona)

(inopinadamente)

"They'll give you anything you like," the boy remarked unexpectedly*, returning from the window. "We don't mind what anything costs—we live awfully* well."

(magníficamente)

(singular, especial)

(se escabulló, se zafó)

mocking

(infantil)

glimmers, flashes, (vestigios)

(adolescencia)

drag, tedium, ennui

(estímulo) / (contuvo)

"My darling, you're too quaint*!" his mother exclaimed, putting out to caress him a practiced but ineffectual hand. He slipped out* of it, but looked with intelligent, innocent eyes at Pemberton, who had already had time to notice that from one moment to the other his small satiric* face seemed to change its time of life. At this moment it was infantine*; yet it appeared also to be under the influence of curious intuitions and knowledges. Pemberton rather disliked precocity, and he was disappointed to find gleams* of it in a disciple not yet in his teens*. Nevertheless he divined on the spot that Morgan wouldn't prove a bore*. He would prove on the contrary a kind of excitement*. This idea held* the young man, in spite of a certain repulsion.

(jovencito)

(derrochadores) / cheerfully

(atraer, acercar)

"You pompous little person*! We're not extravagant*!" Mrs. Moreen gayly* protested, making another unsuccessful attempt to draw* the boy to her side. "You must know what to expect," she went on to Pemberton.

interrupted

"The less you expect the better!" her companion interposed*. "But we are people of fashion."

(burló) / (con ternura)

dismiss, flunk, (fallarnos)

(están fuera)

"Only so far as you make us so!" Mrs. Moreen mocked*, tenderly*. "Well, then, on Friday—don't tell me you're superstitious—and mind you don't fail* us. Then you'll see us all. I'm so sorry the girls are out* I guess you'll like the girls. And, you know, I've another son, quite different from this one."

"He tries to imitate me," said Morgan to Pemberton.

"He tries? Why, he's twenty years old!" cried Mrs. Moreen.

(ingenioso)

(subrayó) / (afirmando)

ideas, (salidas) / (delicias)

attention

sounded / (atrevida)

"You're very witty*," Pemberton remarked to the child—a proposition that his mother echoed* with enthusiasm, declaring* that Morgan's sallies* were the delight* of the house. The boy paid no heed* to this; he only inquired abruptly of the visitor, who was surprised afterwards that he hadn't struck* him as offensively forward*: "Do you want very much to come?"

"Can you doubt it, after such a description of what I shall hear?"

—¡Oh! Le puedo asegurar que eso se resolverá de modo enteramente satisfactorio.

Pemberton sólo se preguntó, mientras cogía el sombrero, a cuánto ascendería «eso»; la gente tiene ideas tan distintas al respecto. No obstante parecía que las palabras de la señora Moreen suponían un compromiso suficientemente claro por parte de la familia, pues dieron lugar a que el niño hiciera un breve y extraño comentario, exclamando burlescamente en otra lengua:

—¡Oh, là-là!

Pemberton, un tanto confundido, lanzó una mirada hacia su futuro alumno, viéndole alejarse lentamente hacia la ventana, la espalda vuelta, las manos en los bolsillos y, en torno a sus hombro de adulto, el aire de ser un niño que no jugaba. El joven se preguntó si sería capaz de enseñarle a jugar, aunque la madre había dicho que jamás resultaría y que por eso le era imposible ir al colegio. La señora Moreen no dio muestras de desconcierto; se limitó a proseguir en **tono afable**:

—El señor Moreen tendrá mucho gusto en satisfacer sus deseos Como le dije, le han llamado a Londres, donde estará una semana En cuanto vuelva aclarará esto con él.

Aquello era tan franco y tan amistoso que el joven sólo pudo responder, riendo con su anfitriona:

—¡Oh! No creo que vayamos a pelearnos.

—Le darán lo que usted quiera —comentó el niño inopinada mente, al tiempo que volvía de la ventana—. No nos preocupa que pueda costar nada. Vivimos magníficamente bien.

—¡Querido, qué cosas tan raras dices! —exclamó su madre, acariciándolo con mano experimentada pero ineficaz. El niño se zafó dirigiendo una mirada inteligente e inocente a Pemberton, que esas alturas ya se había dado cuenta de que aquel rostro menudo y satírico parecía tener el don de cambiar de edad de un momento a otro. En aquel momento era un rostro infantil, y sin embargo, parecía hallarse bajo la influencia de curiosas intuiciones y conocimientos. A Pemberton más bien le desagradaba la precocidad y se sintió decepcionado al advertir vestigios de la misma en un discípulo que aún no había alcanzado la adolescencia. Sin embargo adivinó sobre el terreno que Morgan no iba a resultar aburrido. A contrario, iba a resultar de lo más emocionante. Aquella idea contuvo al joven, pese a que sentía una cierta repulsión.

—¡Vaya una personita pomposa! ¡No somos derrochadores! —protestó alegremente la señora Moreen, intentando, de nuevo infructuosamente, retener al niño junto a sí—. Usted debe saber qué puede esperar —prosiguió, dirigiéndose a Pemberton.

—¡Cuanto menos espere, mejor! —afirmó el niño—. Aunque nosotros somos gente a la moda.

—¡Sólo en la medida que tú nos haces serio! —dijo la señora Moreen, burlándose de su hijo con ternura. Muy bien; así pues el viernes (no me diga que es usted supersticioso); y no vaya a fallarnos. Entonces nos verá a todos. Lamento que las chicas hayan salido. Creo que le gustarán las chicas. Y ya sabe que tengo otro hijo completamente distinto a éste.

—Trata de imitarme —le dijo Morgan a Pemberton.

—¿Qué trata de imitarte? ¡Pero si tiene veinte años! —exclamó la señora Moreen.

—Eres muy ingenioso —le comentó Pemberton al niño, observación que su madre subrayó con entusiasmo, aseverando que las salidas de Morgan eran la delicia de la casa. El chico no prestó atención a aquello; simplemente le preguntó con brusquedad al visitante (el cual se sorprendió más tarde de no haber encontrado la pregunta ofensivamente descarada):

—¿Tiene usted mucha necesidad de venir a esta casa?

—¿Cómo puedes dudar después de lo que me han contado que voy a oír? —replicó Pemberton.

—¡Oh! ¡Puedo asegurarle que será muy bueno!

Mientras cogía su sombrero Pemberton se preguntó solamente a cuánto debía ascender ese «muy bueno». Sobre este asunto la gente tiene ideas muy particulares. Sin embargo, las palabras de Mrs. Moreen comprometieron a la familia a una promesa lo bastante concreta como para suscitar en el niño un extraño y breve comentario en forma de una exclamación burlesca y extranjera:

—Oh, là-là!

Algo confundido, Pemberton le miró mientras se alejaba de espaldas a él en dirección a la ventana, con las manos en los bolsillos y cierto aire, en sus hombros de persona mayor, de niño al que no le gusta jugar. El joven se preguntó si sería capaz de enseñarle a jugar, a pesar de que su madre le había dicho que eso sería imposible y que ésta era justamente la razón por la que no le mandaban a un colegio. Mrs. Moreen no pareció desconcertarse y se limitó a continuar en **tono suave**:

—Mr. Moreen se sentirá muy complacido de satisfacer sus deseos. Tal como le he dicho, ha tenido que ir a pasar una semana a Londres. En cuanto regrese podrá discutirlo todo con él.

Aquella frase era tan sincera y amistosa que lo único que fue capaz de responder el joven, riendo al igual que su anfitriona, fue:

—No creo que sea una gran batalla.

—Le darán lo que pida —comentó el chico inesperadamente, volviendo de la ventana—. A nosotros no nos importa el precio. Vivimos muy bien.

—Querido, ¡eres tan singular! —exclamó su madre alargando para acariciarle una mano experta pero ineficaz. El niño se escabulló pero se quedó mirando con Ojos inteligentes e inocentes a Pemberton, que ya se había dado cuenta de que su pequeño rostro satírico parecía cambiar de edad en cuestión de segundos. Ahora adoptaba una expresión infantil que daba sin embargo, al mismo tiempo, la sensación de estar sometida a la influencia de curiosas intuiciones y extraños conocimientos. A Pemberton no le atraía demasiado la precocidad y le decepcionó ver destellos de tal cualidad en un discípulo que ni siquiera había llegado a la adolescencia. Pero adivinó allí mismo que Morgan no sería aburrido sino más bien todo lo contrario: un chico estimulante. Y, pese a sentir cierta repulsión, el joven se sintió atraído por esta idea.

—¡Qué pomposo eres! ¡No somos extravagantes! —protestó bromeando Mrs. Moreen tratando, de nuevo sin éxito, de atraer el chico a su lado. Luego añadió, dirigiéndose a Pemberton—: Es conveniente que sepa lo que puede esperar.

—¡Cuanto menos espere, mejor! —le interrumpió el chico. Pero somos gente de categoría.

—Sólo tú haces que lo seamos —se burló con ternura Mrs. Moreen—. De acuerdo, entonces el viernes —no me diga que es supersticioso, y no nos falle. El próximo día podrá conocernos a todos. Siento que las chicas hayan salido. Creo que le gustarán. Además tengo otro hijo, muy diferente a éste.

—Trata de imitarme —le dijo Morgan a Pemberton.

—¡Ah, sí? Pero, ¡si tiene ya veinte años! —exclamó Mrs. Moreen.

—Eres muy ingenioso —le dijo Pemberton al niño. La madre se mostró de acuerdo y manifestó con entusiasmo que las salidas de Morgan eran la gran diversión de toda la familia. Sin hacer caso, el chico preguntó bruscamente al visitante, que sólo después recordó sorprendido que no le había parecido ofensivamente descarado:

—Tiene muchas ganas de venir?

—¿Cómo puedes dudar, después de haber oído semejante descripción de lo que me espera? —respondió Pemberton.

(en absoluto, lo más mínimo)

Pemberton replied. Yet he didn't want to come at all*; he was coming because he had to go somewhere, thanks to the collapse of his fortune at the end of a year abroad, spent on the system of putting his tiny* patrimony into a single* full* wave* of experience. He had had his full wave, but he couldn't pay his hotel bill. Moreover, he had caught in the boy's eyes the glimpse* of a far-off* appeal*.

inconsiderable, little, small, (minúsculo) (única) / (plena) / (ola)

look / distant, (recon- dito) / claim, (auxilio)

(puertas acristaladas)

/ (acodarse)

(parapeto, pretil, ba- laustrada)

goodbye

prodigy

courtesy

concluded

"Well, I'll do the best I can for you," said Morgan; with which he turned away again. He passed out of one of the long windows*; 15 Pemberton saw him go and lean on* the parapet* of the terrace. He remained there while the young man took leave of his mother, who, on Pemberton's looking as if he expected a farewell* from him, interposed 20 with: "Leave him, leave him; he's so strange!" Pemberton suspected she was afraid of something he might say. "He's a genius*— you'll love him," she added. "He's much the most interesting person in the family." And before he could invent some civility* to oppose to this, she wound up* with: "But we're all good, you know!"

redoubled, (venían a la mente)

teaching, educating

enthraling, exciting

(supuesto) / boring, (tedioso)

(reclinado, asomado)

fun, (pasándonoslo a lo grande) / (le gritó)

"He's a genius—you'll love him!" were 30 words that recurred* to Pemberton before the Friday, suggesting, among other things that geniuses were not invariably lovable. However, it was all the better if there was an element that would make tutoring* 35 absorbing*: he had perhaps taken too much for granted* that it would be dreary*. As he left the villa after his interview, he looked up at the balcony and saw the child leaning over* it. "We shall have great 40 larks*!" he called up*.

(ingenioso, clever, intelligent)

Morgan hesitated a moment; then he answered, laughing: "By the time you come back I shall have thought of something witty*!"

(agradable, simpático)

This made Pemberton say to himself: "After all he's rather nice*."

50

55

2

(bigote) / trusted, confidential

(ojal) / (cinta)

granted

affirmed

(hizo confidencias)

(primogénito)

quietly 75 (dar categoría), to be an example of (tipos)

acting voices, (papeles)

coincide harmoniously, were appropriate

(tocante)

made an effort

(le dijo en confianza)

small, (exiguas)

(tener un trato íntimo)

(vigilante, oteador)

alertness

60 On the Friday he saw them all, as Mrs. Moreen had promised, for her husband had come back and the girls and the other son were at home. Mr. Moreen had a white mustache*, a confiding* manner and, in his buttonhole*, the ribbon* of a foreign order—bestowed*, as Pemberton eventually learned, for services. For what services he never clearly ascertained*: this was a point—one of a large number—that Mr. Moreen's manner never confided*. What it emphatically did confide was that he was a man of the world. Ulick, the firstborn*, was in visible training for the same profession—under the disadvantage as yet, however, of a buttonhole only feebly* floral and a mustache with no pretensions to type*. The girls had hair and figures* and manners and small fat feet, but had never been out alone. As for Mrs. Moreen, Pemberton saw on a nearer view that her elegance was intermittent and her parts* didn't always match*. Her husband, as she had promised, met with enthusiasm Pemberton's ideas in regard* to a salary. The young man had endeavored* to make them modest, and Mr. Moreen confided to him* that he found them positively meager*. He further assured him that he aspired to be intimate* with his children, to be their best friend, and that he was always looking out* for them. That was what he went off for, to London and other places—to look out; and this vigilance* was

Sin embargo, era algo que no tenía ninguna gana de hacer; lo hacía porque tenía que ir a algún sitio, debido a la extinción de su fortuna tras un año en el extranjero. Se la había gastado siguiendo el procedimiento de invertir la totalidad de su minúsculo patrimonio de golpe en una sola experiencia. Había vivido plenamente aquella experiencia, pero no podía pagar la cuenta del hotel. Además había visto destellar en la mirada del niño una súplica lejana.

—Bien, haré lo que pueda por usted —dijo Morgan. A continuación el niño volvió a alejarse. Se acercó a una de las puertas acristaladas y salió al exterior; Pemberton le vio acercarse hasta el pretil de la terraza y acodarse. Aún seguía allí cuando el joven se despedía de la madre, quien intervino al darse cuenta de que Pemberton parecía esperar que el niño le dijera adiós:

—¡Déjele, déjele; es tan raro! — Pemberton sospechó que tenía miedo de lo que su hijo pudiera decir— Es un genio, usted lo adorará —agregó— Es con mucho el miembro más interesante de la familia — y sin darle tiempo a ingeniar ninguna cortesía que oponer a aquel comentario, concluyó diciendo: Pero todos somos buenos ¿sabe?

«¡Es un genio, usted lo adorará!» Antes del viernes, Pemberton recordó aquellas palabras, que le hicieron pensar, entre otras cosas, que los genios no son invariablemente adorables. Sin embargo, todo iría mucho mejor si había un elemento que hiciera de la tutoría algo absorbente: tal vez no tuviera razón al dar por supuesto que resultaría tediosa. Cuando dejó la mansión después de la entrevista, alzó la vista hacia la terraza y vio al niño asomado. Le dio una voz:

—¡Nos lo vamos a pasar en grande!

Morgan dudó un momento y después respondió, riéndose:

—¡Para cuando vuelva se me habrá ocurrido algo ingenioso!

Esto hizo que Pemberton dijera para sí:

—Después de todo el niño es bastante agradable.

Sin embargo no sentía deseos de volver; lo haría porque no tenía a dónde ir, porque había agotado su fortuna durante el año que acababa de pasar en el extranjero, de acuerdo con su idea de que lo mejor era invertir todo su escaso patrimonio en una sola experiencia a fin de lograr que ésta fuese lo más completa posible. Había obtenido esa experiencia completa, pero no podía pagar la factura del hotel. Además, había captado en la mirada del muchacho una llamada de auxilio.

—Bien, haré lo que pueda por usted —dijo Morgan dándole la espalda otra vez. Salió por una de las puertas que daban al balcón y fue a apoyarse en la barandilla. El chico se quedó allí mientras el joven se despedía de su madre que, al ver que Pemberton parecía esperar que Morgan le dijera adiós, le dijo: —Déjelo, déjelo. ¡Es tan raro!

Pemberton sospechó que ella temía que el preceptor dijera algo. Mrs. Moreen añadió:

—Es un genio. Seguro que le encantará. Es el miembro más interesante de la familia. —Y antes de que Pemberton pudiera inventar una frase educada que oponer a esos comentarios, ella terminó: ;Pero todos somos muy buenos!

Durante los días que transcurrieron antes del viernes Pemberton estuvo recordando las palabras de Mrs. Moreen: « Es un genio. Seguro que le encantará», y pensando, entre otras cosas, que los genios no son siempre encantadores. De todos modos, era mucho mejor que existiera un elemento capaz de convertir su trabajo de preceptor en una actividad absorbente. Quizás se había equivocado cuando antes de decidirse pensaba que sería aburrido. Al salir del chalet después de su entrevista con la madre, Pemberton levantó los ojos hacia el balcón y vio al chico asomado.

—¡Nos reiremos muchísimo! —le gritó.

Morgan dudó un momento. Luego, sonriendo, contestó:

—Para cuando usted vuelva ya se me habrá ocurrido algo ingenioso.

Aquello hizo que Pemberton se dijera a sí mismo:

—Después de todo es bastante simpático.

II

II

Los vio a todos el viernes, como prometiera la señora Moreen, pues su marido estaba de vuelta y las chicas, junto con el otro hijo, se encontraban en casa. El señor Moreen tenía bigote blanco, era propenso a hacer confidencias y lucía en el ojal el cordón de una orden extranjera concedida, según supo Pemberton con el tiempo, por los servicios prestados. En qué consistieron aquellos servicios nunca lo supo a ciencia cierta: era aquél un punto —uno entre muchos— sobre el cual el señor Moreen no se sentía inclinado a hacer confidencias. Sí se sintió poderosamente inclinado a hacer la confidencia de que era un hombre de mundo. Era evidente que Ulick, el primogénito, se preparaba para ejercer aquella misma profesión, con la desventaja, sin embargo, de que, hasta la fecha su ojal tenía un modesto carácter floral y su bigote carecía de grandes pretensiones. Las chicas, pese a sus peinados, su porte, sus modales y sus piececillos gordezuelos, jamás habían salido de casa solas. En cuanto a la señora Moreen, tras examinarla más de cerca, Pemberton advirtió que su elegancia era intermitente y que no siempre se vestía con armonía. Su marido, tal como ella prometiera, satisfizo entusiastamente las ideas de Pemberton en lo tocante al salario. El joven se esforzó porque fueran modestas y el señor Moreen le dijo en confianza que a él le parecían francamente exiguas. Le aseguró además que aspiraba a la intimidad de sus hijos, que quería ser su mejor amigo y que siempre los estaba vigilando. Por eso se iba a Londres y a otros luga-

El viernes, tal como Mrs. Moreen había prometido, los conoció a todos, porque su marido había regresado y las chicas y el otro hijo estaban en casa. Mr. Moreen tenía un bigote blanco, un trato confidencial y llevaba en el ojal una cinta de una orden extranjera que, como Pemberton averiguó posteriormente, le había sido concedida como premio a los servicios prestados. Nunca llegó a saber de qué clase de servicios se trataba: ésta era una cuestión —una entre muchas— que el confidencial Mr. Moreen se reservaba para sí. En cambio sí le confió con mucho énfasis que él era un hombre de mundo. Ulick, el primogénito, estaba evidentemente preparándose para la misma profesión, aunque de momento con la desventaja de no llevar en su ojal más que una flor y tener un bigote que todavía no podía aspirar a conferir categoría. Las chicas tenían cabello y tipo y modales y pies pequeños, pero nunca habían salido solas. En cuanto a Mrs. Moreen, después de haberla visto más de cerca Pemberton pensó que su elegancia era intermitente y que sus diversas voces no armonizaban. Su marido, tal como ella había prometido, escuchó con entusiasmo las ideas de Pemberton sobre cuál debía ser su salario. El joven se esforzó por ser modesto, y Mr. Moreen le confió que a él le parecía que era incluso mequino consigo mismo. Le aseguró además que aspiraba a tener un trato íntimo con sus hijos, que deseaba ser su mejor amigo, y que siempre les vigilaba. Era por esto último que había tenido que ir a Londres y a otros sitios: para vigilar; y esta vigilancia era la teoría vital,

the theory of life, as well as the real occupation, of the whole family. They all looked out*, for they were very frank on the subject of its being necessary. They desired it to be understood that they were earnest* people, and also that their fortune, though quite adequate for earnest people, required the most* careful* administration. Mr. Moreen, as the parent bird*, sought* sustenance for the nest*. Ulick found sustenance mainly at the club, where Pemberton guessed that it was usually served on green cloth*. The girls used to do up their hair and their frocks* themselves, and our young man felt appealed* to to be glad, in regard* to Morgan's education, that, though it must naturally be of the best, it didn't cost too much. After a little he was glad*, forgetting at times his own needs in the interest inspired by the child's nature and education and the pleasure of making* easy* terms* for him.

During the first weeks of their acquaintance* Morgan had been as puzzling* as a page in an unknown language—altogether different from the obvious little Anglo-Saxons who had misrepresented childhood to Pemberton. Indeed the whole* mystic* volume* in which the boy had been bound* demanded some practice in translation*. Today, after a considerable interval, there is something phantasmagoric, like a prismatic reflection or a serial* novel, in Pemberton's memory of the queer-ness* of the Moreens. If it were not for a few tangible tokens*—a lock* of Morgan's hair, cut by his own hand, and the half-dozen letters he got from him when they were separated—the whole episode and the figures peopling it would seem too inconsequent* for anything but dreamland. The queerest* thing about them was their success (as it appeared to him for a while at the time), for he had never seen a family so brilliantly equipped* for failure. Wasn't it success to have kept him so hatefully long? Wasn't it success to have drawn him in that first morning at *déjeuner**, the Friday he came—it was enough to *make one superstitious*—so that he utterly* committed* himself, and this not by calculation or a *mot d'ordre**, but by a happy instinct which made them, like a band of gypsies, work so neatly* together? They amused him as much as if they had really been a band of gypsies. He was still young and had not seen much of the world—his English years had been intensely usual*; therefore the reversed conventions of the Moreens (for they had their standards), struck him as topsyturvy*. He had encountered nothing like them at Oxford; still less had any such note been struck* to his younger American ear during the four years at Yale in which he had richly* supposed himself to be reacting against Puritanism*. The reaction of the Moreens, at any rate, went ever so much further. He had thought himself very clever that first day in hitting them all off in his mind* with the term "cosmopolite." Later, it seemed feeble* and colorless enough—confesedly*, helplessly provisional*.

However, when he first applied it to them he had a degree of joy—for an instructor* he was still empirical*—as if from the apprehension that to live with them would really be to see life. Their sociable strangeness was an intimation* of that—their chatter* of tongues, their gaiety* and good humor, their infinite dawdling* (they were always getting themselves up*, but it took forever, and Pemberton had once found Mr. Moreen shaving in the drawing-room*), their

res: para vigilar; y era aquella vigilancia la teoría de la vida, así como la ocupación genuina de toda la familia. Todos se mantenían vigilantes, pues todos afirmaban muy sinceramente que era necesario hacerlo. Desearon dejar bien sentado que eran gente seria, así como que su fortuna, si bien enteramente apropiada para una gente seria, exigía una administración en extremo cuidadosa. El señor Moreen, como padre de la niñada, era el encargado de procurar el sustento. Ulick encontraba el sustento principalmente en el club, donde Pemberton creía que solían servírselo en tapete verde. Las chicas se hacían ellas mismas sus peinados y sus vestidos, y a nuestro joven le daba la sensación de que, en lo tocante a la educación de Morgan, se le pedía que se alegrara de que, aunque naturalmente debía ser de la mejor calidad, no costara demasiado. Al cabo de poco tiempo se alegró, olvidándose a veces de sus propias necesidades en aras del interés que le inspiraban el niño, su educación y el placer de llevarse bien con él.

Durante las primeras semanas de su relación Morgan le pareció tan enigmático como una página escrita en un idioma desconocido; era completamente distinto a los transparentes niños anglosajones que le habían hecho a Pemberton formarse una idea falsa de la infancia. Ciertamente aquel niño era un libro misteriosamente encuadernado que exigía estar versado en la práctica de la traducción. Hoy, transcurrido un considerable intervalo de tiempo, subsiste en el recuerdo que guarda Pemberton de la rareza de los Moreen algo fantasmagórico, como los reflejos de un prisma o una novela por entregas. De no ser por unas cuantas pruebas tangibles (un mechón de; cabello de Morgan que cortó con su propia mano y media docena de cartas que recibió del niño cuando ya se habían separado) todo el episodio y las figuras que lo poblaron le parecerían demasiado incoherentes en otro contexto que no fuera el mundo de los sueños. Lo más raro de aquella gente era que tuvieran éxito (conforme a la impresión inicial de Pemberton), pues jamás había conocido a una familia tan brillantemente dotada para el fracaso. ¿No fue un éxito que consiguieran retenerlo por un espacio de tiempo tan odiosamente prolongado? ¿No fue un éxito que le hicieran compartir con ellos el *déjeuner* el primer día, el viernes que empezó (aquello bastaba para volverle a uno supersticioso), de modo que quedó irremisiblemente comprometido? Y ello no fue producto de un cálculo ni de una *mot d'ordre*, sino de un feliz instinto que les hacía obrar siempre en grupo, como si fueran una tribu de gitanos. Los encontraba tan divertidos como si de verdad fueran una tribu de gitanos. Pemberton era joven y no había visto mucho mundo. Sus años ingleses habían sido intensamente cotidianos, por lo que la inversión de las convenciones imperantes entre los Moreen (pues tenían sus propios valores) le parecía el mundo al revés. En Oxford no había visto nada parecido a ellos; menos aún había llegado hasta sus oídos norteamericanos ninguna nota parecida durante los cuatro años que pasó en Yale, antes de su marcha a Inglaterra. En aquella época creía haber reaccionado energicamente contra el puritanismo, pero en cualquier caso la reacción de los Moreen iba muchísimo más lejos. El primer día que estuvo entre ellos se consideró muy inteligente, tras haberlos calificado en su futuro interno como «cosmopolitas». Más adelante le pareció un término endeble y con bastante poco colorido, y hubo de reconocer el carácter impotentemente provisional del mismo.

Sin embargo, cuando lo aplicó por vez primera lo hizo con cierto regocijo (pese a su condición de instructor seguía siendo empírico) como si pensara que vivir con aquella familia equivaliera verdaderamente a contemplar el espectáculo de la vida. Se lo sugirió la afable singularidad de aquella gente: su cháchara preocupada, su alegría y buen humor su holgazanería infinita (se pasaban la vida levantándose de cama pero nunca terminaban de hacerlo; un día Pemberton se encontró al señor Moreen afeitándose en el salón), su francés, su italiano y, en medio de la desenvoltura sazónada con que habla-

y la auténtica ocupación, de toda la familia. Todos vigilaban, porque todos reconocían abiertamente que era necesario. Querían dejar bien sentado que eran gente seria, y también que su fortuna, aunque perfectamente adecuada para gente seria como ellos, exigía una administración cuidadosísima. Mr. Moreen, como cabeza de familia, era el encargado de obtener el sustento para los pajarillos del nido. Ulick buscaba su sustento sobre todo en el club, donde a Pemberton le pareció que se lo servían casi siempre sobre un tapete verde. Las chicas se hacían sus peinados y sus vestidos ellas mismas, y nuestro joven comprendió que le pedían que se contentara, en lo que se refiere a la educación de Morgan, con que, aunque naturalmente tenía que ser óptima, no fuera demasiado cara. Y eso hizo poco después, olvidando quizá sus propias necesidades en pro del interés que el carácter y la educación del niño le inspiraban y satisfecho de poder ofrecerle unas condiciones que no fueran gravosas.

A lo largo de las primeras semanas que pasaron juntos Morgan fue tan desconcertante como una página de un libro escrito en un idioma desconocido: un ser totalmente diferente de los pequeños anglosajones corrientes que hasta entonces representaban, incorrectamente, la infancia para el joven. De hecho, el místico volumen en el que el chico estaba encuadernado exigía cierta práctica antes de poder ser traducido. Hoy día, después de un considerable intervalo, quedan todavía numerosos elementos fantasmagóricos, como los de la luz reflejada por un prisma o de una novela por entregas, en el recuerdo que conserva Pemberton de las rarezas de los Moreen. Si no fuera porque poseía unas pocas muestras tangibles de su existencia—un rizo del pelo de Morgan que el preceptor cortó con sus propias manos, y la media docena de cartas que el chico le envió cuando estuvieron separados—, aquel episodio de su vida y las figuras que lo poblaron le parecerían demasiado inconsecuentes para pertenecer a ningún mundo que no fuera el de los sueños. Lo más raro eran sus éxitos (o lo que, durante un primer período Pemberton juzgó por tales), pues en su vida había conocido una familia tan bien pertrechada para el fracaso. ¿No era un éxito haberle retenido con ellos una temporada tan odiosamente larga? ¿No era un éxito haber conseguido conquistarle a él durante el *déjeuner* de la primera mañana, aquel viernes—lo que pasó posteriormente bastaba para acabar haciéndose supersticioso—, hasta lograr que se comprometiera totalmente, y que lo consiguieran no tanto por medio de un comportamiento calculado o de acuerdo con un *mot d'ordre*, sino gracias a un feliz instinto que hacía que, como una tribu de gitanos, conjugaran tan eficazmente sus diversas actitudes? A Pemberton le hacían tanta gracia como si en realidad hubieran sido una tribu de gitanos. Todavía era joven y no había visto mucho mundo. Sus años en Inglaterra habían sido intensamente corrientes y en consecuencia los trastocados convencionalismos de los Moreen (porque también tenían sus principios) le parecieron la imagen misma de la subversión. No había tratado con nadie que se les pareciera en Oxford; ni tampoco, por supuesto, había escuchado su joven oído norteamericano nada similar durante los cuatro años que pasó en Yale, entregado, o así se lo pareció a él entonces, a una reacción en toda regla contra su educación puritana. La reacción de los Moreen iba, en cualquier caso, muchísimo más allá que la suya. Pemberton creyó que era muy listo cuando el primer día les archivó a todos bajo la etiqueta de «cosmopolitas». Posteriormente la clasificación le pareció limitada y hasta incolora y acabó por reconocer que no había sido más que un intento desesperadamente provisional.

Sin embargo, cuando la aplicó por primera vez se alegró bastante—para tratarse de un preceptor, su mentalidad era considerablemente empírica—porque creyó que vivir con ellos le permitiría conocer de verdad la vida. Algo de todo esto entrevió al contemplar su extraña sociabilidad: su charlatanería en varios idiomas, su alegría y su buen humor, su infinita capacidad para holgazanear (siempre estaban a punto de levantar el vuelo, pero la partida se aplazaba eternamente, y Pemberton encontró un día a Mr. Moreen afeitándose en el salón), su francés, y su italiano, y, en

(aderezada) French, their Italian and, in the spiced*
 loquacity / (toques) fluency*, their cold, tough slices* of
 (acento americano) / nourished American*. They lived on* macaroni and
 coffee (they had these articles prepared in
 5 (rebosaban) perfection); but they knew recipes for a
 hundred other dishes. They overflowed*
 with music and song, were always
 muttering, singing / (siguiéndose unos
 a otros) humming* and catching each other up*, and
 had a kind of professional acquaintance
 10 with continental cities. They talked of
 (ambulantes) "good places" as if they had been strolling*
 (cómicos) players. They had at Nice a villa, a
 (coche de caballos) carriage*, a piano and a banjo, and they
 went to official parties. They were a perfect
 15 (birthdays) calendar of the "days"* of their friends,
 which Pemberton knew them, when they
 were indisposed, to get out of bed to go to,
 and which made the week larger than life
 when Mrs. Moreen talked of them with
 20 (ritos) Paula and Amy. Their romantic initiations*
 gave their new inmate at first an almost
 (deslumbrante), splendid, dazzling* sense of culture. Mrs. Moreen
 brilliant had translated something, at some former
 period—an author whom it made Pemberton
 25 (limitado) feel *borné** never to have heard of. They
 could imitate Venetian and sing Neapolitan,
 and when they wanted to say something
 very particular they communicated with
 each other in an ingenious dialect of their
 30 own—a sort of spoken cipher*, which
 Pemberton at first took for Volapuk*, but
 which he learned to understand as he would
 not have understood Volapuk.

A universal language invented
 by German priest in 1879.

35 "It's the family language—Ultramorean,"
 funny Morgan explained to him drolly* enough;
 (complied, acquiesced) but the boy rarely condescended* to use it
 himself, though he attempted colloquial Latin
 as if he had been a little prelate*.
 40

Among all the "days" with which Mrs.
 Moreen's memory was taxed* she managed
 to squeeze in* one of her own, which her
 friends sometimes forgot. But the house
 45 (tenia) derived* a frequented air from the number
 (de categoría) of fine* people who were freely named
 there and from several mysterious men with
 foreign titles and English clothes whom
 Morgan called the princes and who, on
 50 sofas with the girls, talked French very
 loud, as if to show they were saying nothing
 improper. Pemberton wondered how the
 princes could ever propose* in that tone
 and so publicly: he took for granted*
 55 (offer marriage, (hacer
 la corte, declararse)
 assumed) cynically* that this was what was desired
 of them. Then he acknowledged that even
 for the chance of such an advantage Mrs.
 Moreen would never allow* Paula and Amy
 60 to receive alone. These young ladies were
 not at all timid, but it was just the
 (beautiful, encantadoras) safeguards that made them so graceful*. It
 was a houseful of Bohemians who wanted
 65 (mogigatos, vulgares) tremendously to be Philistines*.

65 In one respect, however, certainly, they
 enforced achieved* no rigor—they were wonderfully
 (euphoric, (arrobados, very
 enthusiastic) amiable and ecstatic* about Morgan. It was
 ingenuous, naive, guileless, candid a genuine
 tenderness, an artless* admiration,
 70 equally strong in each. They even praised
 his beauty, which was small, and were rather
 afraid of him, as if they recognised that he
 was of a finer* clay*. They called him a
 little angel and a little prodigy and pitied*
 75 his want* of health effusively. Pemberton
 feared at first that their extravagance would
 make him hate the boy, but before this
 happened he had become extravagant
 himself. Later, when he had grown rather
 80 (soborno) to hate the others, it was a bribe* to patience
 for him that they were at any rate nice about
 Morgan, going on tiptoe* if they fancied he
 was showing symptoms, and even giving up
 somebody's "day" to procure him a pleasure.
 85 (strangest) But mixed with this was the oddest* wish
 to make him independent, as if they felt
 that they were not good enough for him.
 They passed him over* to Pemberton very
 much as if they wished to force a
 90 (amiabile) constructive adoption on the obliging*
 (unmarried man, (soltero) / bachelo* and shirk* altogether a responsibility.
 (avoid, get out of, evade, (eludir) They were delighted when they
 perceived that Morgan liked his preceptor*,
 95 tutor

ban aquellas lenguas, sus toques fríos y toscos de
 inglés norteamericano. Se alimentaban de macarro-
 nes y café (artículos que se hacían preparar con la
 máxima perfección) pero conocían las recetas de un
 centenar de platos distintos. Rebosaban música y
 canciones y se pasaban la vida tarareando e inter-
 rumpiéndose unos a otros, y el conocimiento que
 tenían de las ciudades del continente europeo re-
 vestía una especie de carácter profesional. Habla-
 ban de «sitios buenos» como si fueran cómicos de
 la legua. Tenían una casa de campo en Niza, un co-
 che de caballos, un piano y un banjo, y asistí a las
 recepciones oficiales. Eran un calendario perfecto
 de los «días» (así es como llamaban a los cumplea-
 ños) de sus amistades. Pemberton sabía que cuando
 se sentían indispuestos se levantaban la cama para
 asistir a tales eventos, así como que tenían la virtud
 de hacer que una semana pareciera más larga que
 toda una vi cuando la señora Moreen hablaba de los
 «días» con Paula y Amy Su iniciación en el roman-
 ticismo les confirió al principio, a los ojos de la per-
 sona que se había ido a vivir con ellos, una aparien-
 cia cultura casi deslumbrante. La señora Moreen
 había traducido al en otros tiempos; un autor que
 hizo a Pemberton sentirse *borné* pues jamás había
 oído su nombre. Eran capaces de imitar el veneciano
 y de cantar en napolitano, y cuando querían decir
 algo m especial se comunicaban entre sí utilizando
 un ingenioso dialecto de su invención, una especie
 de clave verbal que al principio Pemberton tomó
 por Volapük, pero que llegó a entender de un m do
 que no le habría sido posible si se hubiera tratado
 efectivamente de Volapük.

—Es el lenguaje de la familia, el
 «ultramorean» —le explicó Morgan, bastante
 divertido; pero el niño rara vez se dignaba usar;
 aunque intentaba el latín coloquial, como si fuera
 un pequeño prelado.

Entre los «días» que gravaban la memoria de la
 señora Moreen, ella lograba hacer sitio al suyo. Y
 sus amistades algunas veces lo olvidaban. Pero la
 casa tenía el aire de ser un lugar frecuentado; se lo
 conferían los nombres de una serie de personas dis-
 tinguidas a las que allí se hacía mención libremente
 y la presencia de varios caballeros misteriosos, que
 tenían títulos extranjeros y ropas inglesas, a los que
 Morgan llamaba los «príncipes»; éstos se sentaban
 en los sofás junto a las chicas y hablaban francés en
 voz muy alta, como queriendo demostrar que no
 estaban diciendo nada impropio Pemberton se pre-
 guntaba cómo diablos era posible que los príncipes
 pudieran hacer la corte empleando aquel tono y de
 un modo tan notorio; cínicamente, dio por supuesto
 que eso era lo que se esperaba de ellos. Después
 reconoció que ni siquiera ante una oportunidad tan
 ventajosa permitiría nunca la señora Moreen que
 Paula y Amy recibieran visitas a solas. Aquellas se-
 ñoritas no tenían nada de tímidas pero eran precisa-
 mente las salvaguardias lo que las hacía tan atracti-
 vas. Aquella era una casa de bohemios que tenían
 unos enormes deseos de ser mogigatos.

Había, sin embargo, un aspecto en el que, sin
 duda alguna, no actuaban con rigor: se mostraban
 prodigiosamente cariñosos y **embelesados** con
 Morgan. Se trataba de un cariño auténtico, de una
 admiración **sin trabas**, tan fuerte el uno como la
 otra. Incluso alababan su belleza, que era poca, y
 les inspiraba cierto temor, como si reconocieran que
 estaba hecho de una arcilla más fina. Le llamaba
 ángel y pequeño prodigio, y se compadecían
 efusivamente de su falta de salud. Al principio
 Pemberton temió que aquel exceso de elogios le
 hiciera cobrar odio hacia el niño, pero antes de que
 sucediera eso él ya se prodigaba en elogios tam-
 bién. Más adelante, cuando le había cobrado odio a
 los demás, era un soborno a su paciencia que tui-
 vieran muestras de consideración hacia Morgan: cami-
 naban de puntillas cuando creían que le estaban
 apareciendo los síntomas de su enfermedad, e in-
 cluso renunciaban al «día» de alguien para darle
 gusto a él. Pero entremezclado con aquello, sus fa-
 miliares tenían un afán extrañísimo por que fuera
 un niño independiente, como si pensaran que no
 estaban a la altura de él. Lo pusieron en manos de
 Pemberton como si quisieran que aquel joven ama-
 ble lo adoptara constructivamente y así ellos poder
eludir enteramente su responsabilidad. Se sintie-
 ron encantados cuando se dieron cuenta de que a
 Morgan le gustaba su preceptor y no pudieron en-

medio de aquella salpimentada facilidad para los
 idiomas, sus frías y severas salidas en un inglés
 con acento americano. Vivían de macaroni y café
 (ambos artículos preparados a la perfección), pero
 conocían recetas de cientos de platos.
 Desbordantes siempre de música y canciones, se
 pasaban el día tarareando y continuando uno la
 tonada que otro había empezado, y eran algo así
 como conoedores profesionales de las ciudades
 del continente europeo. Hablaban de si tal o cual
 sitio era «bueno» como si hubiesen sido cómicos
 ambulantes. Tenían en Niza un chalet, un carrua-
 je, un piano y un banjo, y acudían a las fiestas
 oficiales. Eran un perfecto calendario de los «días»
 de sus amigos, a los que iban incluso si no se en-
 contraban bien o guardaban cama, y que hacían
 que la semana pareciera más grande que la vida
 cuando Mrs. Moreen hablaba de aquellas veladas
 con Paula y Amy—. Sus ceremonias de iniciación
 a los ritos románticos produjeron en el preceptor
 una deslumbrante sensación de cultura. Mrs.
 Moreen había traducido algo, en una época ante-
 rior: un autor cuyo nombre hizo que Pemberton
 se sintiera *borné* porque jamás lo había oído men-
 cionar. Eran capaces de imitar el acento veneciano
 y de cantar en napolitano, y cuando quería decir
 algo muy privado se comunicaban entre sí en un
 ingenioso dialecto inventado por ellos mismos,
 algo así como un lenguaje cifrado que al princi-
 pio Pemberton creyó que era volapuk, pero que,
 a diferencia de lo que hubiera ocurrido si lo hu-
 biese intentado con el volapuk, el joven acabó por
 comprender.

—Es el idioma de la familia, el ultramorean —
 le explicó Morgan como si tal rareza explicara algo,
 pero el chico raras veces condescendía a utilizarlo
 aunque intentaba, eso sí, hablar en latín coloquial
 como si hubiera sido un pequeño prelado.

Entre todos los «días» que pesaban en la memoria de
 Mrs. Moreen, la señora había conseguido meter un día
 suyo, que a veces sus amistades no conseguían recordar.
 Pero el chalet tenía de todos modos un aire de casa en la
 que hay muchas visitas debido a la gran cantidad de per-
 sonas de categoría que eran generosamente mencionadas
 en ella, así como por la presencia de varios caballeros
 misteriosos con títulos extranjeros y ropa inglesa que
 Morgan llamaba los «príncipes» y que se sentaban en so-
 fás con las chicas y hablaban francés en voz muy alta,
 como para demostrar que no decían nada que estuviera
 fuera de lugar. Pemberton se preguntaba cómo iba a ser
 posible que los príncipes se declarasen a las chicas en aquel
 tono y tan públicamente y, con un criterio bastante cínicó.
 dio por sentado que lo único que se quería de ellos era
 precisamente eso. Luego admitió que ni siquiera con la
 esperanza de que se produjera tal posibilidad hubiera per-
 mitido Mrs. Moreen a sus hijas que recibieran visitas sin
 estar acompañadas Paula y Amy no eran nada tímidas,
 pero eran todas esas precauciones que tomaba la familia
 a su alrededor lo que las convertía en unos seres encan-
 tadores. Aquella era una casa de bohemios que deseaban
 con todas sus fuerzas ser filistinos.

Es cierto sin embargo que había un aspecto en el que no
 eran rigurosos: todos ellos se mostraban amables para con
 Morgan, y todos le miraban llenos de **arrobamiento**.
 Aquella ternura auténtica, aquella admiración
ingenua que mostraban por él, era muy fuerte en to-
 dos ellos. Llegaban incluso al extremo de alabar su
 belleza, que era bastante limitada, y le tenían bastante
 miedo, como si reconociesen que estaba hecho de una
 arcilla más fina. Le llamaban angelito y pequeño pro-
 digio y se compadecían efusivamente de su poca sa-
 lud. A Pemberton le dio miedo al principio acabar odiando
 al chico por culpa de la extravagancia de los demás, pero
 antes de que llegase a ocurrir él mismo había caído también
 en la extravagancia. Cuando, posteriormente, empezó más
 bien a odiar a los otros, la amabilidad con que trataban al
 chico, su manera de andar de puntillas si imaginaban que
 empezaba a mostrar síntomas, y su capacidad de no acudir
 a una velada si con ello podían procurarle algún placer, se
 convirtieron en otras tantas formas de soborno que le for-
 zaban a ser paciente. Pero todo esto se combinaba con el de-
 seo que sentían todos de ayudar al chico a independizarse,
 un deseo nacido quizá de su creencia de que no eran lo
 suficientemente buenos para él. Y le dejaron en manos de
 Pemberton como si quisieran conseguir a la fuerza una adop-
 ción que ellos consideraban de signo positivo y librarse así
 completamente de una responsabilidad. Cuando vieron que
 a Morgan le gustaba su preceptor se mostraron en-
 cantados, y este hecho les parecía la mejor ala-

acclamation and could think of no higher praise* for the young man. It was strange how they contrived* to reconcile the appearance, and indeed the essential fact, of adoring the child with their eagerness* to wash their hands of him. Did they want to get rid of* him before he should find them out*? Pemberton was finding them out month by month. At any rate, the boy's relations* turned their backs* with exaggerated delicacy, as if to escape the charge* of interfering*. Seeing in time how little he had in common with them (it was by *them* he first observed it—they proclaimed it with complete humility), his preceptor* was moved to speculate* on the mysteries of transmission, the far* jumps* of heredity. Where his **detachment** from most of the things they represented had come from was more than an observer could say—it certainly had burrowed* under two or three generations.

opinion As for Pemberton's own estimate* of his pupil, it was a good while before he got the point of view, so little had he been prepared for it by the smug* young barbarians to whom the tradition of tutorship, as hitherto* revealed to him, had been adjusted*. Morgan was scrappy* and surprising, deficient in many properties supposed common to the *genus** and abounding* in others that were the portion only of the supernaturally clever*. One day Pemberton made a great stride*: it cleared up* the question to perceive that Morgan *was* supernaturally clever and that, though the formula was temporarily* meager*, this would be the only assumption on which one could successfully deal with him*. He had the general quality of a child for whom life had not been simplified* by school, a kind of homebred* sensibility which might have been bad for himself but was charming for others, and a whole range* of refinement and perception—little musical vibrations as taking as picked-up* airs*—begotten* by wandering about Europe at the tail of his migratory tribe.

(vanidosos), haughty This might not have been an education to recommend in advance, but its results with Morgan were as palpable as a fine* texture*. At the same time he had in his composition* a sharp* spice* of stoicism, doubtless the fruit of having had to begin early to bear* pain, which produced the impression of pluck* and made it of less consequence that he might have been thought at school rather a polyglot* little beast. Pemberton indeed quickly found himself rejoicing that school was out of the question*: in any million of boys it was probably good for all but one, and Morgan was that millionth*. It would have made him comparative and superior—it might have made him priggish*. Pemberton would try to be school himself—a bigger seminary than five hundred grazing* donkeys; so that, winning no prizes, the boy would remain unconscious and irresponsible and amusing—amusing, because, though life was already intense in his childish nature, freshness still made there a strong draft* for jokes. It turned out* that even in the still air* of Morgan's various disabilities* jokes flourished greatly*. He was a pale, lean*, acute, undeveloped* little cosmopolite, who liked intellectual gymnastics and who, also, as regards* the behavior of mankind, had noticed more things than you might suppose, but who nevertheless had his proper playroom of superstitions, where he smashed* a dozen toys a day.

contrar para Pemberton mejor elogio que aquél. Era raro ver cómo se esforzaban por reconciliar la apariencia —y ciertamente el hecho esencial— de que adoraban al pequeño con los ávidos deseos que sentían de lavarse las manos por lo que a él se refería. ¿Querían librarse del niño antes de que éste descubriera cómo eran? Pemberton lo fue descubriendo mes a mes. Fuera como fuere, familiares del niño se quitaban de en medio **haciendo gala** de un delicadeza exagerada, como si temieran ser acusados de estar interfiriendo en algo. Viendo a tiempo lo poco que el niño tenía el primero común con ellos (fueron ellos los que se lo hicieron notar la primera vez, proclamándolo con total humildad), su preceptor se sintió movido a especular acerca de los misterios de la transmisión genética, los remotos saltos de la herencia. De dónde procedía el **despego** que mostraba Morgan hacia la mayor parte de las cosas que representaban sus familiares es más de lo que le era dado decir un observador... sin duda habría que remontarse dos o tres generaciones.

En cuanto a la valoración que hizo el mismo Pemberton de su discípulo, pasó un buen tiempo antes de que abrazara el punto vista expuesto, tan poco preparado estaba para encontrarse una cosa así; ello se debía a la imagen que hasta entonces tuvo de tutorías, en las que conforme a la tradición, los discípulos son unos pequeños bárbaros pagados de sí mismos. Morgan tenía una personalidad descompensada y sorprendente; poseía en grado deficiente muchas cualidades consideradas normales entre los miembros *a especie*, mientras otras, que normalmente son patrimonio de inteligencias superiormente dotadas, las poseía en abundancia. Un día Pemberton dio un gran paso: la cuestión se aclaró mucho cuando comprendió que efectivamente Morgan poseía una inteligencia superior y que, si bien aquella fórmula era pobre y provisional, el único supuesto sobre el que cabía fundamentar la forma de tratarlo si se quería tener éxito. Tenía las características generales propias del niño a quien no le han ofrecido en la escuela una imagen simplificada de lo que es la vida; una suerte de sensibilidad conformada en el seno del hogar (que acaso pudiera resultar negativa para el mismo niño, pero que a los demás les resultaba encantadora) y toda una gama de registros en cuanto a refinamiento y percepción (tenues vibraciones musicales tan cautivadoras como una melodía que nos persigue), producto de sus vagabundeos por Europa a remolque de su tribu migratoria. Tal vez no fuera —esta una clase de educación recomendable de antemano, pero los resultados que XXX arrojó en el caso de Morgan eran tan palpables como un tejido textura delicada. Al mismo tiempo formaba parte de su composición una fuerte especia: el estoicismo, fruto sin duda de haber nido que empezar a soportar el dolor muy pronto; aquel ras producía la impresión de que Morgan era valeroso y le restaba importancia al hecho de que seguramente en el colegio hubieran tomado al niño por un pequeño monstruo políglota. Y la verdad que Pemberton enseguida se alegró de que Morgan no pudiera XXX a la escuela. Seguramente, de entre un millón de niños, la escuela sería buena para todos menos para uno, y ése era Morgan. Le habría hecho establecer comparaciones y sentirse superior, tal vez había hecho de él un ser engreído. Pemberton intentaría ser él mismo la escuela (un seminario mayor que quinientos asnos pastando), de modo que, al no ganar premios, el niño seguiría siendo inconsciente, sin responsabilidades y divertido (divertido porque, aunque en su naturaleza infantil la vida ya alentaba intensamente, había allí una frescura que levantaba una fuerte brisa que propiciaba la aparición de chistes. Resultó que, incluso cuando no se movía el aire, por causa de las diversas taras físicas de Morgan, surgían con facilidad los chistes. Era un niño cosmopolita, pálido, flaco, agudo y poco desarrollado, al que le gustaba la gimnasia intelectual y que había detectado en el comportamiento de la humanidad más cosas de las que cabría suponer; a pesar de todo ello tenía, como era propio de su edad, su cuarto de jugar, donde guardaba sus supersticiones y destruía una docena de juguetes al día.

banza que pudiera brindarse al joven. Era muy curioso contemplar cómo se esforzaban por reconciliar la aparente, y hasta podría decirse que real, adoración que sentían por el chico con la vehemencia con que trataban de sacárselo de encima. ¿Querían librarse de él antes de que Morgan averiguara cómo eran? Pemberton les conocía cada vez mejor. Sea como fuere, los parientes del chico le volvieron la espalda con una exagerada demostración de delicadeza, como si quisieran evitar que nadie pudiera acusarlos de entrometidos. Al ver con el paso del tiempo cuán poco tenía Morgan en común con ellos (fue a través de ellos que lo observó por primera vez: lo proclamaban con la más absoluta humildad), su preceptor empezó a ponderar los misterios de la transmisión, los grandes saltos de la herencia. El desinterés del muchacho por la mayor parte de cosas que ellos representaban era algo sobre cuyo origen poco podía decir el observador: sin duda venía de dos o tres generaciones atrás.

Por lo que se refiere a lo que Pemberton pensaba de su alumno, tuvo que pasar bastante tiempo antes de que llegara a adoptar una opinión sobre los pequeños bárbaros presumidos en torno a los que, al menos hasta aquel momento, giraba la tradición del preceptorado no le habían preparado en absoluto para lo que él se encontró una vez en el oficio. Morgan hablaba de forma inconexa y sorprendente, carecía prácticamente de muchas de las propiedades que se supone tiene este *genus* pero tenía en generosas proporciones otras que suelen considerarse como atributos de los seres dotados de una agudeza sobrenatural. Un día Pemberton dio un gran paso adelante: el problema quedó bastante despejado en cuando comprendió que Morgan era un ser dotado de una agudeza sobrenatural y que, aunque la fórmula era provisional e insuficiente, era el único punto de partida sobre el que poder tratarle sin exponerse continuamente al fracaso. El chico tenía el modo de ser de un niño cuya vida no ha sido simplificada por el colegio, algo así como un tipo especial de sensibilidad fomentado por la vida en familia que, aunque fuera mala para él, resultaba encantadora para los otros, más toda una gama de refinamientos y una capacidad de percepción —pequeñas vibraciones musicales tan pegadizas como una tonada— resultado de sus años de errar por Europa a la cola de su migratoria tribu. Aunque esta clase de educación no es de las que podrían recomendarse a nadie por adelantado, los efectos que había producido en Morgan eran tan visibles como una fina textura. Al mismo tiempo formaba parte de su carácter un picante estoicismo, fruto sin duda del hecho de haber tenido que soportar el dolor desde muy pronto, que de entrada podía confundirse por valentía y que quitaba importancia al hecho de que si hubiera ido a colegio le hubieran tomado por una pequeña fiera políglota. De hecho, Pemberton comprobó muy pronto que también él se alegraba de que no fuera a ningún colegio: si el colegio es malo para un niño de cada millón, ese niño era Morgan. De haber ido a colegio se hubiera convertido en el chico presumido con aires de superioridad, habría acabado siendo un pedante. Pemberton decidió ser él el colegio, una institución tan grande como una de esas escuelas en las que estudian quinientos asnos; de este modo el chico, al no conquistar ningún premio, podría seguir siendo inconsciente e irresponsable y divertido: divertido porque, aunque la vida era vivida ya con gran intensidad por su personalidad infantil, todo le resultaba todavía lo bastante nuevo como para ser motivo de bromas. Porque incluso en la calma chicha de las diversas desventajas de Morgan, los chistes florecían con abundancia. Era un pálido, delgado, agudo e inmaduro cosmopolita en miniatura al que le gustaba la gimnasia intelectual y que, además, y en lo que se refiere a la conducta de la humanidad, había percibido más cosas de las que uno hubiera podido suponer, pero que sin embargo seguía frecuentando el peculiar cuarto de juegos formado por sus múltiples supersticiones, en el que se dedicaba todos los días a romper una docena de juguetes.

At Nice once, towards evening as the pair sat resting in the open air after a walk, looking over the sea at the pink western lights, Morgan said suddenly to his companion*: "Do you like it—you know, being with us all in this intimate way*?"

(acompañante, colega), partner
(de un modo tan íntimo)

10 "My dear fellow, why should I stay if I didn't?"

"How do I know you will stay? I'm almost sure you won't, very long."

fail, get rid of, (despedirme) "I hope you don't mean to dismiss* me," said Pemberton.

20 Morgan considered a moment, looking at the sunset. "I think if I did right I ought to.*"

(Creo que lo correcto sería hacerlo.)

25 "Well, I know I'm supposed to instruct you in virtue; but in that case don't do right."

"You're very young—fortunately," Morgan went on, turning to him again.

30 "Oh yes, compared with you!"

"Therefore, it won't matter so much if you do lose a lot of time."

35 "That's the way to look at it," said Pemberton accommodatingly*.

(en tono acomodaticio)

40 They were silent a minute; after which the boy asked; "Do you like my father and mother very much?"

(Por supuesto que sí)

"Dear me, yes*. They're charming people."

45 Morgan received this with another silence; then, unexpectedly, familiarly, but at the same time affectionately, he remarked: "You're a jolly old humbug!*"

(¡Menudo viejo farsante!)

50 For a particular reason the words made Pemberton change color. The boy noticed* in an instant that he had turned red*, whereupon he turned red himself and the pupil and the master exchanged a longish* glance in which there was a consciousness of many more things than

(se aperció)

(se sonrojó), flushed, (se azoró), blushed, prolonged, (larga)

(abordadas)

(planteó) / (confusa)

hint

due

relationship

awkward, (torpe)

(ampliado)

(torpeza)

(meterse con)

insult

answer

discredited him

are usually touched upon*, even tacitly, in such a relation. It produced for Pemberton an embarrassment; it raised*, in a shadowy* form, a question (this was the first glimpse* of it), which was destined to play a singular and, as he imagined, owing* to the altogether peculiar conditions, an unprecedented part in his intercourse* with his little companion. Later, when he found himself talking with this small boy in a way in which few small boys could ever have been talked with, he thought of that clumsy* moment on the bench at Nice as the dawn of an understanding that had broadened*. What had added to the clumsiness* then was that he thought it his duty to declare to Morgan that he might abuse* him (Pemberton) as much as he liked, but must never abuse* his parents. To this Morgan had the easy reply* that he hadn't dreamed of abusing them; which appeared to be true: it put Pemberton in the wrong*.

(farsante), imposter

foolhardiness, (temeridad), recklessness

180 "Then why am I a humbug* for saying I think them charming?" the young man asked, conscious of a certain rashness*.

"Well—they're not *your* parents."

85 "They love you better than anything in the world—never forget that," said Pemberton.

"Is that why you like them so much?"

90 "They're very kind to me," Pemberton replied, evasively.

"You *are* a humbug!" laughed Morgan,

Una vez, en Niza, a la caída de la tarde, hallándose pupilo y tutor sentados, descansando al aire después de un paseo, contemplando el mar bajo la luz rosácea del ocaso, Morgan le dijo a su acompañante de repente: —¿Le gusta... ya sabe, estar con todos nosotros de un modo tan íntimo?"

—Querido muchacho ¿y por qué habría de quedarme si no fuera así?"

—¿Cómo sé que se va a quedar? Estoy casi seguro de que no se quedará mucho tiempo.

—Espero que no tengas la intención de despedirme —dijo Pemberton.

Morgan reflexionó un momento mientras contemplaba la puesta de sol. —Creo que si obrara rectamente debería hacerlo.

—Bueno, ya sé que mi obligación es instruirte en la virtud: pero en ese caso no obres rectamente.

—Afortunadamente es usted muy joven —prosiguió Morgan, dirigiendo de nuevo la mirada hacia él.

—Sí, claro, sobre todo en comparación contigo.

—Por tanto no tendrá tanta importancia que pierda mucho tiempo.

—Así es como hay que mirarlo —dijo Pemberton acomodaticiamente.

Guardaron silencio durante unos momentos, tras lo cual el niño preguntó: —¿Aprecia mucho a mi padre y a mi madre?"

—Pues claro que sí. Son encantadores.

Morgan recibió esto con un nuevo silencio; entonces, inopinadamente, con familiaridad pero al mismo tiempo con afecto, dijo: —¡Menudo farsante está usted hecho!"

Por alguna razón concreta aquellas palabras le hicieron mudar el color a Pemberton. El niño se aperció al instante de que interlocutor había enrojecido, por lo que enrojeció también él; maestro y discípulo intercambiaron una larga mirada en la que ha conciencia de muchas más cosas de las que normalmente se tocan, siquiera tácitamente, en semejante relación. Aquella mirada puso a Pemberton en una situación embarazosa; planteaba de forma con fusa una cuestión que ahora vislumbraba por vez primera y estaba destinada (según se imaginaba, debido a sus peculiarísimas condiciones) a desempeñar un papel tan singular como sin precedentes en la relación con su discípulo. Más adelante, cuando se cuenta de que hablaba con aquel niño de un modo en el que pocas veces se ha hablado a niño alguno, recordó aquel momento de azoramiento que tuvo en Niza como la aurora de un entendimiento entre ellos dos que posteriormente se fue ampliando. Lo que le hizo sentirse entonces tan incómodo fue que, considerándolo su obligación, le dijo a Morgan que podía meterse con él cuanto quisiera pero que jamás debía meterse con sus padres. Aquello ponía a posición de Morgan la fácil respuesta de que ni por asomo se había ocurrido meterse con ellos, lo cual era evidentemente cierta con lo que era Pemberton el que quedaba mal.

—Entonces ¿por qué soy un farsante si digo que los considero encantadores? —preguntó el joven, consciente de que su actitud era un tanto irreflexiva.

—Bueno... es que no son sus padres.

—Tú eres lo que más quieren en el mundo, no lo olvidas nunca —dijo Pemberton.

—¿Por eso le gustan tanto a usted?"

—Son muy amables conmigo —repuso Pemberton evasivamente.

—¿Lo ve como es usted un farsante? —dijo

Un atardecer, en Niza, mientras los dos descansaban al aire libre después de haber dado un paseo y estaban contemplando las luces rosadas que brillaban al oeste, al otro lado del mar, Morgan dijo repentinamente a su acompañante: —¿Le gusta... le gusta estar con nosotros, llevar esta vida de tanta intimidad?"

—¿Y por qué iba a seguir aquí si no me gustara, jovencito?"

—¿Cómo puedo estar seguro de que va a quedarse? Estoy casi seguro de que no se quedará mucho tiempo.

—Espero que no estés pensando en despedirme —dijo Pemberton.

Morgan estuvo pensando un momento mirando el crepúsculo. —Creo que lo correcto sería hacerlo.

—Bien, se supone que tengo que enseñarte a hacer lo que es más correcto en cada caso, pero en éste prefiero que no lo hagas.

—Usted es muy joven..., por suerte —continuó Morgan volviéndose a mirarle otra vez.

—Sí, ¡sobre todo comparado contigo!"

—Por lo tanto no tendrá importancia que pierda usted mucho tiempo.

—Así es como hay que enfocarlo —dijo Pemberton en tono acomodaticio.

Se quedaron en silencio durante un minuto; luego el chico preguntó: —¿Le gustan mucho mi padre y mi madre?"

—Dios mío, sí, claro que sí. Son unas personas encantadoras.

Morgan recibió esta respuesta con otro silencio. Después, de forma inesperada y familiar, pero también afectuosamente, comentó: —¡Menudo viejo farsante está usted hecho!"

Debido a un motivo especial las palabras del chico hicieron que Pemberton cambiase de color. Morgan vio que el joven se había puesto colorado de golpe, y al verlo se sonrojó a su vez y el alumno y su maestro intercambiaron una larga mirada en la que había una evidente conciencia de muchas más cosas de las que suelen tocarse, incluso tácitamente, en una relación de este género. Pemberton se sintió turbado porque aquello planteó, en forma difusa, una cuestión (ésta fue la primera vez que la vislumbró) destinada a tener un papel singular y, tal como supuso el preceptor pensando en lo peculiarísimas que eran las condiciones en que se desenvolvían, sin precedentes en sus relaciones con su pequeño amigo. Más adelante, cuando se encontró con que le estaba hablando a este niño de una manera en la que casi nunca se habla a chicos de esta edad, se acordó de aquel torpe instante cuando estaban sentados en un banco de las calles de Niza, y pensó que allí amaneció una comprensión mutua que luego no haría sino crecer. Lo que aumentó la sensación de torpeza fue que aquel día se sintió obligado a declarar a Morgan que podía insultarle a él (Pemberton) todo cuanto quisiera, pero que jamás debía insultar a sus padres. Morgan tenía una respuesta muy sencilla para esto: que jamás se le había ocurrido insultarles; lo cual, como parecía ser cierto, descalificó a Pemberton.

—Entonces, ¿por qué soy yo un farsante si digo que me parecen encantadores? —preguntó consciente de actuar con cierta temeridad.

—Bueno, ellos no son *sus* padres.

—Te aman más que a nada en el mundo. No lo olvidas nunca —dijo Pemberton.

—¿Es por esto que le gustan tanto?"

—Siempre se han mostrado muy amables conmigo —respondió evasivamente Pemberton.

—¡Es usted un farsante! —rió Morgan apoyan-

(recostó), bent
(balanceando) passing an arm into his tutor's. He leaned* against him, looking off at the sea again and swinging* his long, thin legs.

(espinillas) 5
(Ahórcalo, No lo digas, Cuidado) "Don't kick my shins*," said Pemberton, while he reflected: "Hang it*, I can't complain of them to the child!"

"There's another reason, too," Morgan
motionless, inactive 10 went on, keeping his legs still*.

"Another reason for what?"

"Besides their not being your parents."

15

"I don't understand you," said Pemberton.

"Well, you will before
(¡Ya, ya!, ¡Ya verás!) 10 long. All right!*"

20

Pemberton did understand, fully, before long; but he made a fight even with himself before he confessed it. He thought it the oddest thing to have a struggle* with the child about. He wondered he didn't detest the child for launching* him in such a struggle. But by the time it began the resource* of detesting the child was closed to him. Morgan was a special case, but to know him was to accept him on his own odd terms*. Pemberton had spent his aversion to special cases before arriving at knowledge. When at last he did arrive he felt that he was in an extreme* **predicament***. Against every interest he had attached himself. They would have to meet* things together. Before they went home that evening, at Nice, the boy had said, clinging to* his arm:

conflict

pushing

initiative, (recurso)

circumstances

difficult

dilemma

(afrontar), face, deal with

holding on to

"Well, at any rate you'll hang on to the last."

"To the last?"

45

"Till you're fairly beaten*."

(molido)

"You ought to be fairly beaten!" cried the young man, drawing* him closer.

50

predicament apuro, aprieto, lío, dilema, trance, situación difícil: *having been robbed on her trip abroad, she was in a real predicament*, como le robaron durante su viaje al extranjero, se encontró en un auténtico aprieto
predicament *n.* 1 a difficult, unpleasant, or embarrassing situation, quandary, plight. 2 *Philos.* a category in (esp. Aristotelian) logic.
predicamento prestige, influence, standing, reputation.

55

4

IV

IV

A year after Pemberton had come to live with them Mr. and Mrs. Moreen suddenly gave up* the villa at Nice. Pemberton had got used to suddenness*, having seen it practiced on a considerable scale during two jerky* little tours—one in Switzerland the first summer, and the other late in the winter, when they all ran* down to Florence and then, at the end of ten days, liking it much less than they had intended, straggled back* in mysterious depression. They had returned to Nice "forever," as they said; but this didn't prevent them from squeezing*, one rainy, muggy* May night, into a second-class railway-carriage— you could never tell by which class they would travel—where Pemberton helped them to **stow away*** a wonderful collection of bundles* and bags*. The explanation of this maneuver was that they had determined* to spend the summer "in some **bracing*** place"; but in Paris they dropped into a small furnished apartment—a fourth floor in a third-rate* avenue, where there was a smell on the staircase and the **portier*** was hateful—and passed the next four months in blank* indigence*.

abandoned, (dejó)

(cambios repentinos)

(accidentados)

went, (partieron)

(regresaron)

(apretujarse, meterse)

/ sultry, (bochornoso)

store away, (guardar)

/ bultos) / (bolsas)

resolved, decided

(tonificante), tonic,

(saludable, reconfortante)

(3ª categoría)

(portero)

complete / (indigencia)

(frustrante) / (estancia)

(gratificantes) /

walks taken for pleasure

The better part of this baffled* sojourn* was for the preceptor and his pupil, who, visiting the Invalides and Notre Dame, the Conciergerie and all the museums, took a hundred remunerative* rambles*. They learned to know their Paris, which was

Morgan riéndose y cogiendo a su tutor del brazo. Se recostó contra él, mirando nuevamente hacia el mar y balanceando sus piernas largas y delgadas.

—No me des patadas en las espinillas —dijo Pemberton al tiempo que pensaba: «¡Maldita sea, no puedo quejarme de ellos al niño!».

—Además hay otra razón —prosiguió Morgan, parando las piernas.

—¿Otra razón para qué?

—Aparte de que no son sus padres.

—No te entiendo —dijo Pemberton.

—Bueno, ya me entenderá antes de que pase mucho tiempo. ¡Vaya si me entenderá!

Pemberton entendió perfectamente antes de que pasara mucho tiempo; pero tuvo incluso que luchar consigo mismo antes de confesarlo. Le parecía que era la cosa más rara de todas las que podía ser causa de controversia en el niño. Se preguntó si no detestaría al niño por haberle obligado a entrar en una controversia así. Pero cuando ya se había embarcado en ella, le estaba vedado el recurso de detestar al niño. Morgan era un caso especial y conocerle era aceptarlo en las extrañas circunstancias que lo rodeaban. A Pemberton se le agotaron sus reservas de odio hacia los casos especiales antes de tener conocimiento de lo que ocurría. Cuando por fin lo tuvo se dio cuenta de que se encontraba en una **situación** difícilísima. Contrariando todos sus intereses, había ligado su suerte a la de Morgan. Ahora tendrían que afrontar las cosas juntas. Aquella tarde, en Niza, antes de llegar a casa, el niño le dijo, cogiéndole de; brazo:

—Bueno, de todos modos, usted se quedará hasta el final.

—¿Hasta el final?

—Hasta que casi hayan acabado con usted.

—¡A ti lo que te hace falta es una buena tunda! —exclamó Pemberton, atrayendo al niño hacia sí.

do el brazo en el de su preceptor. Luego se apoyó contra él y volvió a mirar el mar haciendo balancear sus largas y delgadas piernas.

—No me des patadas en los tobillos —dijo Pemberton pensando: «Cuidado. ¡No puedo quejarme de ellos delante del chico!»

—Además hay otro motivo —continuó Morgan después de dejar otra vez quietas las piernas.

—¿Otro motivo para qué?

—Aparte de que no sean padres de usted.

—No te entiendo —dijo Pemberton,...

—Me entenderá muy pronto. Y del todo.

Pemberton lo entendió, efectivamente, antes de que transcurriera mucho tiempo; pero luchó hasta consigo mismo antes de confesarlo. Le parecía que aquel era el tema menos apropiado para discutir con el chico y hasta se preguntó si no detestaba a Morgan por haberle forzado a padecer esta pugna interior. Pero cuando empezó ya no le quedaba ni siquiera el recurso de detestar al niño. Morgan era un caso especial, pero en cuanto se le conocía había que aceptarle totalmente y con las extrañas condiciones que el propio pequeño imponía. Antes de llegar a saber, a Pemberton se le había agotado ya toda su aversión contra los casos especiales. Cuando por fin alcanzó ese conocimiento le dio la sensación de encontrarse ante una extrema **disyuntiva**. Contra todos sus posibles intereses, ya estaba comprometido con el chico. No quedaba otro remedio que hacerle frente a todo con él. Antes de regresar a casa aquella noche, en Niza, el chico, cogiéndole del brazo. Le había dicho:

—Bueno, en cualquier caso, usted aguantará hasta el final.

—¿Hasta el final?

—Hasta que ya le hayan dado la paliza.

—¡A ti sí que habría que darte una paliza! —exclamó el joven apretándolo contra su cuerpo.

Quando Pemberton llevaba un año viviendo con ellos, los Moreen decidieron repentinamente dejar la casa de Niza. Pemberton ya estaba acostumbrado a las decisiones repentinas, después de haber visto cómo las ponían en práctica a una escala considerable en el curso de dos viajes muy accidentados, uno por Suiza, el primer verano, y el otro a finales de invierno, cuando todos partieron presurosamente con destino a Florencia y luego, al cabo de diez días, en vista de que les gustaba mucho menos de lo que se esperaban, regresaron desordenadamente, presas de una misteriosa de presión. Volvían a Niza «para siempre», según dijeron; pero es no les impidió, una noche de lluvia y bochorno del mes de mayo meterse en un vagón de segunda (nunca se sabía en qué clase viajarían), donde Pemberton les ayudó a **colocar** una asombrosa colección de bolsos y bultos. La explicación de aquella maniobra fue que habían resuelto pasar el verano «en algún lugar **tonificante**» pero al llegar a París se instalaron en un pequeño piso amueblado (una cuarta planta, en una avenida de tercera categoría, con mal olor en la escalera y un **portier** odioso) y se pasaron los cuatro meses siguientes en la más absoluta indigencia.

La mejor parte de aquella estancia frustrante les tocó al preceptor y a su alumno, quienes, visitando los Inválidos, Nôtre Dame, La Conciergerie y todos los museos, se dieron un centenar de paseos de lo más gratificante. Llegaron a conocer el París que les interesaba, lo cual resultó útil,

Quando hacía un año que Pemberton vivía con ellos, Mrs. Moreen decidió repentinamente abandonar el chalet de Niza. Pemberton se había acostumbrado a los cambios bruscos porque los había visto practicar en una escala considerable con ocasión de dos espasmódicos viajecitos: uno a Suiza el primer verano, y el otro al final del invierno, cuando de golpe partieron todos hacia Florencia para después, al cabo de diez días, y debido a que les gustó mucho menos de lo que habían imaginado, emprender una retirada desordenada sumidos todos en una misteriosa depresión. Dijeron entonces que habían vuelto a Niza «para siempre»; pero esto no les impidió, una noche lluviosa y bochornosa de mayo, embutirse en un vagón de ferrocarril de segunda clase —nunca se podía adivinar de antemano en qué clase iban a viajar— en el que Pemberton les ayudó a **almacenar** toda una maravillosa colección de bultos y maletas. Para explicar esta maniobra dijeron que habían decidido pasar el verano en algún «sitio **sano**»; sin embargo al llegar a París cayeron en un pequeño apartamento amueblado, un cuarto piso de una avenida de tercera categoría, con una escalera que olía muy fuerte y un portier detestable, y pasaron los siguientes cuatro meses en una situación de completa indigencia.

Los que más se beneficiaron de esta desconcertante estancia fueron el preceptor y su alumno, que, en sus visitas a los Invalides y a Nôtre Dame, a la Conciergerie y a todos los museos, disfrutaron un montón de remunerativos paseos. Allí aprendieron a conocer el París que más les interesaba, algo que fue posteriormente

useful, for they came back another year for a longer stay, the general character of which in Pemberton's memory today mixes pitifully and confusedly with that of the first. He sees Morgan's shabby* knickerbockers*—the everlasting* pair that didn't match* his blouse and that as he grew longer could only grow faded*. He remembers the particular holes in his three or four pair of colored stockings.

Morgan was dear to his mother, but he never was better dressed than was absolutely necessary—partly, no doubt, by his own fault, for he was as indifferent to his appearance as a German philosopher. "My dear fellow, you *are* coming to pieces*," My dear fellow, you *are* coming to pieces*," Pemberton would say to him in skeptical remonstrance*; to which the child would reply, looking at him serenely up and down: "My dear fellow, so are you! I don't want to cast* you in the shade." Pemberton could have no rejoinder* for this—the assertion so closely* represented the fact. If however the deficiencies of his own wardrobe were a chapter by themselves he didn't like his little charge* to look too poor. Later he used to say: "Well, if we are poor, why, after all, shouldn't we look it?" and he consoled himself with thinking there was something rather elderly* and gentlemanly in Morgan's seediness*—it differed from the untidiness* of the urchin* who plays and spoils* his things. He could trace perfectly the degrees by which, in proportion as her little son confined* himself to his tutor for society, Mrs. Moreen shrewdly* forbore* to renew his garments*. She did nothing that didn't show, neglected him because he escaped notice, and then, as he illustrated this clever* policy*, discouraged at home his public appearances. Her position was logical enough—those members of her family who did show had to be showy*.

During this period and several others Pemberton was quite aware of how he and his comrade might strike* people; wandering languidly through the Jardín des Plantes as if they had nowhere to go, sitting, on the winter days, in the galleries of the Louvre, so splendidly ironical* to the homeless, as if for the advantage of the calorifère*. They joked about it sometimes: it was the sort of joke that was perfectly within the boy's compass*. They figured themselves as part of the vast, vague, hand-to-mouth* multitude of the enormous city and pretended they were proud of their position in it—it showed them such a lot of life and made them conscious of a sort of democratic brotherhood. If Pemberton could not feel a sympathy in destitution* with his small companion (for after all, Morgan's fond* parents would never have let him really suffer), the boy would at least feel it with him, so it came to the same thing. He used sometimes to wonder what people would think they were—fancy* they were looked askance* at, as if it might be a suspected case of kidnapping*. Morgan wouldn't be taken for a young patrician with a preceptor*—he wasn't smart* enough; though he might pass for his companion's sickly* little* brother. Now and then he had a five-franc piece, and except once, when they bought a couple of lovely neckties, one of which he made Pemberton accept, they laid it out* scientifically in old books. It was a great day, always spent on the quays*, rummaging* among the dusty boxes that garnish* the parapets*. These were occasions that helped them to live, for their books ran low* very soon after the beginning of their acquaintance. Pemberton had a good many in England, but he was obliged* to write to a friend and ask him kindly to get some fellow to give him something for them.

If the bracing* climate was untasted that summer the young man had an idea that at

pues otro año regresarán para una estancia más prolongada, cuyo recuerdo hoy se entremezcla confusa y lamentablemente en la memoria de Pemberton con el que guarda de la primera. Aún ve los raídos bombachos de Morgan, aquellos bombachos eternos que no hacían juego con la blusa y que, a medida que el niño iba ganando altura, iban perdiendo color. También recuerda los agujeros que había en sus tres o cuatro pares de medias de color.

La madre quería mucho a Morgan, pero éste no iba nunca mejor vestido de lo que era estrictamente necesario; en parte, sin duda por culpa del niño, pues su aspecto le era tan indiferente como un filósofo alemán.

—Mi querido amigo, se te está cayendo la ropa a pedazos —decía Pemberton, amonestándole con escepticismo, a lo que el niño respondía, echándole una tranquila ojeada de pies a cabeza:

—Mi querido amigo ¡a usted también! No quiero hacerle sombra.

Pemberton nada podía replicar a aquello: era una aseveración que reflejaba fielmente la realidad. No obstante, aun cuando la deficiencias de su guardarropa constituían un capítulo aparte, no le gustaba que su pequeño pupilo aparentara ser demasiado pobre. Más adelante solía decir:

—Bueno, después de todo, si somos pobres ¿por qué no habríamos de parecerlo?

Y se consolaba pensando que en la pobreza indumentaria de Morgan había algo un tanto adulto y caballeresco; difería del aspecto desastrado propio de los golfillos que estropean sus cosas jugando. Pemberton advertía con toda claridad el proceso gradual, según el cual la señora Moreen se iba absteniendo habilidosamente de renovar el vestuario a su hijo en la medida que las relaciones sociales del mismo iban quedando limitadas a los confines de la relación con su tutor. Ella no hacía nada que los demás no pudieran ver: descuidaba a su hijo porque pasaba desapercibido y después, cuando éste se convertía en una ilustración de su inteligente táctica, desaconsejaba en casa que el niño apareciera en público. La postura de la señora Moreen era bastante lógica: los miembros de su familia que se dejaban ver habían de ser vistosos.

Durante aquella época y en algunas otras Pemberton fue muy consciente de que él y su camarada podían llamar la atención: deambulando lánguidamente por el Jardín des Plantes como si no tuvieran dónde ir; sentados, los días de invierno, en las galerías del Louvre (tan irónicamente espléndidas para los que no tienen casa), como si quisieran aprovecharse del calorifère*. A veces hacían chistes a costa de su situación: era el tipo de chistes que iban con el temperamento del niño: Se imaginaban que formaban parte de la inmensa e informe multitud que vivía al día en aquella ciudad enorme, y fingían sentirse orgullosos de la posición que ocupaban; aquello les enseñaba mucho sobre la vida y les hacía tomar conciencia de la existencia de una especie de hermandad democrática. Si bien Pemberton no podía sentirse solidario con la pobreza de su pequeño compañero (pues a fin de cuentas los afectuosos padres de Morgan no permitirían que su hijo le pasara verdaderamente mal), el niño sí podría experimentar aquel sentimiento, así que venía a ser lo mismo. A veces Pemberton se preguntaba qué pensaría la gente de ellos, y se imaginaba que los miraban de reojo, como si pudieran sospechar que se trataba de un caso de rapto. Morgan no podía pasar por un joven patricio acompañado de su preceptor (no iba vestido con suficiente elegancia), aunque podría pasar por el enfermizo hermano menor de su acompañante. De vez en cuando Morgan tenía una moneda de cinco francos, y excepto en una ocasión en que compraron un par de corbatas muy bonitas, una de las cuales le obligó a aceptar a Pemberton, lo invertían con científico afán en libros viejos. Aquellos eran días grandiosos y siempre los pasaban en los quais, revolviendo en las polvorientas casetas de los libreros, adosadas a los muros. Tales ocasiones les ayudaban a vivir porque empezaron a quedarse casi sin libros en Inglaterra, pero se vio obligado a escribirle a un amigo y rogarle que tuviera la amabilidad de llevárselos a cierto individuo que le daría algo de dinero por ellos.

Aún seguían aquel verano sin haber probado el sabor del clima tonificante cuando, en el momento

muy útil pues pasado cierto tiempo volvieron a esta ciudad para permanecer en ella durante una etapa más prolongada, que en el recuerdo que hoy conserva Pemberton aparece con el mismo carácter lastimoso y confuso que la primera. Todavía recuerda los raídos pantalones cortos de Morgan, los mismos de siempre, que nunca hacían juego con su camisa y cuyo color iba perdiendo intensidad a medida que él aumentaba de estatura. Y recuerda también los agujeros de sus tres o cuatro pares de calcetines de colores.

Mrs. Moreen quería mucho a su hijo, pero nunca le vestía mejor de lo absolutamente necesario, debido sin duda en parte a que a Morgan le importaba tanto su aspecto como a un filósofo alemán.

—Querido amigo —solía decirle Pemberton al chico riñéndole con escepticismo—, cada día te veo más desastrado. Al oírle, y después de mirarle serenamente de pies a cabeza, Morgan contestaba:

—Querido amigo, lo mismo le ocurre a usted.

La frase se ajustaba tanto a la realidad que Pemberton no encontraba respuesta. Sin embargo, si las deficiencias de su propio ropero merecían todo un capítulo aparte, no le gustaba nada que su pequeño compañero pareciera tan pobre. Más adelante solía decirle:

—Bien, ya que somos pobres, ¿por qué no tenemos que parecerlo?

Y se consolaba pensando que el desaliño de Morgan parecía, a diferencia de la suciedad del pillete que no sabe jugar sin estropear los juguetes, distinguido y adulto. Pemberton podía establecer claramente la gradación con que, a medida que iban reduciéndose las amistades de Morgan hasta limitarse únicamente a la de su preceptor, Mrs. Moreen había ido astutamente negándose a renovar su ropero. Ella no hacía nada que no fuera aparente, y le descuidaba porque nadie se fijaba en él, para luego, cuando el aspecto de su hijo dejó de ser presentable, procurar que sus apariciones públicas, hasta en su casa, se redujeran al más absoluto mínimo. La actitud de la madre era desde luego lógica: los miembros de la familia que se exhibían tenían que ser espectaculares.

Tanto durante este período como en otros que siguieron Pemberton era muy consciente de lo que la gente debía pensar de ellos dos al verles errar lánguidamente por el Jardín des Plantes como si no tuvieran a dónde ir, o sentados, los días de invierno, en las galerías del Louvre, tan espléndidamente irónicas para los que no tienen hogar, como si estuvieran aprovechando el calorifère*. A veces bromearon sobre esto: era una clase de chiste que el chico entendía perfectamente. Imaginaban que eran miembros de la enorme y vaga multitud de precaria existencia que habitaba en la gran ciudad y fingían orgullarse de formar parte de ella, no en vano adquirían de este modo múltiples conocimientos sobre la vida al tiempo que tomaban conciencia de pertenecer a algo parecido a una fraternidad democrática. Y, si Pemberton no podía consolarse con la idea de compartir la indigencia con su pequeño amigo (pues al fin y al cabo los cariñosos padres de Morgan jamás tolerarían verle sufrir de verdad), el chico al menos simpatizaba con él, de modo que en el fondo se sentían solidarios. A veces se preguntaba qué debía pensar la gente que eran, o imaginaba que les miraban con recelo, como si pudiera tratarse de un presunto caso de secuestro. Era imposible que nadie supusiera que Morgan era un joven patricio que iba a pasear con su preceptor porque para ello hubiera tenido que ir vestido con mucha más elegancia. Pero era posible que alguien le tomara por el enfermizo hermano menor de su acompañante. De vez en cuando Morgan tenía una moneda de cinco francos, y con una sola excepción, la del día que compraron dos preciosas corbatas, de las que el chico le obligó a aceptar una, siempre los invertían científicamente en la adquisición de libros viejos. Esos días memorables los pasaban en los muelles, husmeando y revolviendo las polvorientas cajas que adornan los parapetos. Eran grandes ocasiones que les ayudaban a vivir, porque al cabo de muy poco tiempo de haberse iniciado su relación se habían quedado casi sin libros. Pemberton tenía muchos en Inglaterra, pero se vio obligado a escribir a un amigo para pedirle amablemente que buscara alguien que le pagara algo por ellos.

En opinión del joven, si aquel verano se quedaron sin saborear el clima sano fue porque preci-

the moment they were about to make a push* the cup had been dashed* from their lips by a movement of his own. It had been his first blow-out*, as he called it, with his patrons*; his first successful attempt (though there was little other success about it), to bring them to a consideration of his impossible* position. As the ostensible eve of a costly journey the moment struck* him as a good one to put in a signal protest—to present an ultimatum. Ridiculous as it sounded he had never yet been able to compass* an uninterrupted private interview with the elder pair or with either of them singly. They were always flanked* by their elder children, and poor Pemberton usually had his own little charge* at his side. He was conscious of its being a house in which the surface of one's delicacy got rather **smudged***; nevertheless he had kept the bloom of his scruple against announcing to Mr. and Mrs. Moreen with publicity that he couldn't go on longer without a little money. He was still simple enough to suppose Ulick and Paula and Amy might not know that since his arrival he had only had a hundred and forty francs; and he was magnanimous enough to wish not to **compromise** their parents in their eyes. Mr. Moreen now listened to him, as he listened to every one and to everything, like a man of the world, and seemed to appeal* to him—though not of course too grossly*—to try and be a little more of one himself. Pemberton recognized the importance of the character from the advantage it gave Mr. Moreen. He was not even confused, whereas poor Pemberton was more so than there was any reason for. Neither was he surprised—at least any more than a gentleman had to be who freely confessed himself a little shocked*, though not, strictly, at* Pemberton.

“We must go into this, mustn't we, dear?” he said to his wife. He assured his young friend that the matter should have his very best attention; and he melted* into space as elusively* as if, at the door, he were taking an inevitable but **deprecatory* precedence**. When, the next moment, Pemberton found himself alone with Mrs. Moreen it was to hear her say: “I see, I see,” stroking the roundness of her chin* and looking as if she were only hesitating between a dozen easy remedies. If they didn't make their push* Mr. Moreen could at least disappear for several days. During his absence his wife took up* the subject again spontaneously, but her contribution to it was merely* that she had thought all the while they were getting on* so beautifully. Pemberton's reply to this revelation was that unless they immediately handed* him a substantial sum he would leave them forever. He knew she would wonder how he would get away, and for a moment expected her to inquire. She didn't, for which he was almost grateful to her, so little was he in a position to tell.

“You won't, you know you won't—you're too interested,” she said. “You *are* interested, you know you are, you dear, kind man!” She laughed, with almost condemnatory archness*, as if it were a reproach (but she wouldn't insist), while she flirted* a soiled* pocket-handkerchief at him.

Pemberton's mind was fully made up to quit* the house the following week. This would give him time to get an answer to a letter he had despatched* to England. If he did nothing of the sort—that is, if he stayed another year and then went away only for three months—it was not merely because before the answer to his letter came (most unsatisfactory when it did arrive), Mr. Moreen generously presented him—again with all the precautions of a man of the world—three hundred francs. He was exasperated to find that Mrs. Moreen was right, that he couldn't

en que se disponían a emprender viaje, el joven tuvo una idea y efectuó un movimiento que arrojó la copa al suelo cuando los Moreen se la llevaban a los labios. Fue el primer estallido, según su expresión, que tenía con sus patronos; la primera vez que culminaba con éxito el intento (aunque ahí empezó y acabó todo su éxito) de hacer que los Moreen tomaran en consideración la posición insostenible en que se hallaba. Siendo la víspera de un viaje evidentemente costoso, le pareció que era el momento oportuno de hacer una señal de protesta, de plantear un ultimátum. Por ridículo que sonara todavía no había tenido ocasión de mantener una entrevista en privado con los padres sin que les interrumpieran, ni con los dos juntos ni con ninguno de ellos por separado. Siempre se hallaban rodeados por los hijos mayores, y el pobre Pemberton solía tener junto a sí al pequeño de cuya tutela se encargaba. Era consciente de que en aquella casa la delicadeza personal solía quedar superficialmente **manchada**; no obstante seguían manteniéndose intactos los escrúpulos que impedían a Pemberton anunciarles públicamente a los señores Moreen que no podía seguir más tiempo sin un poco de dinero. Seguía siendo lo bastante ingenuo como para suponer que Ulick, Paula y Amy **podrían ignorar** que desde el día de su llegada sólo había recibido ciento cuarenta francos; y era lo bastante magnánimo como para no querer **comprometer** a los padres ante sus hijos. El señor Moreen le prestó oídos, pues como hombre de mundo que era siempre escuchaba todo cuanto tuvieran que decirle. Mientras escuchaba a Pemberton daba la impresión de estarle pidiendo (aunque, por supuesto, no de una manera burda) que intentara tener un poco más de entereza. Pemberton reconoció lo importante que era tener carácter al ver lo provechoso que le resultaba al señor Moreen Ni siquiera se mostraba confundido, en tanto que el pobre Pemberton lo estaba más de lo que lo justificaban sus motivos. Tampoco se mostraba el señor Moreen sorprendido, al menos no más de lo necesario en un caballero que libremente se confesaba un tanto desconcertado, aunque no estrictamente por causa de Pemberton.

—Tenemos que ocuparnos de esto, ¿no te parece, querida? —dijo a su esposa. Le aseguró a su joven amigo que dedicarla al asunto toda su atención; y desapareció de la vista imperceptiblemente, como si no le quedara más remedio que atravesar la puerta, pese a que no lo deseaba. Cuando un instante después Pemberton se vio a solas con la señora Moreen le oyó decir a ésta «claro, claro», al tiempo que acariciaba la redondez de su barbilla, como si su única duda fuera elegir entre una docena de remedios fáciles. Aunque no se fueron de viaje, al menos el señor Moreen pudo desaparecer por espacio de varios días. Durante su ausencia su esposa volvió a abordar la cuestión de manera espontánea, pero su única aportación fue meramente decir que siempre había pensado que se llevaban a la mil maravillas con el tutor. La respuesta que dio Pemberton a aquella revelación fue afirmar que si no le entregaban inmediatamente una suma sustanciosa los dejaría para siempre. Sabía que ella se preguntaría cómo iba a arreglárselas para irse y por un momento supuso que le interrogaría al respecto. No lo hizo, por lo que Pemberton casi se sintió agradecido hacia ella, tan pocas eran las posibilidades que tenía de contestar.

—No se irá, usted sabe que no se irá... está demasiado interesado —dijo ella—. Sí, está demasiado interesado, usted lo sabe. ¡Nosotros le apreciamos y es usted tan amable! —se rió con malicia casi condenatoria, como si le estuviera haciendo un reproche (aunque no quiso insistir), mientras **agitaba** un pañuelo un tanto sobado ante él.

Pemberton estaba firmemente decidido a dejar la casa la semana siguiente. Eso le daría margen para recibir respuesta a la carta que había enviado a Inglaterra. Si no hizo nada semejante, es decir, si se quedó otro año y después se ausentó sólo por espacio de tres meses, no fue sólo porque antes de recibir respuesta a su carta (respuesta que resultó no ser nada satisfactoria), el señor Moreen le entregó generosamente (de nuevo con todas las precauciones propias de un hombre de mundo) trescientos francos. Pemberton se exasperó al descubrir que la señora Moreen estaba en lo cierto, que no le resultaba posible dejar al niño. Esto se hizo más patente

samente cuando llegó el momento decisivo, cuando casi tenían la copa en sus labios, él hizo un movimiento que dio al traste con todo. Fue su primer topetazo, como decía él, con las personas que le habían contratado, y su primer intento no fallido (aunque resultara fallido en los demás aspectos) de hacerles tomar en consideración lo imposible que era la situación en que se encontraba. A Pemberton le pareció que aquel momento, víspera ostensible de un caro viaje, era el más oportuno para presentar su protesta, su ultimátum. Por ridículo que pudiera parecer, no había sido capaz de sostener una entrevista privada sin interrupciones con las dos personas de más edad de la familia, ni tampoco con ninguna de las dos por separado. Siempre les acompañaban los hijos mayores y el pobre Pemberton iba generalmente con el pequeño que estaba a su cargo. Sabía que en aquella casa se vivía siempre expuesto a que quedase bastante **manchada** la superficie de la propia delicadeza; pero hasta entonces se había negado a echar a perder la flor de sus escrúpulos anunciando públicamente a Mr. y Mrs. Moreen que no podía continuar sin recibir algún dinero. Era todavía lo bastante ingenuo para creer que Ulick y Paula y Amy no **sabían** que desde su llegada sólo había cobrado unos ciento cuarenta francos; y era lo suficientemente magnánimo para no desear **comprometer** a sus padres en presencia suya. Ahora Mr. Moreen le escuchó, igual que escuchaba a todos y a todo, como un hombre de mundo, y parecía —aunque, naturalmente, de forma no demasiado patente— estar pidiéndole a Pemberton que se esforzase por ser también él un poco más. El joven reconoció la importancia que tiene la fuerza moral en esta clase de transacciones al comprender las ventajas que le estaba proporcionando a Mr. Moreen. Mientras que aquel caballero no se mostraba ni si quiera confundido, el pobre Pemberton lo estaba más que si hubiese tenido algún motivo para estarlo. Tampoco parecía sorprendido, al menos no más sorprendido de lo que pueda estar alguien capaz de confesar como hizo él abiertamente que se sentía escandalizado, aunque no, estrictamente, por lo que Pemberton acababa de hacer.

—Habrá que tratar de esta cuestión, ¿verdad, querida? —le dijo a su esposa.

Mr. Moreen le aseguró a su amigo que el tema recibiría su atención más completa, y luego se desvaneció en el espacio, tan esquivo como si, al llegar a la puerta, se tomara una inevitable aunque **desaprobadora prioridad**. Cuando, al cabo de un instante, Pemberton se encontró a solas con Mrs. Moreen fue para oírle decir:

—Bien, bien —mientras se daba unos golpecitos en la redondez del mentón y poniendo una cara como si la única dificultad fuera la de elegir entre media docena de remedios fáciles.

Al final la partida se aplazó indefinidamente y Mr. Moreen desapareció durante varios días. Mientras se prolongó su ausencia su esposa volvió a tocar el tema espontáneamente, pero no contribuyó a ampliarlo más que comentando que se daba cuenta de lo bien que se llevaban. La respuesta de Pemberton a tal revelación fue que a no ser que le entregaran inmediatamente una suma considerable estaba dispuesto a abandonarles para siempre. El sabía que ella se iba a preguntar cómo iba a irse, y se quedó un momento esperando la pregunta. Ella no la formuló, algo por lo que Pemberton le estuvo casi agradecido pues su situación no le hubiera permitido contestarle.

—Usted no se irá, de ningún modo: está usted demasiado interesado —dijo ella—. ¡Usted está interesado, y lo sabe, mi querido y amable caballero!

Mrs. Moreen se rió, con una considerable dosis de malicia, como si se tratara de un reproche, mientras **agitaba** delante de Pemberton un manchado pañuelo de bolsillo.

Pemberton estaba completamente decidido a irse de aquella casa a la semana siguiente. Quería darse el tiempo suficiente para recibir la contestación a una carta que había enviado a Inglaterra. Si no lo hizo —es decir, si se quedó otro año y luego, entonces, durante sólo tres meses y luego volver— no fue solamente porque antes de que llegara la contestación de su carta (que, por cierto, cuando llegó fue muy insatisfactoria) Mr. Moreen le entregó generosamente —y una vez más con todas las precauciones que adoptaría un hombre de mundo— trescientos francos sino porque, para su exasperación, descubrió que Mrs. Moreen tenía razón, que no sopor-

stand, tolerate, (soportar) bear* to leave the child. This stood out clearer
 for the very reason that, the night of his
 (súplica) desperate appeal* to his patrons, he had seen
 fully for the first time where he was. Wasn't
 5 it another proof of the success with which
 (patronos) those patrons* practiced their arts that they
 delay, (retrasar) had managed to avert* for so long the
 (destello) illuminating flash*? It descended upon
 Pemberton with a luridness* which perhaps
 luminosity, (intensidad) would have struck a spectator as comically
 excessive, after he had returned to his little
 (de criado) / (cerrado) / (patio, (patio) servile* room, which looked into a close*
 strident / noise court* where a bare, dirty opposite wall took,
 (entregado) with the sound of shrill* clatter*, the reflection
 15 of lighted back-windows. He had simply given
 himself away* to a band of adventurers. The
 idea, the word itself, had a sort of romantic
 horror for him—he had always lived on such
 safe* lines*. Later it assumed a more interest-
 (secure / part, (papel) ing, almost a soothing*, sense: it pointed a
 (tranquilizador, con- 20 moral, and Pemberton could enjoy a moral.
 solador, de alivio) The Moreens were adventurers not merely
 because they didn't pay their debts, because
 they lived on society, but because their whole
 view of life, dim* and confused and
 (blurred, (turbia), dull 25 instinctive, like that of clever colorblind
 miserable, (mezquina) animals, was speculative and rapacious and
 unclean, (inmundos) mean*. Oh! they were "respectable," and that
 (rastreros, abyectos) only made them more *immondes**. The young
 man's analysis of them put it at last very
 simply—they were adventurers because they
 were abject* snobs. That was the completest
 account of them—it was the law of their being.
 Even when this truth became vivid to their
 35 ingenious inmate he remained unconscious of
 how much his mind had been prepared for it
 by the extraordinary little boy who had now
 become such a complication in his life. Much
 less could he then calculate on the information
 (deber) 40 he was still to owe* to the extraordinary little
 boy.

45 **turpitude** : Qui a une certaine laideur morale,
 depravación; meanness, baseness,
 depravity, wickedness, infamia, vileza, torpeza
turpid: rare; foul, disgraceful.
turpidud: que manifiesta torpeza, meanness,
 baseness, depravity, wickedness, infamia,
 vileza, torpeza
 50 **turpid**: rare; foul, disgraceful, torpeza moral.

5

5

V

following, subsequent, (subsiguiente) But it was during the ensuing* time that
 55 the real problem came up—the problem of
 how far it was excusable to discuss the
 (meaness, (infamia) turpitude* of parents with a child of twelve,
 of thirteen, of fourteen. Absolutely
 inexcusable and quite impossible it of course
 60 at first appeared; and indeed the question
 didn't press* for a while after Pemberton
 had received his three hundred francs. They
 produced a sort of lull*, a relief from the
 (respite, (tregua) sharpest* pressure. Pemberton frugally
 (acuciante) amended* his wardrobe and even had a few
 (resultó apremiante), urge francs in his pocket. He thought the Moreens
 looked at him as if he were almost too
 70 smart*, as if they ought to take care not to
 spoil* him. If Mr. Moreen hadn't been such
 a man of the world he would perhaps have
 said something to him about his neckties*.
 (corbatas) But Mr. Moreen was always enough a man
 of the world to let things pass—he had cer-
 75 tainly shown that. It was singular* how
 Pemberton guessed that Morgan, though
 saying nothing about it, knew something had
 happened. But three hundred francs,
 (debía) especially when one owed* money, couldn't
 last forever; and when they were gone—the
 80 boy knew when they were gone—Morgan
 did say something. The party* had returned
 to Nice at the beginning of the winter, but
 not to the charming villa*. They went to an
 (mansion, country house) hotel, where they stayed* three months, and
 85 then they went to another hotel, explaining
 that they had left the first because they had
 waited and waited and couldn't get the
 rooms they wanted. These apartments,
 the rooms they wanted, were generally
 90 very splendid; but fortunately they never
 could get them—fortunately, I mean, for
 Pemberton, who reflected always that if

por la sencilla razón de que, la noche que hizo aquel
 llamamiento desesperado a sus patronos, vio con
 toda claridad en qué posición se encontraba. ¿No
 era una prueba más de éxito con que practicaban
 aquellos patronos sus artes el hecho de que hubie-
 ran logrado retrasar durante tanto tiempo el destello
 iluminador? Se hizo la luz ante Pemberton (con
 una intensidad tal que un espectador seguramente
 la hubiera juzgado cómicamente excesiva) cuando
 el joven ya había regresado a su pequeña estancia
 de criado, que daba a un patio cerrado y tenía en-
 frente una pared sucia y desnuda que recogía con
 agudo estrépito el reflejo de las iluminadas ventan-
 nas traseras. Sencillamente se había puesto en ma-
 nos de una banda de aventureros. Aquella idea, la
 palabra por sí sola, le hacía sentir una especie de
 horror romántico, a él, cuya vida siempre se había
 desarrollado dentro de unos coordenadas tan estables.
 Más adelante la idea adquirió un aspecto más
 interesante, haciéndole sentir una especie de alivio:
 aquello encerraba una moraleja y a Pemberton le
 gustaban las moralejas. Los Moreen eran unos aven-
 tureros no sólo porque no pagaran sus deudas o
 porque vivieran a costa de la sociedad, sino porque
 toda la visión que tenían de la vida (turbia, confusa
 e instintiva, como la de los animales inteligentes y
 ciegos a los colores) era especulativa, rapaz y mez-
 quina. ¡Oh! Eran «respetables», lo cual los hacía
 más *immondes*. El análisis que hizo el joven de ellos
 lo puso de manifiesto de modo muy simple: eran
 aventureros porque eran unos snobs abyectos. Aque-
 llo era la manera más certera de describirlos, era la
 ley que regía sus vidas. Incluso después de haber
 comprendido tan gran verdad, el ingenioso perso-
 naje que compartía con ellos la casa siguió sin to-
 mar conciencia de lo mucho que había preparado
 su mente para una cosa así aquel niño extraordina-
 rio que ahora se había convertido en una complicación
 para su vida. Ni muchísimo menos podía
 Pemberton prever entonces la información que aún
 habría de deberle a aquel niño extraordinario.

Pero fue durante el tiempo que vino a conti-
 nuación cuando empezó el verdadero problema,
 el problema de hasta qué punto es excusable
 discutir la infamia de sus padres con un niño
 de doce, de trece, de catorce años. Naturalmen-
 te, al principio le pareció algo absolutamente
 inexcusable y enteramente imposible; y es cierto
 que la cuestión no resultó apremiante duran-
 te un tiempo, después de que Pemberton reci-
 biera sus trescientos francos. Estos dieron paso
 a una especie de calma, un alivio frente a las
 presiones más acuciantes. Pemberton enmendó
 frugalmente su vestuario e incluso tenía unos
 francos en el bolsillo. Pensó que los Moreen le
 miraban como si vistiera con demasiada elegan-
 cia, como si pensaran que deberían cuidar de
 no mimarle mucho. De no haber sido el señor
 Moreen tan hombre de mundo tal vez le hubie-
 ra dicho algo de sus corbatas. Pero el señor
 Moreen siempre estaba muy en su papel de hom-
 bre de mundo y dejaba estar las cosas; eso, cier-
 tamente, lo había demostrado a las claras. Era
 curioso que Pemberton hubiera adivinado que
 Morgan, aun cuando éste no decía nada, sabía
 que había pasado algo. Pero trescientos fran-
 cos, sobre todo cuando se debe dinero, no po-
 dían durar eternamente; y cuando se acabaron
 (el chico supo cuándo se acabaron) Morgan sí
 que dijo algo. El grupo había regresado a Niza
 a principios de invierno pero no a la encanta-
 dora casa de campo. Fueron a un hotel en el
 que se quedaron tres meses y después fueron a
 otro hotel, explicando que se habían ido de
 primero porque llevaban muchísimo tiempo es-
 perando y no les daban las habitaciones que
 querían. Tales aposentos, las habitaciones que
 querían, eran por lo general de lo más esplén-
 dido; pero afortunadamente nunca se las daban.
 Afortunadamente para Pemberton, quiero decir,

taba la idea de abandonar al chico. Un hecho que se
 hizo más claro incluso precisamente porque la no-
 che que expuso al matrimonio su intención de irse
 vio por primera vez con claridad dónde estaba. ¿No
 era acaso otra muestra del éxito con que la familia
 practicaba sus artes del hubieran conseguido apla-
 zar tanto el destello revelador? La luz, con unos to-
 nos misteriosos que quizás hubieran parecido a un
 observador cómicamente excesivos, sólo le alcanzó
 tras regresar a su servil habitación, que daba a un
 estrecho patio en el que la pared sucia y desnuda
 que tenía enfrente recogía sonidos rechinantes y los
 reflejos de las habitaciones traseras iluminadas.
 Entonces descubrió que se había entregado a una
 pandilla de aventureros. La idea, la palabra misma,
 tenía para él resabios de romántico terror: era, a la
 postre, un hombre que siempre se había movido
 dentro de los márgenes de la seguridad. Posterior-
 mente adquirió un sentido más interesante, y casi
 consolador: tenía una moraleja, y Pemberton era
 capaz de disfrutar las moralejas. Si los Moreen eran
 unos aventureros no era solamente porque no pa-
 garan sus deudas, porque vivieran de la sociedad,
 sino porque su forma confusa, débil e instintiva de
 entender la vida, parecida a la de esos inteligentes
 animales que son ciegos para los colores, era espe-
 culativa y rapaz y mezquina. ¡Sí, eran verdadera-
 mente «respetables», y eso no hacía sino convertir-
 les más aun en unos *immondes*! Al final, el análisis
 del joven le condujo a decirlo con gran sencillez:
 eran unos aventureros porque eran abyectamente
 snobs. Aquella frase era la que mejor les resumía;
 tal era la ley de su modo de ser. Ni siquiera cuando
 captó con todo su brillo esta verdad llegó Pemberton
 a comprender que su mente no hubiera podido al-
 canzarla de no ser porque había sido preparada para
 ello por el extraordinario chiquillo que había llega-
 do a ser aquella tremenda complicación en su vida.
 Y menos todavía podía adivinar lo provechosas que
 iban a ser las informaciones que con el tiempo llega-
 ría a deber al extraordinario chiquillo.

	they had got them there would have been still less for educational expenses. What Morgan said at last was said suddenly, irrelevantly, when the moment came, in the middle of a lesson, and consisted of the apparently unfeeling* words: "You ought to <i>filer</i> *, you know—you really ought."	pues éste siempre se hacía la reflexión de que si se las llegaban a dar quedaría aún menos para gastos de educación. Lo que por fin dijo Morgan lo dijo repentinamente, sin venir a cuento, cuando llegó el momento, en medio de una clase y su contenido fueron estas palabras, aparentemente exentas de sentimiento. —Debería usted <i>filer</i> , ¿sabe? De veras debería hacerlo.	sando en Pemberton, quien juzgaba que de haberlas obtenido el capítulo de gastos para la educación del benjamín se hubiera reducido. Lo que por fin dijo Morgan fue dicho bruscamente, como sin darle importancia, justo en medio de una lección, y no fueron más que unas palabras dichas aparentemente por un ser insensible. —Tendría usted que <i>filer</i> , sabe; de verdad.
(casuales, no sentidas) sneak off, go away			
locked fixedly at him	10 Pemberton stared*. He had learnt enough French slang from Morgan to know that to <i>filer</i> meant to go away. "Ah, my dear fellow, don't turn me off*!"	Pemberton se le quedó mirando fijamente. Había aprendido de Morgan el suficiente argot francés como para saber que <i>filer</i> significaba irse. —¡Ah, querido muchacho, no me despidas!	Pemberton le miró. Morgan le había enseñado suficiente argot francés como para saber que <i>filer</i> quería decir marcharse. —No me apartes, amigo mío, no me apartes.
(no me apartes, despidas)			
	15 Morgan pulled a Greek lexicon towards him (he used a Greek-German), to look out* a word, instead of asking it of Pemberton. "You can't go on like this, you know."	Morgan cogió un diccionario de griego (utilizaba un diccionario griego—alemán) para buscar una palabra, en vez de preguntársela a Pemberton. —Usted sabe que no puede seguir así.	Morgan tiró de un diccionario griego hacia él (utilizaba uno griego—alemán), para mirar una palabra en lugar de preguntársela a Pemberton. —No puede usted seguir así.
(mirar)			
	20 "Like what, my boy?"	—¿Seguir cómo, muchacho?	—¿Así?
	"You know they don't pay you up," said Morgan, blushing* and turning his leaves*.	—Sin que le paguen —dijo Morgan, ruborizándose y pasando las hojas.	—Ya sabe que ellos no le pagan —dijo Morgan enrojeciéndose y sin dejar de volver las páginas de; libro.
reddening / pages			
	25 "Don't pay me?" Pemberton stared again and feigned* amazement*. "What on earth put that into your head?"	—¿Que no me pagan? —Pemberton volvió a mirarle fijamente y fingió asombro— ¿Quién diablos te ha metido eso en la cabeza?	—¿Que no me pagan? —dijo Pemberton volviendo a mirarle y fingiendo sorpresa—. ¿Cómo se te ha ocurrido esta idea?
pretended, (fingió) / surprise			
	"It has been there a long time," the boy	—Lleva ahí mucho tiempo —replicó el chico, prosiguiendo su búsqueda.	—Hace tiempo que lo pienso —respondió el chico mientras continuaba su búsqueda.
	30 replied, continuing his search.		
	Pemberton was silent, then he went on: "I say, what are you hunting for*? They pay me beautifully*."	Pemberton se quedó un momento callado y a continuación dijo: —Oye, ¿qué estás buscando? Me pagan magníficamente.	Pemberton se quedó en silencio y después prosiguió: —Me gustaría saber qué palabra buscas. Me pagan muy bien.
searching for, (buscando) (magníficamente)			
	35 "I'm hunting for* the Greek for transparent* fiction," Morgan dropped.	—Estoy buscando cómo se dice en griego <i>falsedad manifiesta</i> ».	—Estoy buscando cómo se dice en griego <i>fingir sin éxito</i> .
(busco el equivalente en) (pura, mera)			
	40 "Find that rather for gross* impertinence, and disabuse* your mind. What do I want of money?"	—Más vale que busques « <i>impertinencia grosera</i> » y que alivies tu mente. ¿Para qué me hace falta el dinero?	—Busca más bien cómo se dice <i>grave desliz</i> , y no te armes esos líos en la cabeza. ¿Para qué quiero dinero?
flagrant, notorious, scandalous, (grosera) purge, (alivia)			
	"Oh, that's another question!"	—¡Ah, esa es otra cuestión!	—Oh, ésta es otra cuestión.
	45 Pemberton hesitated—he was drawn* in different ways. The severely correct thing would have been to tell the boy that such a matter was none of his business and bid* him go on with his lines. But they were	Pemberton dudó... sentía impulsos diversos. La manera severa y correcta de actuar habría consistido en decirle al niño que aquel asunto no era de su incumbencia y que siguiera traduciendo. Pero la relación que mantenían era demasiado estrecha como para hacer una cosa así; no era el modo en que estaba acostumbrado a tratarle; no había habido razón para que así fuera. Por otra parte, lo que Morgan había dicho era totalmente cierto... en realidad no le hubiera resultado posible seguir ocultándose durante mucho tiempo; así pues ¿por qué no hacerle saber los motivos verdaderos que tenía para abandonarle? Al mismo tiempo no era decente hablarle mal a un alumno de la propia familia del alumno; antes que eso más valía desvirtuar las cosas. Así que, en respuesta a la última exclamación de Morgan, afirmó, a fin de zanjar la cuestión, que había recibido varias pagas.	Pemberton vaciló: se sentía arrastrado en diversos sentidos. Lo estrictamente correcto hubiera sido decirle al chico que aquella cuestión no le incumbía en lo más mínimo y que se dedicara a pensar en su traducción. Pero en realidad tenían un trato demasiado íntimo para esta clase de respuesta; no acostumbraba dirigirse de aquella forma y no había habido motivo suficiente para cambiar. Por otro lado Morgan había dado con la verdad pues en realidad Pemberton no iba a ser capaz de continuar de aquel modo mucho tiempo más; por eso pensó que lo que seguramente debía hacer era confesarle el verdadero motivo por el que se sentía forzado a abandonarle. Al mismo tiempo no estaba nada bien insultar a la familia de un alumno en presencia de éste y creyó que antes que caer en esa equivocación era preferible engañarle. De modo que en respuesta a la última exclamación de Morgan declaró simplemente, y dando así por terminada la discusión sobre aquel tema, que había recibido varios pagos.
asked, told			
	50 really too intimate for that; it was not the way he was in the habit of treating him; there had been no reason it should be. On the other hand Morgan had quite lighted on* the truth—he really shouldn't be able		
	55 to keep it up much longer; therefore why not let him know one's real motive for forsaking* him? At the same time it wasn't decent to abuse* to one's pupil the family of one's pupil; it was better to misrepresent* than to do that. So in reply to Morgan's last exclamation he just declared, to dismiss* the subject, that he had received several payments.		
clarified, came upon			
	60 "I say—I say!" the boy ejaculated, laughing.	—¡Ya, ya! —exclamó el niño, riéndose.	—Sigamos —dijo Pemberton—.
leaving, (abandonarle) harm, ill-treat			
	65 "That's all right," Pemberton insisted. "Give me your written rendering*."	—Es suficiente —insistió Pemberton—. Dame tu traducción escrita.	—Déjame ver tu traducción. ¡Caramba, caramba! —dijo el chico riendo.
twist, (desvirtuar), distort			
	70 Morgan pushed a copybook across the table, and his companion began to read the page, but with something running in his head that made it no sense. Looking up after a minute or two he found the	Morgan le pasó el cuaderno desde el otro lado de la mesa y su acompañante inició la lectura de la página, pero algo le daba vueltas en la cabeza, impidiéndole encontrar sentido a lo que leía. Al cabo de un par de minutos alzó la vista y se encontró con los ojos del niño clavados en él y detectó en ellos algo extraño. Entonces Morgan dijo: —No me da miedo la realidad.	Morgan empujó un cuaderno hacia el otro lado de la mesa, y su compañero se puso a leer la página pero, como su mente seguía ocupada en otro terreno, no consiguió entender nada. Al cabo de uno o dos minutos, al levantar la mirada, se encontró con que el chico había fijado sus ojos en los suyos, y captó en ellos algo extraño. Entonces Morgan dijo: —No le tengo miedo a la realidad.
abandon, (zanjar el asunto)			
	75 child's eyes fixed on him, and he saw something strange in them. Then Morgan said: "I'm not afraid of the reality."	—Todavía no he visto ninguna cosa que te dé miedo. ¡Te hago justicia al decir esto!	—Para serte sincero, te diré que no he visto eso que te da miedo.
	"I haven't yet seen the thing that you are	Se lo dijo de sopetón (era perfectamente cierto) y a Morgan le causó un placer evidente. —He pensado mucho en ello —dijo Morgan enseguida.	Pemberton dijo esta frase en tono asustado y al notarlo Morgan se mostró evidentemente satisfecho. —Hace mucho tiempo que lo pienso —prosiguió el chico al cabo de unos instantes.
(sopetón)			
	80 afraid of—I'll do you that justice!"	—Pues no lo pienses más.	—Pues no vuelvas a pensar en ello.
(enseguida) / (reanudó), continued			
	"Well, don't think of it any more."	El niño al parecer obedeció y se pasaron una hora cómoda e incluso divertida. Sostenían la teoría de que eran muy concienzudas y, sin embargo, siempre parecía que se	El chico pareció aceptar el ruego y pasaron un rato tranquilo y divertido. Tenían la teoría de que ambos eran tan concienzudos como meticulosos en su trabajo, pero siempre parecían estar estudiando
assent, (obedecer)			
	90 they had a comfortable and even an amusing hour. They had a theory that they were very thorough*, and yet they		
meticulous			

seemed always to be in the amusing part of lessons, the intervals between the tunnels, where there were waysides* and views*. Yet the morning was brought to a violent end by Morgan's suddenly leaning* his arms on the table, burying* his head in them and bursting into* tears. Pemberton would have been startled* at any rate; but he was doubly startled because, as it then occurred to him, it was the first time he had ever seen the boy cry*. It was rather awful.

The next day, after much thought, he took a decision and, believing it to be just, immediately acted upon it*. He cornered Mr. and Mrs. Moreen again and informed them that if, on the spot, they didn't pay him all they owed him, he would not only leave their house, but would tell Morgan exactly what had brought him to it.

"Oh, you *haven't* told him?" cried Mrs. Moreen, with a pacifying hand on her well-dressed bosom*.

"Without warning you? For what do you take me?"

Mr. and Mrs. Moreen looked at each other, and Pemberton could see both that they were relieved and that there was a certain alarm in their relief*. "My dear fellow," Mr. Moreen demanded, "what use *can* you have, leading the quiet life we all do, for such a lot of money?"—an inquiry to which Pemberton made no answer, occupied as he was in perceiving that what passed in the mind of his patrons was something like: "Oh, then, if we've felt that the child, dear little angel*, has judged us and how he regards us, and we haven't been betrayed*, he must have guessed and, in short, it's *general**!" an idea that rather stirred* up Mr. and Mrs. Moreen, as Pemberton had desired that it should. At the same time, if he had thought that his threat would do something towards bringing them round*, he was disappointed to find they had taken for granted* (how little they appreciated his delicacy!) that he had already given them away* to his pupil. There was mystic uneasiness* in their parental breasts*, and that was the way they had accounted for it*. Nonetheless his threat did touch them*; for if they had escaped it was only to meet a new danger. Mr. Moreen appealed to Pemberton, as usual, as a man of the world; but his wife had recourse, for the first time since the arrival of their inmate*, to a fine* *hauteur**, reminding him that a devoted mother, with her child, had arts that protected her against gross* misrepresentation*.

"I should misrepresent you grossly if I accused you of common honesty!" the young man replied; but as he closed the door behind him sharply*, thinking he had not done himself much good, while Mr. Moreen lighted another cigarette, he heard Mrs. Moreen shout after him, more touchingly*:

"Oh, you do, you *do*, put the knife to one's throat!"

The next morning, very early, she came to his room. He recognized her knock*, but he had no hope that she brought him money; as to which he was wrong, for she had fifty francs in her hand. She squeezed* forward in her dressing-gown*, and he received her in his own, between his bathtub and his bed. He had been tolerably schooled* by this time to the "foreign ways" of his hosts. Mrs. Moreen was zealous*, and when she was zealous she didn't care what she did; so she now sat down on his bed, his clothes being on the chairs, and, in her preoccupation, forgot, as she glanced* round, to be ashamed* of giving him such a nasty* room. What Mrs. Moreen was zealous about on this occasion

encontraban en la parte divertida de las lecciones, en los intervalos que hay entre los túneles, donde siempre hay panoramas al borde del camino. No obstante, la mañana tuvo un final violento cuando Morgan, apoyando de repente los brazos en la mesa, hundió la cabeza entre los mismos y estalló en lágrimas. Pemberton se hubiera sobresaltado de todos modos; pero se sintió doblemente sobresaltado porque, y reparó en ello entonces, era la primera vez que veía llorar al niño. Fue espantoso.

Al día siguiente, después de pensarlo mucho, adoptó una decisión y, creyendo que era justa, inmediatamente la llevó a cabo. Arrinconó de nuevo al señor y a la señora Moreen y les comunicó que si no le pagaban todo lo que le debían en aquel mismo momento, no sólo se iría de su casa sino que también le diría a Morgan el motivo exacto que le llevaba a hacerlo.

—Ah ¿es que no se lo ha dicho? —exclamó la señora Moreen con una mano pacificadora descansando en su bien vestido regazo.

—¿Sin advertírselo a ustedes? ¿Por quién me toman?

El señor y la señora Moreen se miraron y Pemberton se dio cuenta de que sentían alivio y de que en su alivio había cierta alarma.

—Mi querido amigo —preguntó el señor Moreen— ¿qué uso podría usted darle a tanto dinero, siendo tan tranquila la vida que llevamos?

Pemberton no respondió a aquella pregunta, ocupado como estaba en comprender que lo que pasaba por la cabeza de sus patronos era algo parecido a esto: «Oh, entonces sí, por la manera en que nos mira, nosotros creíamos que el niño, angelito querido, nos había juzgado, y, siendo así que no nos ha delatado nadie, entonces tiene que haber llegado él solo a esa conclusión... y, en resúmenes cuentas... ¿es algo que se nota!» Idea esta que conmovió bastante a los señores Moreen, cosa que Pemberton deseaba. Al mismo tiempo, si había supuesto que su amenaza iba a servir de algo en cuanto a convencerles, se sintió decepcionado al descubrir que daban por hecho (¡en qué poco valoraban su delicadeza!) que ya los habría descubierto a los ojos de su alumno. Anidaba una oscura inquietud en su fuero interno de padres y eso explicaba sus suposiciones. No obstante, la amenaza del tutor los conmovió pues, si bien habían escapado, era tan sólo para enfrentarse a un nuevo peligro. El señor Moreen, como de costumbre, apeló a Pemberton en su calidad de hombre de mundo; pero su esposa recurrió por vez primera desde la llegada del joven, a una elegante *hauteur*, recordándole que una madre *devota* de su hijo tenía a su disposición artes que la protegían de las groseras deformaciones de la realidad.

—¿Sería una grosera deformación de la realidad que yo la acusara de ser de una honradez común! —contestó el joven; pero cuando cerraba bruscamente la puerta tras de sí, pensando que no se había hecho mucho bien a sí mismo, mientras el señor Moreen gritaba a sus espaldas, con ánimo más conmovedor:

—¿Pues hágalo, hágalo, póngame un cuchillo en la garganta!

A la mañana siguiente, muy temprano, ella acudió a su habitación. Pemberton reconoció su forma de llamar pero no tenía ninguna esperanza de que le trajera dinero, con respecto a lo cual se equivocaba, pues la señora Moreen llevaba cincuenta francos en la mano. Entró en bata y él la recibió vestido con otra prenda de la misma naturaleza, en el espacio que mediaba entre la bañera y la cama. A aquellas alturas ya estaba tolerablemente habituado a las «costumbres extranjeras» de sus anfitriones. La señora Moreen una persona vehemente y cuando se dejaba llevar por la vehemencia de su carácter, no se fijaba en lo que hacía; de modo que aquel momento, como las ropas de Pemberton ocupaban las sillas se sentó en la cama de éste y, en medio de la preocupación que sentía, se olvidó, cuando echó una ojeada en torno a sí, de sentir avergonzada por ha-

la parte más divertida de las lecciones, los intervalos entre un túnel y el siguiente, las zonas en las que se dominaban grandes perspectivas y los viajeros podían sentarse al borde del camino a contemplar los. Pero la mañana terminó abrupta y violentamente cuando Morgan apoyó de repente sus brazos en la mesa, enterró en ellos su cabeza, y rompió a llorar. Aunque las circunstancias hubiesen sido otras Pemberton se hubiera sobresaltado, pero el susto fue doble porque —tal como pensó en aquel mismo momento— era la primera vez que le veía llorar. Fue horrible.

Al día siguiente, y después de habérselo pensado mucho, tomó una decisión y, en la creencia de actuar con justicia, la puso en práctica inmediatamente. Arrinconó a Mr. y Mrs. Moreen otra vez y les informó que si no le pagaban allí mismo todo lo que le debían, no solamente pensaba abandonar su casa sino que además informaría a Morgan de los motivos que le impulsaban a hacerlo.

—¡Ah! ¿No se lo había dicho? —exclamó Mrs. Moreen apoyando en su bien vestido pecho una mano pacificadora.

—¿Sin advertirles a ustedes previamente? ¿Por quién me han tomado?

Mr. y Mrs. Moreen se miraron el uno al otro, y Pemberton vio que los dos parecían aliviados aunque con cierta alarma en su alivio.

—Querido amigo mío —le preguntó Mr. Moreen—, ¿puede usted decirme, dado que llevamos una vida más bien tranquila, para qué puede usted querer tantísimo dinero?

Pemberton no contestó esta pregunta pues estaba muy ocupado tratando de captar lo que pensaba el matrimonio, que debía ser algo así: «¡Ah, si hubiéramos sabido que el niño pobre angelito, nos ha juzgado sin necesidad de que nos traicionasen, y que de todos modos *todo* el mundo está enterado!». una idea inquietante —tal como Pemberton deseaba para los Moreen. Al mismo tiempo, Pemberton tuvo que sufrir una decepción si había creído que su amenaza iba a convencer al matrimonio porque lo que no había sido capaz de imaginar es que ellos creían que él les había delatado (¿qué poco apreciaban su delicadeza!) a su alumno. Había una mística intranquilidad en sus paternos pechos, y era de este modo que se la habían explicado a sí mismos. De todas maneras su amenaza les conmovió, porque si lograron evadirse de ella fue solamente para enfrentarse a un nuevo peligro. Mr. Moreen apeló a Pemberton, como siempre, tal como hubiera hecho un hombre de mundo; pero su esposa recurrió, por primera vez desde la llegada del nuevo preceptor, a una fina *hauteur*, recordándole que una madre *amante* tenía, tratándose de cosas relacionadas con su hijo, artes que la protegían de toda posible impresión deformada.

—¿Yo sí que daría una impresión deformada de usted si la acusara de tener la vulgaridad de ser honrada! —replicó el joven.

Pero al cerrar la puerta a su espalda, pensando que no había ganado una gran ventaja para su causa, y mientras Mr. Moreen encendía otro cigarrillo, oyó a Mrs. Moreen gritarle de forma más conmovedora:

¿La verdad, la *verdad* es que nos ha puesto el cuchillo en el cuello!

A la mañana siguiente, muy temprano, Mrs. Moreen fue a su habitación. Pemberton reconoció sus golpes, pero no tenía esperanzas de verla aparecer con dinero; algo en lo que se equivocaba porque llevaba cincuenta francos en la mano. Se coló en la habitación vestida con su bata, y él la recibió con la suya, a medio camino entre la bañera y la cama. A estas alturas conocía bastante bien las «costumbres foráneas» de la familia. Mrs. Moreen era diligente, y cuando era diligente no se detenía ante nada; de modo que entró, se sentó en la cama aprovechando que la ropa de Pemberton estaba distribuida por las sillas, y, de tan preocupada que estaba, olvidó, mientras echaba una mirada a su alrededor, avergonzarse de haberle instalado en una habitación tan horrible. En este caso la diligencia de Mrs. Moreen estaba relacionada con su intención de persuadirle en primer lugar de que ella

(bondadosa) was to persuade him that in the first place she was very good-natured* to bring him fifty francs, and, in the second, if he would only see it, he was really too absurd to expect to be paid. Wasn't he paid enough, without perpetual money—wasn't he paid by the comfortable, luxurious home that he enjoyed with them all, without a care, an anxiety, a solitary want*? Wasn't he sure of his position*, and wasn't that everything to a young man like him, quite unknown, with singularly little to show, the ground of whose exorbitant pretensions it was not easy to discover? Wasn't he paid, above all, by the delightful relation he had established* with Morgan—quite ideal, as from master to pupil and by the simple privilege of knowing and living with so amazingly* gifted* a child, than whom really—she meant literally* what she said—there was no better company in Europe? Mrs. Moreen herself took to appealing to him as a man of the world; she said “Voyons, mon cher*,” and “My dear sir, look here now”; and urged* him to be reasonable, putting it before him that it was really a chance for him. She spoke as if, according as he *should* be reasonable, he would prove* himself worthy to be her son's tutor and of the extraordinary confidence they had placed in him.

After all, Pemberton reflected, it was only a difference of theory, and the theory didn't matter much. They had hitherto gone on that of remunerated*, as now they would go on that of gratuitous, service; but why should they have so many words about it? Mrs. Moreen, however, continued to be convincing; sitting there with her fifty francs she talked and repeated, as women repeat, and bored and irritated him, while he leaned* against the wall with his hands in the pockets of his wrapper*, drawing* it together round his legs and looking over the head of his visitor at the gray negations of his window. She wound up* with saying: “You see I bring you a definite* proposal*.”

50 “A definite proposal?”

“To make our relations regular, as it were—to put them on a comfortable* footing*.”

55 “I see—it's a system,” said Pemberton, “A kind of blackmail*.”

(se puso rígida, se sobresaltó, startled) Mrs. Moreen bounded up*, which was what the young man wanted.

60 “What do you mean by that?”

(marcharse) “You practice on one's fears—one's fears about the child if one should go away*.”

(dígame) “And, pray*, what would happen to him in that event?” demanded Mrs. Moreen, with majesty.

70 “Why, he'd be alone with you.”

“And pray, with whom *should* a child be but with those whom he loves most?”

(me despidió, lay me off, discharge me) “If you think that, why don't you dismiss* me?”

“Do you pretend that he loves you more than he loves *us*?” cried Mrs. Moreen.

80 “I think he ought to. I make sacrifices for him. Though I've heard of those *you* make, I don't see them.”

(estalló) Mrs. Moreen stared* a moment; then, with emotion, she grasped* Pemberton's hand. “Will you make it—the sacrifice?”

90 Pemberton burst out* laughing. “I'll see—I'll do what I can—I'll stay* a little longer. Your calculation is just—I do hate intensely*

berle dado al tutor de su hijo aquella habitación tan deplorable. Lo que había despertado la vehemencia de señora Moreen en aquella ocasión era el deseo de convencer al ven en primer lugar de que era muy bondadosa por traerle cincuenta francos y, en segundo lugar, de que, si se fijaba, era totalmente absurdo esperar que le pagaran. ¿Es que no se sentía bien pagado (dejando de un lado el sempiterno dinero) disfrutando de aquella casa cómoda y lujosa con todos ellos, sin ninguna preocupación sin ninguna inquietud, sin una sola necesidad? ¿No gozaba de u posición segura? ¿No era aquello todo para un joven como él, joven completamente desconocido, que tenía singularmente por que ofrecer y sí unas pretensiones que no resultaba fácil descubrir en qué se basaban? Y por encima de todo ¿no se sentía suficientemente bien pagado por la relación maravillosa que había entablado con Morgan (la relación ideal entre un maestro y su discípulo y por el mero privilegio de conocer y vivir con un niño tan asobrosamente dotado, compañía que (y lo decía firmemente convecida) no la había mejor en toda Europa? La señora Moreen se dirigió a él como hombre de mundo; le decía «Voyons, mon cher» y «Fíjese en esto, distinguido señor», y le instaba a ser razonable, exponiéndole que en realidad aquella era una oportunidad que se brindaba. Hablaba como si, en la medida en que Pemberton ve razonable, demostrarla ser digno del honor de ser el tutor de hijo, así como de la extraordinaria confianza que depositaban en

Después de todo, pensó Pemberton, era una mera diferencia teorías, y las teorías no contaban mucho. Hasta entonces había probado la teoría del servicio remunerado y a partir de ahora probarían la del servicio gratuito; ¿pero por qué habían de malgastar tantas palabras en ello? Sin embargo, la señora Moreen persistía en su empeño de convencerle; sentada allí, con los cincuenta francos en la mano, hablaba y se repetía como se repiten las mujer aburriéndole e irritándole, mientras él escuchaba apoyado en la red, con las manos en los bolsillos de la bata, juntándola en torno a las piernas y mirando por encima de la cabeza de su visita los recuadros grises de la ventana. La señora Moreen concluyó diciendo: —En fin, vengo con una propuesta concreta.

—¿Una propuesta concreta?

—Regularizar nuestras relaciones, por decirlo así... asentarlas sobre una base cómoda.

—Ya entiendo... es un sistema —dijo Pemberton—. Una especie de chantaje.

La señora Moreen se puso rígida que era lo que el joven quería.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Usted utiliza el miedo que uno siente... miedo de lo que le ocurriría al niño si uno se fuera.

—Y, dígame, por favor, ¿qué le ocurriría al niño si se diera ese supuesto? —preguntó la señora Moreen con aire majestuoso.

—Pues que se quedaría solo con ustedes.

—Y, dígame, por favor ¿con quién debería estar un niño si no es con las personas a las que más quiere?

—Si eso es lo que piensa ¿por qué no me despidió?

—¿Pretende dar a entender que le quiere a usted más que a nosotros? —preguntó la señora Moreen.

—Creo que debería ser así. Yo me sacrifico por él. Aunque he oído hablar de los sacrificios que hacen ustedes, yo no los he visto.

La señora Moreen le miró fijamente un momento; después, emocionadamente, cogió a Pemberton de la mano. —¿Querrá usted hacerlo... el sacrificio?

Pemberton estalló en una carcajada. —Ya veré... haré lo que pueda... me quedaré un poco más. Su cálculo es acertado: efectivamente,

se había portado maravillosamente al llevarle aquellos cincuenta francos, y, en segundo lugar, y suponiendo que él fuera capaz de entenderlo, que en realidad estaba actuando de una manera absurda al esperar que se le pagara. ¿No cobraba ya lo suficiente, sin necesidad de dinero efectivo, no cobraba ya lo suficiente con la cómoda y lujosa casa que disfrutaba junto a todos ellos, libre además de toda preocupación, de toda ansiedad, de toda necesidad? ¿No gozaba acaso de una posición segura, que es lo único que un joven como él, completamente desconocido, y singularmente desprovisto de cualidades aparentes, podía pedir, en lugar de acosarles con unas pretensiones desorbitadas cuyo fundamento no era nada fácil de adivinar? ¿No estaba además y sobre todo siendo pagado por las deliciosas relaciones que había establecido con Morgan —unas relaciones ideales entre el maestro y su alumno— así como por el simple privilegio (le haber conocido un niño tan sorprendentemente dotado, que sinceramente —Mrs. Moreen no exageraba— era la mejor compañía que nadie pudiera conseguir en toda Europa? Y ahora hasta Mrs. Moreen apeló a él tratándole como a un hombre de mundo, diciéndole «Voyons, mon cher» y «Señor mío, fíjese bien», apremiándole a ser razonable, mostrándole que en realidad estaba gozando a su lado de una inmejorable oportunidad. Mrs. Moreen le habló de una manera que parecía que, si él se mostraba razonable, demostraría merecer tanto el honor de ser el preceptor de su hijo como la extraordinaria confianza que habían depositado en él.

Después de todo, pensó Pemberton, las diferencias sólo eran teóricas, y la teoría no tenía apenas importancia. Hasta aquel día había trabajado pensando que la suya era una actividad remunerada, y a partir de ahora lo tendría que ver como un servicio que prestaba gratuitamente; pero, ¿por qué entonces hacía falta gastar tantas palabras? Sin embargo, Mrs. Moreen continuó siendo convincente; sentada en su cama, con los cincuenta francos en la mano, hablaba y se repetía, como acostumbraban a repetirse las mujeres, y le aburría y le irritó mientras él permanecía apoyado contra la pared con las manos en los bolsillos del batín, cerrándolo sobre sus piernas y mirando por encima de la cabeza de su visitante las grises negaciones de su ventana. —Ya ve —concluyó ella— que le ofrezco una propuesta concreta.

—¿Una propuesta concreta?

—Para regularizar nuestras relaciones, por decirlo así. Para situarlas sobre una base cómoda.

—Ya veo —dijo Pemberton—. Es algo parecido a un chantaje.

Esto sobresaltó a la visitante, tal como pretendía el joven.

—¿Qué quiere decir?

—Usted abusa de mi miedo, del miedo que siento por lo que podría ocurrirle al niño si yo me fuera.

—Dígame, pues, ¿qué le ocurriría en ese caso? —preguntó majestuosamente Mrs. Moreen.

—Sencillamente, que se quedaría solo con ustedes.

—Dígame, ¿y con quién debería estar un niño si no es con aquellos a quienes más ama?

—Si es esto lo que usted piensa, ¿por qué no me despidió?

—¿Pretende usted decir que le quiere más a usted que a nosotros? —exclamó Mrs. Moreen.

—Creo que es un hecho indiscutible. Yo hago por él más sacrificios que nadie. Porque, aunque he oído hablar muy a menudo de los que hacen ustedes, nunca los he visto.

Mrs. Moreen se quedó mirándole un momento; luego, emocionada, cogió la mano de Pemberton. —¿Querrá usted hacerlo? ¿Hará ese sacrificio?

Pemberton estalló en una carcajada. —Ya veremos. Haré lo que pueda. Me quedaré un poco más. No se equivoca usted en sus cálculos.

(abandonarle) very much (dificultades, molestias)	to give him up*; I'm fond of him and he interests me deeply*, in spite of the inconvenience* I suffer. You know my situation perfectly; I haven't a penny in the world, and, occupied as I am with Morgan, I'm unable to earn money."	me resulta sumamente odiosa la idea de dejar al niño; le tengo cariño y me interesa mucho, a pesar de los inconvenientes por los que paso. Usted conoce perfectamente mi situación; no tengo ni un centimo y, ocupado como estoy con Morgan, no puedo ganar dinero.	Detesto horriblemente la idea de abandonarle. Me gusta y me interesa profundamente, a pesar de los inconvenientes que tengo que padecer. Usted sabe perfectamente cuál es mi situación. No tengo ni un penique y, estando como estoy ocupado con Morgan, no puedo ganar dinero.
(dio unos golpecitos en) (doblado)	Mrs. Moreen tapped* her undressed arm with her folded* bank-note. "Can't you write articles? Can't you translate, as I do?"	La señora Moreen se dio unos golpecitos en su desvestido brazo con el billete de banco doblado. —¿No puede escribir artículos? ¿No puede traducir como hago yo?	Mrs. Moreen dio unos golpecitos en su brazo desnudo con el billete doblado. —¿No podría escribir artículos? ¿No podría hacer traducciones, como yo?
poorly, (miserable mente, muy mal)	"I don't know about translating; it's wretchedly* paid."	—En cuanto a las traducciones, no sé; las pagan miserablemente.	—Las traducciones las pagan muy mal.
	"I am glad to earn what I can," said Mrs. Moreen virtuously, with her head high.	—Yo me alegro de ganar lo que puedo —dijo la señora Moreen con aire virtuoso y la cabeza alta.	—Yo me conformo con lo que me dan —dijo virtuosamente Mrs. Moreen con la cabeza muy alta.
publish rejected, refused (devuelven)	"You ought to tell me who you do it for." Pemberton paused a moment, and she said nothing; so he added: "I've tried to turn off* some little sketches, but the magazines won't have them—they're declined* with thanks."	—Debería decirme para quién lo hace —Pemberton hizo una pausa momentánea y ella no dijo nada, por lo que aquél prosiguió—: He intentado que me publicaran algunas cosas, pero las revistas no las aceptan... me las devuelven dándome las gracias.	—Tendría que decirme para quién las hace —dijo Pemberton. Hizo una pausa, pero como ella no contestaba, añadió—: He tratado de publicar unos bocetos, pero las revistas no los quieren. Siempre me los devuelven.
unique person, (fénix)	"You see then you're not such a phoenix*—to have such pretensions," smiled his interlocutress.	—Ya ve entonces que no es usted ningún fénix como para tener esas pretensiones —dijo su interlocutora con una sonrisa.	—Entonces estará de acuerdo en que no es el fénix que usted creía. Tiene usted muchas pretensiones —sonrió su interlocutora.
well (abyecta) (bonachonería)	"I haven't time to do things properly*," Pemberton went on. Then as it came over him that he was almost abjectly* good-natured* to give these explanations he added: "If I stay on longer it must be on one condition—that Morgan shall know distinctly* on what footing* I am."	—No tengo tiempo para hacer las cosas bien —prosiguió Pemberton. Entonces, como si de repente se le ocurriera que dar aquellas explicaciones era de una buena voluntad casi despreciables añadió—: Si me quedo más tiempo ha de ser con una condición que Morgan sepa claramente cuál es mi situación.	—No tengo tiempo suficiente para hacer las cosas como hay que hacerlas —continuó Pemberton. Luego, al ver la abyecta bonachonería con que actuaba dando tantas explicaciones, añadió—: Sí me quedo un tiempo más tendrá que ser con una condición: que Morgan sepa a qué tengo que atenerme.
attract attention, exaggerate	Mrs. Moreen hesitated. "Surely you don't want to show off* to a child?"	La señora Moreen dudó. —¿No será que quiere usted darse aires delante del niño?	Mrs. Moreen dudó: —¿Pretende usted exhibirse?
reveal, (delatar)	"To show <i>you</i> off*, do you mean?"	—¿Se refiere a que quiero airear cómo son ustedes?	—¿Quiere decir si quiero delatarles?
(sacarse de la manga) (chantaje), extortion	Again Mrs. Moreen hesitated, but this time it was to produce* a still finer flower. "And <i>you</i> talk of blackmail*!"	La señora Moreen dudó nuevamente, pero esta vez fue para ofrecer una flor aún más delicada: —¿Y es usted el que habla de chantaje!	Mrs. Moreen dudó otra vez, aunque ahora para sacarse de la manga una flor más fina incluso: —¿Y es usted el que habla de chantaje!
	"You can easily prevent it," said Pemberton.	—Puede evitarlo fácilmente —dijo Pemberton.	—Podrían ustedes evitarlo con suma facilidad —dijo Pemberton.
	"And <i>you</i> talk of practicing on fears," Mrs. Moreen continued.	—Y es usted el que habla de utilizar el miedo —prosiguió señora Moreen.	—¿Y es usted el que habla de abusar de los miedos ajenos! —continuó Mrs. Moreen.
rascal, cheater, (sinvergüenza)	"Yes, there's no doubt I'm a great scoundrel*."	—Sí, no hay duda ninguna de que soy un grandísimo sinvergüenza.	—Sí, soy sin duda un gran sinvergüenza.
grievously annoyed / (tendió), threw, hurled	His visitor looked at him a moment—it was evident that she was sorely* bothered*. Then she thrust out* her money at him. "Mr. Moreen desired me to give you this on account."	La mujer lo miró un momento; era evidente que se sentía profundamente molesta. —El señor Moreen quiere que le dé esto a cuenta.	Su visitante le miró un momento: era evidente que estaba gravemente herida. Entonces le arrojó el billete: —Mr. Moreen me pidió que le diera esto a cuenta.
	"I'm much obliged to Mr. Moreen; but we have no account."	—Se lo agradezco mucho al señor Moreen; pero no tenemos ninguna cuenta.	—Le estoy muy agradecido a Mr. Moreen. Pero no hay cuenta.
	"You won't take it?"	—¿No quiere cogerlo?	—¿No va a aceptarlo?
	"That leaves me more free," said Pemberton.	—Así soy más libre —dijo Pemberton.	—Así me siento más libre —dijo Pemberton.
wailed, moaned, (gimió, se quejó)	"To poison my darling's mind?" groaned* Mrs. Moreen.	—¿Para envenenar la mente de mi hijo querido? —dijo la señora Moreen con voz quejumbrosa.	—Para envenenar el alma de mi hijo, ¿verdad? —gruñó Mrs. Moreen.
	"Oh, your darling's mind!" laughed the young man.	—¡Oh, lamenta de su hijo querido! —dijo el joven riéndose	—¡Ah, el alma de su hijo! —rió el joven.
looked, (le clavó la mirada) (estalló) imploringly, (suplicante) (refrenó), curbed, restrained (salió apresuradamente)	She fixed* him a moment, and he thought she was going to break out* tormentedly, pleadingly*: "For God's sake, tell me what <i>is</i> in it!" But she checked* this impulse—another was stronger. She pocketed the money—the crudity of the alternative was comical and swept out* of the room with the desperate concession: "You may tell him any horror you like!"	Ella clavó en él la mirada un momento y Pemberton pensó que iba a tener un estallido tormentoso y suplicante: «Por el amor d Dios, ¡dígame qué hay en su mente!». Pero la señora Moreen refrenó aquel impulso... sintió otro más poderoso. Se guardó el dinero en el bolsillo —la crudeza de la alternativa resultaba cómica y salió apresuradamente de la habitación, haciendo una concesión desesperada: —¿Puede contarle todos los horrores que quiera!	Ella le clavó los ojos un momento, y Pemberton creyó que Mrs. Moreen iba a decir con acentos atormentados y suplicantes: «¡Dígame, por Dios, qué piensa el niño!» Pero ella controló este impulso—, sentía otro más fuerte aún. Se metió el dinero en el bolsillo. El contraste entre una y otra alternativa era tan vulgar que resultaba cómico— y salió rápidamente de allí haciendo una desesperada concesión: —¿Puede usted contarle todos los horrores que se le ocurran!

take advantage from, benefit by, gain from
 5 A couple of days after this, during which Pemberton had delayed to profit* by Mrs. Moreen's permission to tell her son any horror, the two had been for a quarter of an hour walking together in silence when the boy became sociable again with the
 10 remark: "I'll tell you how I know it; I know it through Zénobie."

"Zénobie? Who in the world is she?"

15 "A nurse I used to have—ever so many years ago. A charming woman. I liked her awfully*, and she liked me."
 (muchísimo), greatly

(Sobre gustos no hay nada escrito)
 20 "There's no accounting for tastes*. What is it you know through her?"

remained
 25 "Why, what their idea is. She went away because they didn't pay her. She did like me awfully, and she stayed* two years. She told me all about it—that at last she could never get her wages*. As soon as they saw how much she liked me they stopped giving her anything. They thought she'd stay for nothing, out of devotion*. And she did stay ever so long—as
 30 long as she could. She was only a poor girl. She used to send money to her mother. At last she couldn't afford* it any longer, and she went away in a fearful* rage* one night—I mean of course in a rage against them. She cried over me tremendously, she hugged* me nearly to death. She told me all about it," Morgan repeated. "She told me it was their idea. So I guessed, ever so long ago, that they have had the same idea with you."
 40

cunning, (perspicaz)
 "Zénobie was very shrewd*," said Pemberton. "And she made you so."

45 "Oh, that wasn't Zénobie; that was nature. And experience!" Morgan laughed.

"Well, Zénobie was part of your experience."

50 "Certainly I was a part of hers, poor dear!" the boy exclaimed. "And I'm a part of yours."

55 "A very important part. But I don't see how you know that I've been treated like Zénobie."

(hemos pasado juntos)
 60 "Do you take me for an idiot?" Morgan asked. "Haven't I been conscious of what we've been through together*?"

"What we've been through?"

"Our privations—our dark days."

65 "Oh, our days have been bright enough."

Morgan went on in silence for a moment. Then he said: "My dear fellow, you're a hero!"

70 answered, (replicó)
 "Well, you're another!" Pemberton retorted*.

bear, endure, (soportarlo)
 75 "No, I'm not; but I'm not a baby. I won't stand it* any longer. You must get some occupation that pays. I'm ashamed, I'm ashamed!" quavered* the boy in a little passionate* voice that was very touching to Pemberton.
 (apasionada)

escape, flee 80 "We ought to go off* and live somewhere together," said the young man.

(iré como un rayo)
 "I'll go like a shot* if you'll take me."

85 "I'd get some work that would keep us both afloat," Pemberton continued.

dunce, (estúpido, cretino)
 90 "So would I. Why shouldn't I work? I ain't such a *crétin**!"

"The difficulty is that your parents wouldn't hear of it," said Pemberton. "They would

UN par de días después de aquello, durante los cuales Pemberton no se benefició del permiso que le concediera la señor Moreen para contarle a su hijo los horrores que quisiera, llevaba tutor y alumno un cuarto de hora paseando en silencio cuando el niño volvió a mostrarse comunicativo, haciendo la siguiente observación:
 —Le diré cómo es que lo sé; lo sé por Zénobie.

—¿Zénobie? ¿Y quien diablos es Zénobie?

—Una niñera que tenía antes, hace muchísimos años. Una mujer encantadora. Me gustaba muchísimo, y yo a ella.

—Sobre gustos no hay nada escrito. ¿Qué es lo que sabes por ella?

—Pues cuál es la idea que tienen mis padres. Se fue porque no le pagaban. Me quería mucho y se quedó dos años. Me lo contó todo; ya nunca le pagaban su sueldo. En cuanto se dieron cuenta de que me había cogido mucho cariño dejaron de darle nada, por afecto. Y se quedó muchísimo tiempo... todo el tiempo que pudo. Era una muchacha pobre. Le mandaba dinero a su madre. Al final ya no pudo seguir en aquella situación y se marchó una noche, espantosamente enfadada; quiero decir, por supuesto, enfadada con ellos. Me cogió y se echó a llorar de un modo tremendo, me abrazaba tan fuerte que casi me aplasta. Me lo contó todo —repetió Morgan— contó qué idea tenían mis padres. Por eso pienso, desde hace mucho tiempo, que habrán tenido la misma idea con usted.

—Zénobie era muy perspicaz —dijo Pemberton—. Y te lo pegó a ti.

—Oh, eso no fue cosa de Zénobie; fue la naturaleza. ¡Y la experiencia! —rió Morgan.

—Bueno, Zénobie formo parte de tu experiencia.

—¡Sin duda yo formé parte de la suya, pobrecilla! —exclamó el niño—. Y formó parte de la de usted.

—Una parte muy importante. Pero no sé de dónde sacas que me tratan como a Zénobie.

—¿Me toma por un idiota? —preguntó Morgan—. ¿Es que no soy consciente de lo que hemos pasado juntos?

—¿Qué hemos pasado?

—Privaciones... días oscuros.

—Oh, los días que hemos pasado juntos han sido bastante brillantes.

Morgan guardó silencio un momento. Después dijo: —Querido tutor ¡es usted un héroe!

—¡Y tú otro! —replicó Pemberton.

—No, no lo soy; pero no me chupo el dedo. No quiero seguir aguantando esto. Debe usted encontrar alguna ocupación remunerada. ¡Me siento avergonzado! —dijo el niño con una vocecilla temblorosa y apasionada que conmovió profundamente a Pemberton.

—Deberíamos escaparnos e irnos a vivir juntos a alguna parte —dijo el joven.

—Si me llevara con usted iría a ciegas.

—Yo conseguiría algún trabajo que nos mantuviera a flote —prosiguió Pemberton.

—Yo también. ¿Por qué no habría de trabajar yo? ¡No soy ningún *crétin*!

—La dificultad estriba en que tus padres no querían ni oír hablar de ello —dijo Pemberton— ja-

Un par de días después de esta escena, período durante el que Pemberton había estado aplazando el momento de aprovecharse de la autorización concedida por Mrs. Moreen para que le contase cosas horrosas a su hijo, llevaban los dos un cuarto de hora caminando juntos en silencio cuando el chico volvió a mostrarse sociable comentando:
 —Le diré por qué lo sé. Lo he sabido a través de Zénobie.

—¿Zénobie? ¿Quién es?

—Una nodriza que tuve, hace muchísimos años. Era una mujer encantadora. A mí me gustaba muchísimo, y yo le gustaba a ella.

—Contra gustos no hay nada escrito. ¿Y qué es lo que supiste a través de ella?

—Pues, qué es lo que ellos suelen hacer. Zénobie se fue porque no le pagaban. Como yo le gustaba mucho se quedó dos años. Ella me lo dijo, me dijo que al final no consiguió que le pagaran su sueldo. En cuanto se dieron cuenta de lo que me quería dejaron de pagarme. Creían que se quedaría sin cobrar, por cariño. Y se quedó muchísimo tiempo, todo lo que pudo. No era más que una chica pobre. Al principio le mandaba dinero a su madre. Pero al cabo de un tiempo ya no pudo seguir haciéndolo, y una noche se marchó furiosísima. Furiosísima contra ellos, claro. Estuvo llorando a mi lado y me abrazó tan fuerte que casi me ahoga. Ella me lo dijo todo —repetió Morgan—. Dijo que eso es lo que hacen. Por eso, hace ya muchísimo tiempo que pensé que con usted harían lo mismo.

—Zénobie era muy astuta —dijo Pemberton—. Y te hizo astuto a ti.

—¡Oh, eso no se lo debo a Zénobie! Es la propia naturaleza de uno. ¡Y la experiencia! —rió Morgan.

—Exacto. Y Zénobie forma parte de tu experiencia.

—Y yo parte de la suya, sin duda. ¡Pobrecilla! —exclamó el chico—. Y soy también parte de la de usted.

—Una parte muy importante. Pero no entiendo cómo sabes que he sido tratado igual que Zénobie.

—¿Me toma por un idiota? —preguntó Morgan—. ¿Cree cine no me he dado cuenta de lo que hemos pasado juntos?

—¿Qué hemos pasado?

—Privaciones, días negros.

—Nuestros días han sido muy brillantes.

Morgan se quedó en silencio unos instantes. Luego dijo: —Querido amigo, es usted un héroe!

—¡Pues tú también lo eres! —replicó Pemberton.

—No, yo no lo soy. Pero tampoco soy un chiquillo. No pienso soportarlo por más tiempo. Tiene que encontrar usted una ocupación que le dé dinero. ¡Estoy avergonzado! ¡Estoy avergonzado! —dijo el chico con una voz trémula y tan apasionada que Pemberton se conmovió.

—Tendríamos que irnos y vivir juntos en algún lugar —dijo el joven.

—Le acompañaré de muy buena gana si usted se me lleva.

—Tendría que conseguir un empleo que nos permitiera mantenernos a flote —continuó Pemberton.

—Y yo también. ¿Por qué no iba a trabajar yo? ¡No soy un *crétin*!

—El problema está en que tus padres no querían ni oír hablar de ello —dijo Pemberton—.

(Nunca se separarían de ti) / (veneran) / (pisas)
 never part with you*; they worship* the ground you tread on*. Don't you see the proof of it? They don't dislike me; they wish me no harm; they're very amiable people; but they're perfectly ready to treat me badly for your sake*.”

(tu bien) 5

The silence in which Morgan received this graceful sophistry* struck* Pemberton somehow as expressive. After 10 a moment Morgan repeated: “You are a hero!” Then he added: “They leave me with you altogether. You've all the responsibility. They put me off on you* from morning till night. Why, then, 15 should they object* to my taking up with you* completely? I'd help you.”

(me dejan contigo)
 disapprove
 (que te hagas cargo de mi)

“They're not particularly* keen* about my being helped, and they delight in thinking of you as theirs. 20 They're tremendously* proud of you.”

“I'm not proud of them. But you know (repuso, replicó) that,” Morgan returned*.

not accepting, (sin asumir)
 (pensativo)
 recent

admonition, notice, (muestra)

personality, arrangement

secretly / dislike
 household, family
 arrogance / caused, engendered
 disdain, contempt

(anticuada)

(enrarecida), strange / shriveled-looking, (agostada), withered, (marchita)

(envaneció)

bit, (ligeramente)
 glooms, (oscuridades)
 (valerosos)

(atraído) / (paralizado), restrained

fathom, (sondear)
 (someras honduras)
 (representarse)

captured

glowing, sprouting, throwing out fresh shoots(brotos)

clear up, unravel / knot, complexity

attention

“Except for the little matter we speak of they're charming people,” said Pemberton, not taking up* the imputation of lucidity, but wondering* greatly at the child's own, and especially at this fresh* reminder* of something he had been conscious of from the first—the strangest thing in the boy's large little composition*, a temper, a sensibility, even a sort of ideal, which made him privately* resent* the general quality of his kinsfolk*. Morgan had in secret a small loftiness* which begot* an element of reflection, a domestic scorn* not imperceptible to his companion though 40 they never had any talk about it), and absolutely anomalous in a juvenile nature, especially when one noted that it had not made this nature “old-fashioned*”, as the word is of children— 45 quaint* or wizened* or offensive. It was as if he had been a little gentleman and had paid the penalty by discovering that he was the only such person in the family. This comparison didn't make him vain*; but it could make him melancholy and a trifle* austere. When Pemberton guessed at these young dimnesses* he saw him serious and gallant*, and was partly drawn on* and partly checked*, 55 as if with a scruple, by the charm of attempting to sound* the little cool shallows* which were quickly growing deeper. When he tried to figure* to himself the morning twilight of 60 childhood, so as to deal with it safely, he perceived that it was never fixed, never arrested*, that ignorance, at the instant one touched it, was already flushing* faintly into knowledge, that 65 there was nothing that at a given moment you could say a clever child didn't know. It seemed to him that he both knew too much to imagine Morgan's simplicity and too little to disembroil* his tangle*.

The boy paid no heed* to his last remark; he only went on: “I should have spoken to them about their idea, as I call it, long ago, if I hadn't been 75 sure what they would say.”

“And what would they say?”

“Just what they said about what poor 80 Zénobie told me—that it was a horrid, dreadful story, that they had paid her every penny they owed* her.”

(debía)

“Well, perhaps they had,” said 85 Pemberton.

“Perhaps they've paid you!”

“Let us pretend they have, and n'en 90 parlons plus*.”

(tramoso)

“They accused her of lying and cheating*.”

más se separarían de ti; veneran el suelo que pisas. ¿No ves las pruebas que dan de ello? No les caigo mal; no me desean ningún mal; son una gente muy amable; pelo están perfectamente dispuestos a tratarme mal por tu bien.

El silencio con que Morgan reaccionó ante aquel sofisma sutil le pareció a Pemberton, por alguna razón, muy expresivo. Un momento después Morgan repitió:

—¡Es usted un héroe! —y a continuación agregó—: Me ponen totalmente en sus manos. Depositán en usted toda la responsabilidad. Me dejan con usted de la mañana a la noche. ¿Por qué, entonces, habrían de oponerse a que se encargara totalmente de mí? Yo le ayudaría.

—No se sienten especialmente deseosos de que se me ayude y les encanta pensar que les perteneces. Están enormemente orgullosos de ti.

—Yo no me siento orgulloso de ellos. Pero eso ya lo sabe usted —repuso Morgan.

—Exceptuando el asunto que estamos tratando son una gente encantadora —dijo Pemberton, sin asumir la imputación de lucidez que se le hacía, si bien se quedó muy pensativo por las muestras que de aquella cualidad daba el niño, especialmente por esta última muestra, que le hizo recordar algo que ya advirtió desde el principio: el rasgo más extraño que formaba parte de la grandiosa y pequeña personalidad de; niño, un temperamento, una sensibilidad, incluso una especie de ideal que le hacía guardar un rencor soterrado hacia la forma de ser que tenía en general su familia. Morgan poseía un secreto, una pequeña dosis de altanería que engendraba un elemento de reflexión, un desdén doméstico que no le pasaba desapercibido a su tutor (aunque jamás hablaban de ello) y que era absolutamente anómalo en una naturaleza juvenil, especialmente cuando uno se daba cuenta de que aquello no había vuelto su naturaleza «anticuada» —escogiendo un término adecuado para un niño. No había enrarecido su naturaleza ni la había agostado ni la había convertido en algo ofensivo. Era como si Morgan fuera un pequeño caballero y hubiera pagado un precio por descubrir que él era la única persona así en el seno de su familia. La comparación no le envaneció, pero podía volverle melancólico y ligeramente austero. Cuando Pemberton advinó aquellos puntos oscuros, propios de la edad, vio a Morgan como alguien serio y valeroso, sintiéndose al mismo tiempo atraído y paralizado, como si tuviera algún escrúpulo, por el encanto que suponía intentar sondear las frías honduras de su alma, que si bien tenía aún poca profundidad, iba ganándola rápidamente. Cuando intentó representarse el escrúpulo matutino de la niñez, a fin de tratarlo de un modo seguro, se dio cuenta de que era imposible fijarlo, de que tenía un carácter eternamente cambiante; de que la ignorancia, en el instante en que uno la toca, ya se arrebola tenuemente de conocimiento; de que no había ninguna cosa de la que en un momento dado pudiera decirse que un niño inteligente no la sabía. Le daba la impresión de que sabía demasiado como para entender la sencillez de Morgan y al mismo tiempo demasiado poco como para desenredar la maraña de su personalidad.

El niño hizo caso omiso del último comentario de Pemberton habrían; simplemente siguió diciendo:

—Hace mucho que debería haber hablado con ellos de tu idea, como yo la llamo, sólo que estoy seguro de lo que me habrían dicho.

—¿Qué te habrían dicho?

—Exactamente lo mismo que dijeron de lo que me había contado la pobre Zénobie; que era una historia odiosa y horrible, que le habían pagado hasta el último céntimo que le debían.

—Bueno, a lo mejor era verdad —dijo Pemberton.

—¡A lo mejor es verdad que le han pagado a usted!

—Hagamos como que así es y n'en parlons plus.

—La acusaron de ser una mentirosa y una esta-

Nunca querrán separarse de ti; adoran el suelo que pisas. ¿Quieres ver la prueba? Yo no les resulta antipático, ni me desean ningún daño. Y son muy amables. Pero están perfectamente dispuestos a tratarme mal por ti *

El silencio con que Morgan recibió este gracioso razonamiento sofístico le pareció en cierto modo expresivo a Pemberton. Al cabo de un momento Morgan repitió:

—¡Es usted un héroe! —y luego añadió Ellos me han dejado en sus manos. Usted tiene toda la responsabilidad. Me dejan con usted desde que me despierto hasta que me acuesto. ¿Por qué iban entonces a oponerse a que me fuera con usted del todo? Yo le ayudaría.

—No les gusta demasiado la idea de que alguien me ayude, y les encanta pensar que tú les perteneces. Están orgullosísimos de ti.

—Yo no me enorgullezco de ellos. Pero eso ya lo sabe usted muy bien —replicó Morgan.

—Dejando a un lado la intrascendente cuestión que nos ocupa, son personas encantadoras —dijo Pemberton pasando por alto la lucidez que le atribuía el chico y asombrándose en cambio por la del propio Morgan y sobre todo por este nuevo recordatorio de algo que Pemberton había notado desde el principio: un elemento que era el más extraordinario de todos los que formaban la grandiosa aunque pequeña composición del chico, el temple, la sensibilidad y hasta el ideal que le hacían sentirse ofendido por la forma de ser de sus parientes. Morgan mantenía en secreto una pequeña altanería que engendraba ciertas reflexiones, una capacidad de ser desdefioso para los suyos que no había escapado a la percepción de su compañero (aunque jamás habían hablado de ello), que podía ser considerada como un rasgo absolutamente anómalo en una naturaleza juvenil, sobre todo teniendo en cuenta que no por ello se había convertido en un ser «anticuado» ni en un niño raro, marchito u ofensivo. Era como si Morgan fuese un pequeño caballero y se hubiera visto condenado por esta razón a pagar la máxima pena descubriendo que no había más caballeros que él en la familia. Esta comparación no le había convertido en una criatura vanidoso: pero podía hacerle sentirse melancólico y conducirlo a demostrar cierta austeridad. Cuando Pemberton advinó la existencia de la precoz aparición de esos tonos sombríos comprendió que Morgan era un chico serio y valeroso, y sentía deseos, parcialmente refrenados por algo parecido a un escrúpulo, de entregarse a sondear los pequeños y fríos bajos cuya profundidad aumentaba tan aprisa. Cuando trataba de representarse para sí el temprano ocaso de aquella infancia con intención de no cometer errores en su trato con él, Pemberton vio que las fronteras variaban constantemente, que la ignorancia se convertía rápidamente en ruborizado conocimiento en cuanto la tocaba, que no había nada que en ningún momento pudiera decirse al inteligente muchacho de lo que él no tuviera ya noticia. A Pemberton le parecía que él mismo sabía a la vez demasiado como para imaginar la simplicidad de Morgan, y demasiado poco para poder desenredar el ovillo de su mente.

El chico no prestó atención a su último comentario y se limitó a proseguir:

—Les hubiera hablado hace ya mucho tiempo de su actitud de no ser porque estaba seguro de lo que iban a contestarme.

—,Y qué te hubieran contestado?

—Lo mismo que me contó Zénobie que le dijeron a ella: que lo que les decía era horrible y que le habían pagado hasta el último penique que le debían.

—Bueno, quizás se lo pagaron —dijo Pemberton.

—Sí, ¡quizás le han pagado a usted!

—Finjamos que me han pagado, y n'en parlons plus!

—La acusaron de mentirosa y estafadora

perverse 1 perverso, malvado, depravado
2 obstinado, caprichoso, contumaz,
adverso, contrario

Morgan insisted **perversely**. "That's why I don't want to speak to them."

fadora —insistió Morgan **con perversidad**— Por eso no quiero hablarles de ello.

—insistió perversamente Morgan—. Por eso no quiero hablar con ellos.

"Lest they should accuse me, too?"

—¿Para que no me acusen a mí también?

—¿Para evitar que también me acusen a mí de lo mismo?

To this Morgan made no answer, and his companion, looking down at him (the boy turned his eyes, which had filled, away), saw that he couldn't have trusted himself to utter*.

Morgan no respondió a esto y su acompañante, mirándole (el niño había apartado la vista, pues se le agolpaban las lágrimas), comprendió que su pupilo no habría sido capaz de decir nada sin perder el control.

A esto Morgan no contestó, y su compañero, bajando sus ojos hacia los de Morgan (que, llenos de lágrimas, él apartó enseguida), pensó que no hubiera debido decir aquello.

"You're right. Don't squeeze* them," Pemberton pursued. "Except for that, they are charming people."

—Tienes razón. No los agobies —prosiguió Pemberton—. Exceptuando eso, son gente encantadora.

—Tienes razón. Dejémoslos estar. Si no se tiene en cuenta esta cuestión —continuó Pemberton—, son una gente encantadora.

"Except for their lying* and their cheating*?"

—Exceptuando que son ellos los mentirosos y los estafadores.

—Sí, si no se tienen en cuenta sus mentiras sus estafas.

"I say—I say!*" cried Pemberton, imitating a little tone of the lad's* which was itself an imitation.

¡Ya, ya! —exclamó Pemberton, remedando una muletilla niño que era a su vez un remedo.

—¡Caramba! caramba! —exclamó Pemberton imitando la entonación del muchacho, que era a su vez una imitación.

"We must be frank, at the last; we must come to an understanding," said Morgan, with the importance of the small boy who lets himself think he is arranging* great affairs—almost playing at shipwreck* or at Indians. "I know all about everything," he added.

—Tenemos que ser francos hasta el fin; es completamente necesario que lleguemos a un entendimiento —dijo Morgan, dándose importancia, como hacen los niños que creen estar arreglando cuestiones, casi como si estuvieran jugando a los ñi a naufragios—. Estoy al corriente de todo —añadió.

—Tenemos que ser francos; tenemos que llegar a un entendimiento —dijo Morgan con un tono de importancia propio del chico que se permite pensar que trata de asuntos graves, casi como si jugara a hundimientos de barcos o a los indios—. Estoy enterado de todo —añadió.

"I daresay* your father has his reasons," Pemberton observed, too vaguely, as he was aware.

—Tal vez tu padre tenga sus razones —comentó Pemberton con excesiva vaguedad, de la cual era consciente.

—Me atrevería a decir que tu padre tiene sus motivos —observó Pemberton con demasiada vaguedad, y consciente de ello.

"For lying and cheating?*"

—¿Para mentir y estafar?

—Para mentir y estafar?

"For saving* and managing* and turning his means to the best account*." He has plenty to do with his money. You're an expensive family."

—Para hacer economías y llevar las cosas a su modo y darle a medios que tiene el mejor destino posible. Necesita el dinero por muchas cosas. Sois una familia que sale muy cara.

—Para ahorrar y administrar e invertir sus fondos de la manera más conveniente. Tiene que pagar muchas cosas. Tu familia es una familia cara.

"Yes, I'm very expensive," Morgan rejoined*, in a manner which made his preceptor burst out* laughing.

—Sí, yo salgo muy caro —respondió Morgan de un modo que hizo reír a su preceptor.

—Sí, yo soy muy caro —replicó Morgan de una manera que su preceptor no pudo sino recibir con una carcajada.

"He's saving for you," said Pemberton. "They think of you in everything they do."

—Economiza por ti —dijo Pemberton—. Te tienen en cuenta para todo lo que hacen.

—Es por ti que trata de no malgastar —dijo Pemberton—. Siempre están pensando en ti.

"He might save a little —" The boy paused. Pemberton waited to hear what. Then Morgan brought out oddly: "A little reputation."

—Pues podía economizar un poco de... —el muchacho hizo un pausa. Pemberton aguardó para ver qué era lo que debía economizar el padre. Entonces Morgan dijo algo extraño: — un poco de reputación.

—Podría no malgastar... —El chico hizo una pausa. Pemberton quería saber en qué terreno podía Mr. Moreen evitar los despilfarros. Luego Morgan completó su frase de forma sorprendente —...su reputación.

"Oh, there's plenty of that. That's all right!"

—Oh, de eso hay mucho. ¡No hay problema!

—¡Oh, de eso tiene mucho!

"Enough of it for the people they know, no doubt. The people they know are awful."

—Para la gente que conocen hay bastante, no cabe duda. Conocen a una gente horrible.

—Suficiente para la gente que ellos conocen, desde luego. Son todos horribles.

"Do you mean the princes? We mustn't abuse* the princes."

—¿Te refieres a los príncipes? No debemos hablar mal de los príncipes.

—Te refieres a los príncipes? No deberíamos insultar a los príncipes, ¿no te parece?

"Why not? They haven't married Paula—they haven't married Amy. They only clean out* Ulick."

—¿Por qué no? No se han casado con Paula; no se han casado con Amy. Todo cuanto hacen es desplumar a Ulick.

—¿Y por qué no? No se han casado con Paula, ni tampoco con Amy. Sólo se dedican a vaciarle los bolsillos a Ulick.

"You do know everything!" Pemberton exclaimed.

—¡Pues sí que es verdad que lo sabes todo! —exclamó Pemberton

—¡La verdad es que lo sabes todo! —exclamó Pemberton.

"No, I don't, after all. I don't know what they live on, or how they live, or why they live! What have they got and how did they get it? Are they rich, are they poor, or have they a *modeste aisance**? Why are they always chiveying* about—living one year like ambassadors and the next like paupers*? Who are they, anyway, and what are they? I've thought of all that—I've thought of a lot of things. They're so beastly* worldly*. That's what I hate most—oh, I've seen it! All they care about is to make an appearance and to pass for something or other. What do they want to pass for*? What do they, Mr. Pemberton?"

—No; a fin de cuentas no lo sé. ¡No sé de qué vive mi familia ni cómo vive ni por qué vive! ¿Qué tienen y cómo lo consiguen? ¿Son ricos, son pobres o tienen una *modeste aisance*? ¿Por qué están siempre dando bandazos, viviendo un año como embajadores y el siguiente como mendigos? ¿Quiénes son, en fin, y qué son? He pensado en todo eso. He pensado en muchas cosas. Son desmesuradamente mundanos. Eso es lo más odioso de todo... ¡qué espectáculo! Lo único que les importa es aparentar y hacer pasar por esto y por lo otro. ¿Qué quieren aparentar que son? ¿Qué, señor Pemberton?

—No, la verdad es que no. No sé de qué viven ni cómo viven, ¿ni por qué viven! ¿Cuánto tienen y cómo lo consiguieron? ¿Son ricos, son pobres, o son de los que tienen una *modeste aisance*? ¿Por qué andan siempre de un lado para otro, viviendo un año como embajadores y al siguiente como Pobres? ¿Quiénes son, además, y qué es lo que son? He pensado en todo esto, he pensado en multitud de cosas. Son fieramente mundanos. Eso es lo que más detesto. ¡Y lo he visto con mis propios ojos! Lo único que les importa es su apariencia, hacerse pasar por algo, ¿por qué? ¿Por qué quieren hacerse pasar, Mr. Pemberton?

"You pause for a reply," said Pemberton, treating the inquiry* as a joke, yet wondering too, and greatly struck* with the boy's intense, if imperfect, vision. "I haven't the least idea."

—Haz una pausa para que te conteste —dijo Pemberton, fingiendo tomarse el interrogatorio a broma, aunque él también preguntaba aquellas cosas y se había quedado profundamente impresionado por la aguda, si bien imperfecta, visión que el niño tenía de todo aquello—. No tengo ni la menor idea.

—Haz una pausa si quieres una respuesta —dijo Pemberton tomando la pregunta como si se tratara de una broma, aunque sumido en la misma duda y muy impresionado por la intensa aunque imperfecta visión del chico—. No tengo la menor idea.

"And what good does it do? Haven't I seen the way people treat them—the 'nice' people, the ones they want to know? They'll

—¿Y de qué les sirve? ¿Es que no ha visto cómo los trata la gente? La gente «de valía», los que ellos quieren conocer. Aceptarían cualquier cosa de

—¿Y de qué les sirve? Yo he visto cómo les tratan, cómo les trata la gente «encantadora», la gente que ellos quisieran conocer. Ellos les quitan todo lo

(*echarse al suelo*) take anything from them—they'll lie down*
(*pisoteados*), run over and be trampled on*. The nice ones hate
make them ill, afflict that—they just sicken* them. You're the
them, (*sienten náuseas*) only really nice person we know."

5 "Are you sure? They don't lie down for me*!"

"Well, you shan't lie down for them.
10 You've got to go—that's what you've got to do," said Morgan.

"And what will become of you?"

15 "Oh, I'm growing up. I shall get off before long. I'll see you later."

"You had better let me finish you," Pemberton urged, lending himself to the child's extraordinarily competent attitude.

Morgan stopped in their walk, looking
25 up at him. He had to look up much less than a couple of years before—he had grown, in his loose leanness*, so long and
thinness high. "Finish me?" he echoed.

(*divertidos*), happy 30 "There are such a lot of jolly* things we can do together yet. I want to turn you out*—I want you to do me credit*."

(*pullite antes, darte un buen acabado, culminar mi labor contigo*) / (*Para que me acredites con ello*)

Morgan continued to look at him. "To give
35 you credit—do you mean?"

"My dear fellow, you're too clever to live."

40 "That's just what I'm afraid you think. No, no; it isn't fair—I can't endure* it. We'll part next week. The sooner it's over* the sooner to sleep*."
suffer for, bear, tolerate
finished / (descansar)

45 "If I hear of anything—any other chance, I promise to go," said Pemberton.

Morgan consented to consider this. "But you'll be honest," he demanded; "you won't
(disimules, finjas) 50 pretend* you haven't heard?"

"I'm much more likely to pretend I have."

"But what can you hear of, this way,
(metido) 55 stuck* in a hole with us? You ought to be on the spot, to go to England—you ought to go to America."

"One would think you were *my* tutor!"
60 said Pemberton.

Morgan walked on, and after a moment he began again: "Well, now that you know that I know and that we look at the facts and
65 keep nothing back—it's much more comfortable*, isn't it?"
(cómodo)

"My dear boy, it's so amusing, so interesting, that it surely will
70 be quite impossible for me to forego* such hours as these."
(renunciar), skip

This made Morgan stop once more. "You *do* keep something back. Oh, you're
sincere, (franco) 75 not straight*—I am!"

"Why am I not straight?"

"Oh, you've got your idea!"

80 "My idea?"

"Why, that I probably sha'n't live, and that you can stick it out* till I'm removed*."
(aguantar) / (falle) 85

"You *are* too clever to live!" Pemberton repeated.

"I call it a mean idea," Morgan pursued*. "But I shall punish you by the way I hang on*."
(queden fuerzas) 90

ellos... se tumbarían en el suelo y se dejarían pisotear. A la gente de valía eso le resulta odioso... mis padres los enferman. Usted es la única persona de verdadera valía que conocemos.

—¿Estás seguro? ¡Tus padres no se echan al suelo para que yo les pase por encima!

—Bueno, tampoco quiero que se eche usted al suelo para que pasen por encima ellos. Usted tiene que marcharse... eso es lo que tiene que hacer —dijo Morgan.

—¿Y qué va a ser de ti?

—Oh, yo estoy creciendo. Me quitaré de enmedio dentro de no mucho tiempo. Más adelante volveré a verle a usted.

—Sería mejor que me dejaras acabarte —le instó Pemberton, prestándose a aceptar los términos del planteamiento extraordinariamente lúcido que había desarrollado el niño.

Morgan dejó de caminar y alzó la vista hacia su tutor. Tenía que alzar la vista mucho menos que hacía dos años; enjuto y desgarrado, el niño había crecido y estaba muy alto y delgado.

—¿Acabarme? —repetió.

—Todavía nos quedan muchas cosas divertidas que podemos hacer juntos. Deseo culminar mi labor contigo... deseo ganar crédito contigo.

—Desea que dé crédito a lo que dice... ¿es eso lo que quiere decir?

—Querido muchacho, eres demasiado inteligente para seguir con vida.

—Eso es precisamente lo que me temo que piensa usted. No, no; no está bien... no puedo soportarlo. Nos separaremos la semana que viene. Cuanto antes se acabe esto, antes podré descansar.

—Si sé de algo... de alguna otra oportunidad, te prometo que me iré —dijo Pemberton.

Morgan consintió en tomar aquello en consideración. —Pero será honrado —exigió—; si sabe de algo no fingirá.

—Es mucho más probable que finja saber algo.

—¿Pero de qué va a enterarse estando así, metido en un agujero con nosotros? Debería estar sobre el terreno, irse a Inglaterra... debería irse a los Estados Unidos.

—¡Cualquiera diría que eres mi tutor! —dijo Pemberton.

Morgan siguió caminando y al cabo de un momento continuó hablando.

—Bueno, ahora ya sabe que yo sé; afrontamos los hechos y no ocultamos nada ¿no resulta mucho más cómodo así?

—Querido muchacho, es tan divertido, tan interesante, que seguramente me resultará completamente imposible renunciar a un horas como las que hemos pasado juntos.

Esto hizo que Morgan volviera a detenerse una vez más. —Pero usted está ocultando algo. Oh, no es usted franco ¡Yo sí!

—¿Por qué no soy franco?

—¡Oh, usted también tiene su propia idea!

—¿Mi propia idea?

—Pues que probablemente no sobreviviré y que podrá aguantar hasta que yo falle.

—¡Efectivamente eres demasiado inteligente para seguir con vida! —repetió Pemberton.

—Esa es una idea ruin —prosiguió Morgan—. Pero se la ha pagar mientras aún me queden fuerzas.

que pueden, y son capaces de tirarse al suelo para que les pisen. Y la gente encantadora detesta esta actitud, siente náuseas al verles. En realidad, aparte de usted no conocemos a ninguna otra persona encantadora.

—¿Estás seguro? ¡Nunca se han tirado al suelo para que yo les pisara!

—Bueno, pero tampoco se tirará usted para que ellos le pisen. Tiene usted que irse. Lo que usted tiene que hacer es irse —dijo Morgan.

—¿Y qué te pasará a ti?

—Bah, estoy creciendo. Me las arreglaré solo muy pronto. Ya nos volveremos a ver más adelante.

—Mejor sería que me dejases terminar tu educación —le pidió Pemberton admirado por la actitud extraordinariamente competente adoptada por el chico.

Morgan detuvo sus pasos mirándole. Ya no tenía que levantar tanto la cabeza como dos años antes: había crecido. Seguía siendo un chico delgado y dislocado, pero era alto.

—¿Terminarla? —repetió.

—Todavía podemos hacer juntos muchísimas cosas divertidas. Quiero darte un buen acabado. quiero que tu personalidad sirva para acreditarme.

Morgan seguía mirándole, y le dijo: —¿Quiere decir que yo le dé crédito?

—Amigo mío, eres demasiado listo para vivir.

—Esto es justamente lo que más temo que piense usted. No, no, no está bien: no lo puedo soportar. La semana que viene nos separaremos. Cuanto antes ocurra, antes podré volver a dormir.

—Si me entero de algo, de cualquier oportunidad, prometo irme —dijo Pemberton.

Morgan consintió considerar su proposición: —Pero tiene que ser honesto —le pidió—. ¿Seguro que no hará ver que no se ha enterado de nada?

—Es más probable que finja que sí.

—Pero, ¿de qué puede enterarse aquí, hundido en este agujero con nosotros? Tendría que estar donde surgen las oportunidades. Tendría que ir a Inglaterra, o a los Estados Unidos.

—¡Cualquiera diría que tú eres mi preceptor! —dijo Pemberton.

Morgan reanudó el paseo, y al cabo de un momento volvió a hablar.

—Bien, ahora que usted sabe que yo sé y que contemplamos los hechos sin ocultar ninguno..., se siente uno más cómodo, ¿no es así?

—Mi querido muchacho, es tan divertido y tan interesante que seguramente jamás podré volver a vivir horas como éstas.

Aquello hizo que Morgan se detuviera de nuevo. —Usted todavía oculta algo. No me está siendo sincero, sólo yo lo soy.

—¿Por qué crees que no soy sincero?

—Porque tiene alguna idea.

—¿Una idea?

—Sí, usted piensa que no vivirá mucho y que puede seguir aguantando hasta que yo desaparezca.

—¡Eres demasiado listo para vivir! —repetió Pemberton.

—Me parece una idea mezquina —continuó Morgan—. Pero verá cómo aguento más de lo que usted piensa. Este será su castigo.

"Look out or I'll poison you!"
Pemberton laughed.

"I'm stronger and better every year.
5 Haven't you noticed that there hasn't been a
doctor near me since you came?"

"I'm your doctor," said the young man,
(acercándolo a él) taking his arm and drawing him on* again.

10 Morgan proceeded, and after a
few steps he gave a sigh* of
lament, (suspiro) mingled* weariness* and relief.
(entremezclan) / tiredness
"Ah, now that we look at the
15 facts, it's all right!"

20

25

7

amount, quantity 30 They looked at the facts a good deal*
after this; and one of the first consequences
of their doing so was that Pemberton stuck
it out*, as it were, for the purpose. Morgan
put up with it, (siguió aguantando) made the facts so vivid and so droll*, and
ridiculous, absurd, (divertidos)
35 at the same time so bald and so ugly, that
(comentándolos) there was fascination in talking them over*
with him, just as there would have been
cruelty, inhuman heartlessness* in leaving him alone with
them. Now that they had such a number of
40 perceptions in common it was useless for
the pair to pretend that they didn't judge
such people; but the very judgment, and the
exchange of perceptions, created another
ligature, (vínculo) tie*. Morgan had never been so interesting
(más accesible) 45 as now that he himself was made plainer*
pain, (daño) by the sidelight of these confidences. What
came out in it most was the soreness* of his
characteristic pride. He had plenty of that,
Pemberton felt—so much that it was perhaps
50 well it should have had to take some early
blows, (impactos) bruises*. He would have liked his people to
brave, (valiente) be gallant*, and he had waked up too soon
to the sense that they were perpetually
swallowing humblepie*. His mother would
(sumisos hasta la humillación, reconociendo errores) 55 consume any amount, and his father would
consume even more than his mother. He had
a theory that Ulick had wriggled out* of an
escaped, (librado por los pelos) "affair"* at Nice: there had once been a
(embrollo) commotion, (revuelo) flurry* at home, a regular panic, after which
60 they all went to bed and took medicine, not
to be accounted for on any other supposition.
nourished Morgan had a romantic imagination, fed*
(llewaba) by poetry and history, and he would have
liked those who "bore* his name" (as he
65 used to say to Pemberton with the humor
that made his sensitiveness manly*), to have
a proper* spirit*. But their one idea was to
get in with people who didn't want them
and to take snubs* as if they were honorable
wounds, (cicatrices) 70 scars*. Why people didn't want them more
he didn't know—that was people's own
affair; after all they were not superficially
repulsive—they were a hundred times
cleverer than most of the dreary* grandees*,
(tediosos) / (personajes, eminencias) 75 the "poor swells*" they rushed about*
(dandis) / (corrían de acá para allá) Europe to catch up with*. "After all, they
reach ahead, (alcanzarlos) are amusing—they are!" Morgan used to
say, with the wisdom of the ages. To which
Pemberton always replied; "Amusing—the
(troupe, elenco, compañía) 80 great Moreen troupe*? Why, they're
altogether delightful; and if it were not for
pull, attraction, (tirón) / poor the hitch* that you and I (feeble*
(conjunto) performers!) make in the *ensemble**, they
would carry everything before them."

85 **blight** adversity, misfortune, ruina, plaga, añublo,

What the boy couldn't get over was that
misfortune, (lacra) this particular **blight*** seemed, in a tradition
dignity of self-respect*, so undeserved and so
arbitrary. No doubt people had a right to
90 take the line they liked; but why should *his*
(arribismo) people have liked the line of pushing* and
flattering / (mintiendo) / (trampeando) toadying* and lying* and cheating*? What

—¡Ándate con cuidado, no vaya a envenenarte!
—dijo Pemberton riéndose.

—Cada año estoy mejor y más fuerte. ¿No ha
reparado en que no ha habido ningún médico cerca
de mí desde que llegó usted

—Yo soy tu médico —dijo el joven, cogiéndole
de; brazo y acercándolo junto a sí de nuevo.

Morgan siguió andando y en unos pasos
después exhaló un suspiro en el que se
entremezclaban alivio y cansancio.

—Ah, ahora que afrontamos los hechos, todo
está bien.

VII

Después de aquello se pasaron mucho tiempo
afrontando lo hechos, y una de las primeras conse-
cuencias de tal actitud fue que Pemberton siguió
aguantando, por decirlo así, a tal efecto. Morgan
hacía que los hechos resultaran tan vívidos y diver-
tidos por un lado, y tan feos y faltos de relieve por
otro, que era fascinante comentarlos con él, del mis-
mo modo que hubiera sido inhumano dejarlo a so-
las con ellos. Ahora que compartían tantas impre-
sione no tenía sentido que ninguno de los dos fin-
giera no juzgar a aquella gente; pero el mismo he-
cho de juzgarlos y el intercambio de impresiones
creo otro vínculo. Morgan jamás había resultado tan
interesante como ahora que él mismo se hacía más
accesible merced a la luz que sobre su personalidad
arrojaban aquellas confidencias. Lo que se hizo más
palpable fue el daño que le hacía su orgullo tan ca-
racterístico. A Pemberton le daba la sensación de
que el daño era mucho, tanto que tal vez no fuera
negativo el hecho de que hubiera sufrido algunos
impactos a una edad muy temprana. A Morgan le
hubiera gustado que su gente fuera más gallarda, y
hubo de experimentar demasiado pronto la sensa-
ción de que su familia estaba perpetuamente reco-
nociendo errores. Su madre tenía una inmensa ca-
pacidad para hacerlo y su padre aún más que su
madre. Sospechaba que Ulick se había librado por
los pelos de un «asunto» en Niza; una noche hubo
en casa mucho revuelo y un pánico considerable,
después de lo cual todos se fueron a la cama y car-
garon con las consecuencias; no cabía otra suposi-
ción. Morgan tenía una imaginación romántica, que
se nutría de poesía y de historia, y le hubiera gusta-
do que quienes «llevaban su nombre» (como le de-
cía a Pemberton, haciendo gala de aquel humor que
hacía de su sensibilidad algo tan adulto) tuvieran
más arrestos. Pero lo único en que pensaban era en
conocer a gente que no necesitaba de ellos y tomar-
se los desaires como si fueran honrosas cicatrices.
Por qué la gente no tenía una mayor necesidad de
ellos, Morgan no lo sabía: eso era asunto de la gen-
te. Después de todo, en un trato superficial no re-
sultaban repulsivos; eran cien veces más intelligen-
tes que la mayor parte de aquellos personajes te-
diosos, aquella «pobre gente bien» detrás de la que
iban corriendo por toda Europa.

—Después de todo resultan diverti-
dos, ¿eso es indudable! —solía decir
Morgan con sabiduría ancestral. A lo
cual Pemberton siempre replicaba:

—¿Divertida la gran troupe de los Moreen?
¡Pues claro! Son de lo más delicioso; y si no fuera
porque tú y yo somos un estorbo (¡somos tan malos
a la hora de actuar! para el *ensemble*, irían con to-
das las cosas por delante.

desertización

Lo que el muchacho no era capaz de superar
era que aquella **lacra** en particular le parecía to-
talmente inmerecida y arbitraria en el seno de una
tradición caracterizada por la dignidad. Sin duda
alguna la gente tiene derecho a elegir la línea de
conducta que prefiera; pero ¿por qué razón había
elegido su gente la línea del arribismo, la adula-

—Vete con cuidado, ¡podría envenenarte!
—rió Pemberton.

—Me encuentro más fuerte y mejor a cada año
que pasa. ¿No se ha fijado que desde que vino usted
no ha tenido que visitarme ningún médico?

—Yo soy tu médico —dijo el joven cogiéndole
del brazo para hacerle caminar otra vez.

Morgan dio unos pasos y ensegui-
da soltó un suspiro en el que se
mezclaban el cansancio y el alivio:

—¡Ahora que ya no ocultamos nada, todo va me-
jor!

VII

Después de esta charla continuaron analizan-
do los hechos y una de las primeras consecuen-
cias de tal actividad fue que Pemberton siguió
aguantando en su posición, en cierto modo para
poder proseguir su análisis. Morgan hacía que los
hechos parecieran tan intensos y tan ridículos, y
al mismo tiempo los pintaba tan escuetos y tan
feos, que hablar con él de todo aquello era fasci-
nante; por otro lado, hubiera sido una crueldad
dejarle solo con todo. Ahora que compartían tan-
tas intuiciones hubiera sido inútil pretender que
no juzgaban a esa gente, pero el juicio mismo, y
el intercambio de percepciones, creó otro víncu-
lo. A medida que los detalles secundarios arroja-
ban luz sobre el carácter del propio Morgan, el
chico se iba convirtiendo en un ser mucho más
interesante incluso que antes. Lo que más desta-
caba ahora era el dolor que sentía su característi-
co orgullo. Tenía mucho, pensaba Pemberton, tan-
to que quizás no le había ido mal el haber recibi-
do tan pronto algunos golpes. A Morgan le hubie-
ra gustado que sus parientes fueran valerosos, y
había comprendido demasiado pronto que eran
sumisos hasta la humillación. Su madre lo era sin
límites, y su padre más incluso que su madre. Se-
gún Morgan, Ulick se había librado por muy poco
de un «embrollo» en Niza: recordaba una noche
en la que todo el mundo estaba nervioso, presa de
pánico, y que luego todos se metieron en cama y
se pusieron a tomar medicinas; tal comportamiento
sólo admitía aquella explicación. Morgan tenía una
imaginación romántica alimentada por la poesía y
la historia, y le hubiera gustado que quienes «lleva-
ban su nombre» (como solía decirle a Pemberton
con un humor que manifestaba el arrojado de su sen-
sibilidad) hubiesen sido gente con más temple.
Pero en lo único que pensaban ellos era en rela-
cionarse con personas que no les querían, y en
tomar los desprecios como si se tratara de honro-
sas cicatrices. «que no sabía era por qué la gente
no les quería un poco más, aunque eso le parecía
culpa de la gente; al fin y al cabo no eran espe-
cialmente repulsivos sino cien veces más listos que
la mayoría de las personas con títulos nobiliarios,
esos «pobres personajes» en pos de cuyas evolu-
ciones recorrían toda Europa.

—Al fin y al cabo son divertidos, muy divertidos
—solía decir Morgan en un tono en el que parecía
acumularse la sabiduría de mil siglos.

Pemberton le contestaba siempre:

—¿Que los miembros de la gran troupe de los
Moreen son divertidos? Son absolutamente delicio-
sos; y si no fuera por el mal papel que tú y yo (¡tan
malos artistas somos!) hacemos en el *ensemble*, se
lo llevarían todo por delante.

Lo que a Morgan le resultaba insuperable era
lo inmerecido y arbitrario que era su infortunio
teniendo en cuenta la tradición de dignidad que
sólo ellos interrumpían. Nadie puede negar a la
gente el derecho a seguir la línea que desee, pen-
saba Morgan, para preguntarse a continuación por
qué habían tenido que ser sus parientes quienes

(antepasados) had their forefathers*—all decent folk, so far as he knew—done to them, or what had *he* done to them? Who had poisoned their blood with the fifth-rate* social ideal, the (pésima categoría) fixed idea of making smart* acquaintances (distinguidas) 5 and getting into the *monde chic**, especially fashionable society when it was foredoomed* to failure and (condenados de antemano) exposure*? They showed so what they were (en evidencia) after; that was what made the people they wanted not want *them*. And never a (gesto, sign / (latido, pálpito) movement* of dignity, never a throb* of shame at looking each other in the face, anger never any independence or resentment* or aversion disgust*. If his father or his brother would 15 only knock someone down once or twice a year! Clever as they were they never guessed* how they appeared. They were were aware, (daban cuenta) good-natured, yes—as good-natured as Jews at the doors of clothing-shops! But was that 20 the model one wanted one's family to follow? Morgan had dim* memories* of an old grandfather, the maternal, in New York, whom he had been taken across the ocean to see, at the age of five: a gentleman with a high neckcloth* and a good deal of (weak, vague / (recuerdos) pronunciation, who wore a dress-coat in the morning, which made one wonder what he wore in the evening, and had, or was supposed to have, "property" and something 30 to do with the Bible Society. It couldn't have been but that *he* was a good type. Pemberton himself remembered Mrs. Clancy, a widowed sister of Mr. Moreen's, who was as irritating as a moral tale and had paid a fortnight*'s visit to the family at fifteen days 35 Nice shortly after he came to live with them. She was "pure and refined," as Amy said, over the banjo, and had the air of not knowing what they meant and of keeping (ocultando algo) 40 something back*. Pemberton judged that what she kept back was an approval of many of their ways; therefore it was to be supposed that she too was of a good type and that Mr. and Mrs. Moreen and Ulick 45 and Paula and Amy might easily have been better if they would.

But that they wouldn't was more and more perceptible from day to day. They continued (medrar) 50 to "chivey*," as Morgan called it, and in due time became aware of a variety of reasons for proceeding* to Venice. They mentioned a going great many of them—they were always puzzlingly, (llamativamente) strikingly* frank, and had the brightest talk, (cháchara) 55 friendly chatter*, at the late foreign breakfast (maquillado) in especial, before the ladies had made up* (apoyaban) their faces, when they leaned* their arms on the table, had something to follow the demitasse, and, in the heat of familiar 60 discussion as to what they "really ought" to do, fell inevitably into the languages in which they could *tutoyer**. Even Pemberton liked them, then; he could endure* even Ulick when he heard him give his little flat* voice for the (tutear) bear, (soportar) 65 "sweet sea-city." That was what made him have a sneaking* kindness* for them—that they were so out* of the workaday* world (ajenos) / (cotidiano) and kept him so out of it*. The summer had (mantenían alejado) waned* when, with cries of ecstasy, they all finished, past, (esfumado) 70 passed out on the balcony that overhung* the Grand Canal; the sunsets were splendid—the Dorringtons had arrived. The Dorringtons were the only reason they had not talked of at breakfast; but the reasons that they didn't talk 75 of at breakfast always came out in the end. The Dorringtons, on the other hand, came out very little; or else*, when they did, they stayed—always natural—for hours, during which periods Mrs. Moreen and the girls 80 sometimes called at their hotel (to see if they had returned) as many as three times running*. The gondola was for the ladies; for in Venice too there were "days," which Mrs. Moreen knew in their order an hour after she arrived. 85 She immediately took one herself, to which the Dorringtons never came, though on a certain occasion when Pemberton and his pupil were together at St. Mark's—where, taking the best walks they had ever had and haunting* a hundred churches, they spent a great deal of time—they saw the old lord turn up with Mr. Moreen and Ulick, who showed 90 visiting

ción, la mentira y la estafa? Sus antepasados (todos ellos personas de bien, hasta donde Morgan alcanzaba a saber) ¿qué le habían hecho a su familia? ¿Qué les había hecho él? ¿Quién les había envenenado la sangre con aquel ideal de quinta categoría, la idea fija de conocer a gente distinguida e introducirse en el *monde chic*, sobre todo teniendo en cuenta que estaban de antemano condenados a fracasar y a quedar en evidencia? Dejaban ver tan a las claras lo que buscaban; ésa era la razón por la que la gente los rechazaba. Y nunca tenían un gesto de dignidad, nunca les aguijoneaba la vergüenza cuando se miraban a la cara, nunca se mostraban ofendidos, asqueados, independientes de los demás. ¡Si por lo menos su padre o su hermano le hicieran morder el polvo a alguien un par de veces al año! Con todo lo inteligentes que era jamás se daban cuenta de la imagen que daban. Tenían buen fondo, sí ¡tan buen fondo como los judíos que están a la puerta las tiendas de ropa! Pero ¿era aquél el modelo deseable para q lo imitara su propia familia? Morgan conservaba vagos recuerdos de su abuelo materno, en Nueva York; lo habían llevado al otro lado del océano para que lo conociera, cuando tenía cinco años Era un caballero que usaba cuello de camisa alto y que pronunciaba las palabras con mucho énfasis; por las mañanas se vestía de fra lo cual le hacía a uno preguntarse qué se pondría por la noche; tenía, o se suponía que tenía, «propiedades» y alguna relación con la Sociedad Bíblica. Irremediablemente tenía que ser buena persona. El mismo Pemberton recordaba a la señora Clancy, hermano del señor Moreen, viuda, tan irritante como un cuento moraliza te, que había hecho una visita de quince días a la familia en Ni poco después de que él se fuera a vivir con ellos. Era «pura y refinada» —como dijo Amy, con el banjo en el regazo— y daba la in presión de no saber en qué consistía el juego de la familia y de que ocultaba algo. Pemberton pensó que ocultaba su desaprobación hacia muchas de las cosas que hacía la familia; había que suponer por tanto que también ella era buena persona y que al señor y a la señora Moreen, a Ulick, a Paula y a Amy les hubiera resultado fácil ser mejores, de haberlo querido.

Pero cada día que pasaba se veía más claramente que no que rían. Seguían «medrando», como decía Morgan, y cuando llegó momento tomaron conciencia de que había una serie de razón por las que era conveniente ir a Venecia. Mencionaron muchas; siempre eran llamativamente francos y su conversación era de lo más animada y entrañable, especialmente cuando desayunaban tarde a la usanza extranjera, antes de que las damas se hubieran maquillado el rostro; entonces, apoyados los brazos en la mesa, tomaba algo a continuación de la *demi-tasse* «y, en el calor de la discusión familiar acerca de lo que «en realidad debieran hacer», indefectiblemente recurrían a los idiomas en los que se podía *tutoyer*. En aquellos momentos le eran gratos incluso a Pemberton; hasta Ulick le resultaba soportable, cuando con su vocecilla monótona hablaba de la «dulce ciudad marina». Aquello era lo que le hacía sentir por ellos una secreta simpatía, que fueran tan ajeno al mundo cotidiano y lo granaran que él también lo fuese. Ya se había esfumado el verano cuando, entre exclamaciones de éxtasis, salieron todos al balcón que daba al Gran Canal; las puestas de sol eran espléndidas... habían llegado los Dorrington. Los Dorrington fueron la única razón de la que no hablaron en los desayunos; pero las razones de las que no hablaban en los desayunos siempre acababan por salir a la luz. Los Dorrington, por el contrario, salían muy poco; y cuando no era así, cuando salían, se pasaban —como es natural— horas fuera. Durante aquellos periodos había ocasiones en que la señora Moreen y sus hijas se presentaban en su hotel (para ver si habían vuelto) hasta tres veces consecutivas. La góndola era para las damas, pues en Venecia también había «días»; la señora Moreen se los había aprendido por orden una hora después de llegar. Ella celebró inmediatamente uno, al cual no se presentaron los Dorrington. No obstante, en cierta ocasión, estando Pemberton y su alumno juntos en San Marcos (en Venecia dedicaron muchísimo tiempo a visitar cientos de iglesias y dieron los mejores paseos de su vida) vieron aparecer al anciano lord en compañía de Ulick y el señor Moreen, quienes le enseñaron la umbría basílica como si

decidiesen dedicarse a empujar, adular, mentir y estafar. ¿Qué les habían hecho sus antepasados — todos ellos, según tenía entendido, muy respetables—, o qué les había hecho él? ¿Quién había envenenado su sangre con un ideal social de quinta categoría, la idea fija de tener conocidos elegantes y entrar en el *monde chic*, sobre todo habi-da cuenta que tal intento estaba condenado al fracaso y al desenmascaramiento? Porque enseguida se notaba lo qué pretendían; y era por esto que la gente que ellos querían no les quería a ellos. Y nunca tenían un solo momento de dignidad, nunca un latido de vergüenza al mirarse a la cara unos a otros, nunca una muestra de independencia o resentimiento o asco. ¡Si al menos su padre o su hermano le pegaran un buen porrazo a alguien una o dos veces al año! Por muy listos que fueran, nunca se daban cuenta de la impresión que causaban. Eran gente de buen carácter, sí, de tan buen carácter como los judíos que hay en la puerta de las tiendas de los sastres. No era éste precisamente el modelo familiar más deseable. Morgan tenía vagos recuerdos de un viejo abuelo, el del lado materno, un hombre que vivía en Nueva York y a quien le llevaran a ver al otro lado del océano cuando tenía cinco años: un caballero con una pajarita y una pronunciación llamativa, que llevaba frac por la mañana —detalle que le hacía pensar a uno qué debía ponerse para una velada— y que tenía, o se suponía que tenía, «propiedades» y algo que ver con la Sociedad de la Biblia. Era un buen ejemplar. El propio Pemberton recordaba a Mrs. Clancy, una viuda hermana de Mr. Moreen, tan irritante como un cuento con moraleja que invitó la familia durante quince días poco después de que él se incorporase al grupo. Era una mujer «pura y refinada», tal como dijo Amy entonces, mientras tocaba el banjo, y tenía el aire de no entender lo que decían y de estar ocultando algo. A Pemberton le pareció que lo que ocultaba era su desaprobación de su forma de vida; había que suponer en consecuencia que también ella era una persona perteneciente a un tipo adecuado, y que Mr. Moreen y su esposa y Ulick y Paula y Amy hubieran podido ser fácilmente mejores de haberlo querido.

Pero cada día era más evidente que no querían serlo. Insistían en «humillarse», como decía Morgan, y a su debido tiempo se dieron cuenta de que tenían muchas razones para ir a Venecia. Mencionaron muchas de ellas, pues siempre eran desconcertantemente francos en sus brillantes conversaciones, sobre todo en las que sostenían a la hora del segundo desayuno para extranjeros de los hoteles, después de la *demi-tasse*; en esas ocasiones, cuando las damas estaban todavía sin maquillar, siempre encontraban algún tema del que charlar, con los brazos apoyados en la mesa, y, acalorados en la discusión familiar sobre qué era (do que había que hacer», se entregaban a la utilización de los idiomas que les permitían *se tutoyer*. Hasta a Pemberton le gustaban en esos momentos; podía incluso soportar a Ulick cuando con su voz desafiada hablaba de ir a «esa deliciosa ciudad al borde del mar». Era por esto que Pemberton les trataba con cierta furtiva amabilidad, por lo lejos que estaban del mundo del trabajo cotidiano y porque así le permitían alejarse de él. Había concluido el verano cuando, con gritos de éxtasis, salieron todos al balcón que daba sobre el Gran Canal. Las puestas de sol eran espléndidas; los Dorrington habían llegado. Los Dorrington eran el único motivo del viaje que no comentaron durante sus desayunos. Pero los motivos que no eran tratados en los desayunos siempre acababan por salir. Los Dorrington, por otro lado, apenas salían. Y cuando lo hacían, como es natural, se pasaban horas fuera. Durante esos periodos Mrs. Moreen y las chicas iban a su hotel (a ver si ya habían regresado) hasta tres veces seguidas. La góndola era sólo para las damas; porque también en Venecia había «días», y Mrs. Moreen ya tenía una lista completa a las pocas horas de haber llegado. Ella creó inmediatamente su propio día, al que los Dorrington nunca acudieron, aunque en cierta ocasión que Pemberton y su alumno estaban juntos en San Marcos —donde, tras dar los mejores paseos de su vida y perseguir cien iglesias, pasaban durante esa estancia muchas horas— vieron al viejo lord aparecer con Mr. Moreen y Ulick, que le mostraba la

him the dim basilica as if it belonged to them. Pemberton noted how much less, among its curiosities, Lord Dorrington carried himself as a man of the world; wondering too whether, for such services, his companions took a fee* from him. The autumn, at any rate*, waned*, the Dorringtons departed, and Lord Verschoyle, the eldest son, had proposed* neither for Amy nor for Paula.

money
(en todo caso) / past, (se esfumó)
(propuesto en matrimonio)

One sad November day, while the wind roared* round the old palace and the rain lashed* the lagoon*, Pemberton, for exercise and even somewhat for warmth (the Moreens were horribly frugal about fires—it was a cause of suffering to their inmate*), walked up and down the big bare *sala* with his pupil. The scagliola* floor was cold, the high battered* casements* shook in the storm, and the stately* decay of the place was **unrelieved*** by a particle of furniture. Pemberton's spirits were low*, and it came over him that the fortune of the Moreens was now even lower. A blast* of desolation, a prophecy of disaster and disgrace, seemed to **draw through*** the comfortless* hall. Mr. Moreen and Ulick were in the Piazza, looking out for something, strolling drearily*, in mackintoshes*, under the arcades*; but still, in spite of mackintoshes, unmistakable men of the world. Paula and Amy were in bed—it might have been thought they were staying there to keep warm. Pemberton looked askance* at the boy at his side, to see to what extent he was conscious of these portents. But Morgan, luckily for him, was now mainly conscious of growing taller and stronger and indeed of being in his fifteenth year. This fact was intensely interesting to him—it was the basis of a private theory (which, however, he had imparted to his tutor) that in a little while he should stand on his own feet*. He considered that the situation would change—that, in short, he should be “finished,” grown up, producible in the world of affairs* and ready to prove himself of sterling* **ability**. Sharply as he was capable, at times, of questioning* his circumstances, there were happy hours when he was as superficial as a child; the proof of which was his fundamental assumption that he should presently go to Oxford, to Pemberton's college, and, aided and **abetted*** by Pemberton, do the most wonderful things. It vexed* Pemberton to see how little, in such a project, he took account of ways and means: on other matters he was so skeptical about them. Pemberton tried to imagine the Moreens at Oxford, and fortunately failed*; yet unless they were to remove* there as a family there would be no *modus vivendi* for Morgan. How could he live without an allowance*, and where was the allowance to come from? He (Pemberton) might live on Morgan; but how could Morgan live on him? What was to become of him anyhow? Somehow, the fact that he was a big boy now, with better prospects* of health, made the question of his future more difficult. So long as he was frail* the consideration that he inspired seemed enough of an answer to it. But at the bottom of Pemberton's heart was the recognition of his probably being strong enough to live and not strong enough to thrive*. He himself, at any rate*, was in a period of natural, boyish rosiness* about all this, so that the beating* of the tempest seemed to him only the voice of life and the challenge of fate. He had on his shabby* little* overcoat, with the collar up, but he was enjoying his walk.

10
(rugía)
(azotaba) / (laguna)
(compañero de vivienda)
(falso mármol)
(desvencijados) / (marcos)
(majestuoso)
(no paliado), unaided
(decaídos), blue
(ráfaga), outburst
permeate
desolate
depressingly
rubber capes / (soportales), colonnade
(de reojo)
(valerse por sí mismo)
(negocios)
excellent
analyzing
helped, instigated
annoyed, irritated
(apenaba)
abet (usu. in aid and abet) encourage or assist (an offender or offence). Instigate, incite, ser cómplice (abetter)
abet assist or encourage, usually in some wrongdoing
didn't succeed
(desplazarse)
means, recourse, sustenance, provisions, (recursos)
expectations, (perspectivas)
fragile, (delicado)
improve, prosper
(de todos modos)
(lozanía natural)
(batir)
(andrajosa, raída) /
(que le quedaba pequeña)

fuera de su propiedad. Pemberton reparó en que, en medio de las curiosidades del lugar, Lord Dorrington se conducía con un aire mucho menos mundano de lo propio en él; el joven tutor se preguntó si sus acompañantes le cobrarían algo al aristócrata por los servicios que le estaban prestando. En todo caso, el otoño se esfumó, los Dorrington se fueron y Lord Verschoyle, el hijo mayor, no le había propuesto matrimonio ni a Amy ni a Paula.

Un día triste de noviembre, mientras el viento rugía en torno al viejo palacio y la lluvia azotaba la laguna, Pemberton, para hacer ejercicio y un poco también porque tenía frío (los Moreen eran horriblemente frugales cuando se trataba de encender fuegos, lo cual hacía sufrir al joven que compartía su vivienda), se paseaba de un extremo a otro de la gran sala* desnuda, en compañía de su alumno. El suelo de escayola estaba frío, los altos y desvencijados marcos de las ventanas temblaban en medio de la tormenta y no había un solo mueble que **paliara** el deterioro majestuoso del lugar. Pemberton se encontraba caído y le daba la impresión de que la fortuna de los Moreen se hallaba en aquellos momentos más decaída aún. Una ráfaga de desolación, una profecía que anunciaba la desgracia y el desastre parecía **barrer** aquella estancia despojada de comodidades. El señor Moreen y Ulick estaban en la Piazza a la espera de que ocurriera algo, paseando cansinamente bajo los soportales, vestidos con impermeable; aún así, pese a los impermeables, se advertía sin lugar a dudas que eran hombres de mundo. Paula y Amy estaban en la cama; hubiera cabido pensar que no se levantaban para mantener el calor. Pemberton miró de reojo al muchacho que tenía a su lado, para ver hasta qué punto era consciente de aquellos portentos. Pero en aquellos momentos Morgan afortunadamente para él, sobre todo era consciente de que cada vez estaba más alto y más fuerte, y de que ya había cumplido lo quince años. Este dato era de una gran relevancia para él, pues era el fundamento en que se basaba una teoría personal (que, no obstante, le había comunicado a su tutor) según la cual dentro de poco sería capaz de valerse por sí mismo. Pensaba que la situación iba a cambiar, en una palabra, que pronto habría acabado su formación, que ya sería adulto, podría presentarse al mundo y estaría en condiciones de demostrar su gran **valía**. Pese a la agudeza con que a veces era capaz de analizar las circunstancias que lo rodeaban, había horas felices en las que era tan superficial como un niño; prueba de ello era su firme creencia de que en breve iría a Oxford, al *college* de Pemberton donde, con la ayuda de éste, haría cosas maravillosas. A Pemberton le apenaba ver lo poco que tomaba en consideración para semejante proyecto las disponibilidades y medios a su alcance, sobre todo teniendo en cuenta lo escéptico que era al respecto cuando se trataba de otros asuntos. Pemberton trataba de imaginarse a los Moreen en Oxford, afortunadamente sin conseguirlo; sin embargo, a menos que toda la familia se trasladara allí, Morgan no dispondría de un *modus vivendi*. ¿Cómo iba a vivir sin recursos y de dónde saldrían dichos recursos? El, Pemberton, podía vivir de Morgan, pero ¿cómo iba a vivir Morgan de él? En todo caso ¿qué iba a ser de él? Por alguna razón que no estaba clara, el hecho de que ya fuera un muchacho crecido y con perspectivas de que su salud mejorara añadía dificultad al interrogante de su futuro. En la medida que era delicado, la consideración que inspiraba parecía ser suficiente respuesta. Pero en el fondo de su corazón, Pemberton reconocía que el muchacho probablemente sería lo bastante fuerte para seguir con vida, pero no para desarrollarse satisfactoriamente. De todos modos, en cuanto al propio Morgan, estaba pasando por una etapa de lozanía natural y juvenil, de modo que el batir de la tempestad le parecía sencillamente la voz de la vida y el desafío del destino. Llevaba puesto un abrigo raído que le quedaba pequeño, con el cuello subido, pero estaba disfrutando del paseo.

oscura basilica como si fuera suya. Entre otras cosas curiosas, Pemberton notó que Lord Dorrington no se comportaba como un hombre de mundo; y se preguntó si sus acompañantes le habían cobrado sus servicios como guías. Fuera como fuese, el otoño también pasó, los Dorrington se fueron, y Lord Verschoyle, el mayor de sus hijos, no se había declarado ni a Paula ni a su hermana.

Un triste día de noviembre, mientras rugía el viento en torno al viejo palacio y la lluvia fustigaba la laguna, Pemberton, en parte por hacer ejercicio pero también para no tener tanto frío (los Moreen eran horrorosamente frugales en lo que a fuegos se refiere, y el preceptor sufría por ello), caminaba arriba y abajo de la gran sala desnuda con su alumno. El piso de escayola era frío, los altos y desvencijados ventanales se estremecían bajo la furia de la tormenta, y ni un solo elemento de mobiliario contribuía a **aliviar** el estado de señorial decadencia del lugar. Pemberton se encontraba de muy mal humor, y se le ocurrió que el estado de la fortuna de los Moreen era peor incluso. Parecía como si la incómoda sala estuviera siendo **barrida** por una ráfaga de desolación, una profecía que anunciaba el desastre y la desgracia. Mr. Moreen y Ulick estaban en la Piazza y producía una extraña sensación verles deambular con sus gabanes impermeables bajo los soportales como si estuvieran buscando algo, sin dejar sin embargo, y a pesar de los impermeables, de parecer hombres de mundo. Paula y Amy estaban en cama; cualquiera hubiese podido pensar que no se habían levantado por miedo al frío. Pemberton miraba con recelo al chico que caminaba a su lado para ver hasta qué punto era consciente de todos estos portentos. Pero, afortunadamente para él, Morgan era consciente de que estaba haciéndose más alto y fuerte y sobre todo de haber cumplido los quince años. Este era un hecho que le resultaba interesantísimo porque constituía la base sobre la que se cimentaba su teoría privada (pero que había confiado a su preceptor) según la cual le faltaba ya muy poco para conseguir la independencia. Morgan pensaba que la situación estaba a punto de cambiar, que su educación se redondearía muy pronto, que entraría en el mundo de los mayores, podría ingresar en el de los negocios y demostrar allí sus grandes **méritos**. Pese a ser capaz, en determinadas ocasiones, de criticar agudamente las circunstancias en las que vivía, tenía también otras horas más felices en las que se mostraba tan superficial como un niño. Esto último quedaba demostrado en cuanto se tenía en cuenta que aquellos días pensaba que pronto iría a Oxford, al *college* de Pemberton, donde, ayudado por Pemberton, haría cosas maravillosas. Al preceptor le fastidiaba ver qué poco, en tal proyecto, tenía en cuenta su alumno los medios necesarios para su propósito, sobre todo por el escepticismo que denotaba sobre esta cuestión precisamente cuando pensaba en otros asuntos. Pemberton trató de imaginar a los Moreen en Oxford y, por fortuna, no lo consiguió; y sin embargo, a no ser que la familia entera se desplazase allí en conjunto, Morgan no tendría ningún *modus vivendi* en la universidad. ¿Cómo iba a poder vivir sin una pensión, y de dónde podía llegarle? El (Pemberton) podía vivir de Morgan pero, ¿cómo iba Morgan a poder vivir de él? Y, en último extremo, ¿qué futuro le aguardaba? En cierto sentido, el hecho de que Morgan fuera ya un chico mayor y que estuviera más sano que antes había aumentado las dificultades que rodeaban a esta última pregunta. Mientras fue un ser frágil, la preocupación que inspiraba su salud parecía una respuesta suficiente. Pero en el fondo de su corazón Pemberton reconocía que ahora Morgan sería lo bastante fuerte para vivir pero no lo bastante para medrar. El muchacho, de todos modos, se encontraba en un período dominado por una natural y juvenil confianza al respecto, de modo que el azote de la tormenta sonaba a sus oídos simplemente como la voz de la vida y el desafío del destino. Llevaba puesto su andrajoso sobretodo y se había subido el cuello, pero disfrutaba del paseo.

It was interrupted at last by the appearance of his mother at the end of the *sala*. She **beckoned*** to Morgan to come to her, and while Pemberton was

El paseo se vio finalmente interrumpido por la aparición de la madre del muchacho en un extremo de la sala. Le **hizo a Morgan señas** para que se acercara a ella. Pemberton observó con complacencia

Al final lo interrumpió la aparición de su madre al otro extremo de la sala. Hizo una seña a Morgan para que se le acercara, y mientras Pemberton le veía satisfes-

proceed, move onwards, (lejanía) / humid / (que sucedería) him, complacent, pass down* the long vista*, over the damp* false marble, he wondered what was in the air*. Mrs. Moreen said a word to the boy and made left 5 him go into the room she had quitted*. Then, having closed the door after him, she directed her steps swiftly* to Pemberton. There was something in the air, but his wildest* flight* of fancy wouldn't have suggested what it proved to be. She signified that she had made a pretext to get Morgan out of the way, and then she inquired—without hesitation— (prestarle) (estalló) 15 if the young man could lend her* sixty francs. While, before bursting* into a laugh, he stared at her with surprise, she declared* that she was awfully* pressed* for the money; she was desperate for it— it would save her life.

20 "Dear lady, *c'est trop fort!*" Pemberton laughed. "Where in the world do you suppose I should get sixty francs, *du train dont vous allez**?"

25 "I thought you worked—wrote things; don't they pay you?"

30 "Not a penny."

"Are you such a fool as to work for nothing?"

35 "You ought surely to know that."

looked fixedly Mrs. Moreen stared* an instant, then she colored a little. Pemberton saw she had quite forgotten the terms—if (términos, pago) 40 "terms"* they could be called—that he had ended by accepting from herself; they had burdened* her memory as little as her conscience. "Oh, yes, I see what you mean—you have been very nice about that; but why go back to it so often?" She had been perfectly urbane* with him ever since the rough* scene of explanation in his room, the morning he made her accept his "terms"—the necessity of his making his case known to Morgan. She had felt no resentment*, after seeing that there was no danger of Morgan's taking the matter up with her. Indeed*, attributing this immunity to the good taste of his influence with the boy, she 55 had once said to Pemberton: "My dear fellow; it's an immense comfort* you're a gentleman." She repeated this, in substance, now. "Of course you're a gentleman—that's a bother* the less!"

60 Pemberton reminded her that he had not "gone back" to anything; and she also repeated her prayer that, somehow, he would find her sixty francs. He took the liberty of declaring 65 that if he could find them it wouldn't be to lend them to *her*—as to which he consciously did himself injustice, knowing that if he had them he would certainly place them in her hand. He accused himself, at bottom and with some truth, of a fantastic, demoralized sympathy with her. If misery* made (pobreza) (uniones) relationships, companionships 70 strange bedfellows* it also made strange sentiments. It was moreover a part of the demoralization and of the general bad effect of living with such people that one had to make rough* retorts*, quite out of the tradition of good manners. "Morgan, Morgan, to 80 what pass have I come for you?" he privately exclaimed, while Mrs. Moreen floated voluminously* down the sala again, to liberate the boy; groaning*, as she went, that 85 everything was too odious.

70 "My dear fellow; it's an immense comfort* you're a gentleman." She repeated this, in substance, now. "Of course you're a gentleman—that's a bother* the less!"

60 Pemberton reminded her that he had not "gone back" to anything; and she also repeated her prayer that, somehow, he would find her sixty francs. He took the liberty of declaring 65 that if he could find them it wouldn't be to lend them to *her*—as to which he consciously did himself injustice, knowing that if he had them he would certainly place them in her hand. He accused himself, at bottom and with some truth, of a fantastic, demoralized sympathy with her. If misery* made (pobreza) (uniones) relationships, companionships 70 strange bedfellows* it also made strange sentiments. It was moreover a part of the demoralization and of the general bad effect of living with such people that one had to make rough* retorts*, quite out of the tradition of good manners. "Morgan, Morgan, to 80 what pass have I come for you?" he privately exclaimed, while Mrs. Moreen floated voluminously* down the sala again, to liberate the boy; groaning*, as she went, that 85 everything was too odious.

70 "My dear fellow; it's an immense comfort* you're a gentleman." She repeated this, in substance, now. "Of course you're a gentleman—that's a bother* the less!"

60 Pemberton reminded her that he had not "gone back" to anything; and she also repeated her prayer that, somehow, he would find her sixty francs. He took the liberty of declaring 65 that if he could find them it wouldn't be to lend them to *her*—as to which he consciously did himself injustice, knowing that if he had them he would certainly place them in her hand. He accused himself, at bottom and with some truth, of a fantastic, demoralized sympathy with her. If misery* made (pobreza) (uniones) relationships, companionships 70 strange bedfellows* it also made strange sentiments. It was moreover a part of the demoralization and of the general bad effect of living with such people that one had to make rough* retorts*, quite out of the tradition of good manners. "Morgan, Morgan, to 80 what pass have I come for you?" he privately exclaimed, while Mrs. Moreen floated voluminously* down the sala again, to liberate the boy; groaning*, as she went, that 85 everything was too odious.

80 what pass have I come for you?" he privately exclaimed, while Mrs. Moreen floated voluminously* down the sala again, to liberate the boy; groaning*, as she went, that 85 everything was too odious.

Before the boy was liberated there came a thump* at the door communicating with the staircase, followed by the apparition of a dripping* youth who poked in* his head. Pemberton recognized him as the bearer* of a telegram and recognized the telegram as

cómo su discípulo se perdía en la lejanía de la perspectiva que tenía ante sí, caminando sobre la humedad del falso mármol, en tanto se preguntaba qué sucedería. La señora Moreen le dijo algo al muchacho, haciéndole entrar en la habitación de la que acababa de salir ella. A continuación, cuando su hijo hubo cerrado la puerta tras de sí, dirigió sus pasos con presteza hacia Pemberton. Efectivamente, algo sucedía, pero ni el más delirante vuelo de su fantasía hubiera podido imaginar lo que resultó ser. La señora Moreen le indicó que había buscado un pretexto Para que Morgan no estuviera presente y acto seguido le preguntó al joven —sin la menor vacilación— si podía prestarle sesenta francos. Antes de estallar en una carcajada se quedó mirándola con sorpresa, mientras ella le comunicaba que le hacía falta el dinero urgentísimamente; tenía una necesidad desesperada de conseguirlo... le iba la vida en ello.

—Mi querida señora, *c'est trop fort!* —dijo Pemberton entre risas—. Pero por Dios, ¿de dónde supone usted que voy a sacar sesenta francos? *du train dont vous allez?*

—Creí que trabajaba usted, que escribía cosas, ¿es que no le pagan?

—Ni un céntimo.

—¿Es usted tan tonto como para trabajar por nada?

—Eso debería saberlo usted muy bien.

La señora Moreen le miró fijamente un instante y luego enrojeció levemente. Pemberton se dio cuenta de que su interlocutora se había olvidado por completo de cuál era el pago (es decir, que no hubiera ninguno) que finalmente él habla aceptado recibir de ella; aquello pesaba tan poco sobre la memoria de la señora Moreen como sobre su conciencia.

—Ah, sí, ya entiendo lo que quiere decir... ha sido usted muy amable en cuanto a eso; pero ¿por qué volver sobre ello con tanta frecuencia?

Ella se había mostrado perfectamente correcta con Pemberton después de la violenta escena aclaratoria que tuvo lugar en el dormitorio del joven la mañana que ella aceptó «pagar» el precio que Pemberton ponía: inexcusablemente, él le haría saber a Morgan la situación en que se encontraba. La señora Moreen no abrigó ningún resentimiento, una vez que vio que no había peligro alguno de que Morgan le echara en cara el asunto. Efectivamente, atribuyendo aquella inmunidad al buen gusto de la influencia que Pemberton ejercía sobre el muchacho, le dijo en una ocasión al primer —Amigo mío, es un inmenso alivio que sea usted todo un caballero.

Ahora, en sustancia, le vino a repetir lo mismo: —Naturalmente, es usted todo un caballero... ¡cuántas molestias ahorra eso!

Pemberton le recordó que él no «había vuelto» sobre nada; y ella a su vez, renovó la súplica de que le buscara sesenta francos don fuera y como fuera. El se tomó la libertad de afirmar que si pudiera encontrarlos no sería para prestárselos a ella. (En esto era conscientemente injusto consigo mismo, pues sabía que si los tuviese los pondría en la mano sin dudarlo.) En el fondo, y algo de verdad había en ello, el joven se acusaba a sí mismo de sentir una simpatía fantástica y desmoralizada hacia aquella mujer. Si es cierto que la pobreza da lugar a extrañas uniones, también lo es que da lugar a sentimientos extraños. Además era aquella desmoralización y el mal efecto general que tenía vivir con una gente así lo que le hacía dar contestaciones desabridas, olvidando por completo la tradición de los buenos modos.

—Morgan, Morgan, ¿hasta dónde he llegado por tí? —exclamó para sí, mientras la corpulenta señora Moreen se sumergía de nuevo en las profundidades de la sala, yendo a liberar a su hijo; al avanzar iba lamentándose con voz quejumbrosa de lo odiosísimo que era todo.

Antes de que el muchacho fuera liberado se oyó un golpe en la puerta que daba a la escalera, seguido de la aparición de un joven empapado que asomó la cabeza. Pemberton reconoció en él al portador de un telegrama y reconoció que el telegrama iba dirigido a él. Mientras Morgan regre-

cho atravesar el húmedo piso de mármol falso, se preguntó qué estaban tramando. Mrs. Moreen dijo algo al muchacho y le hizo entrar en la habitación de la que ella acababa de salir. Luego, después de cerrar tras él la puerta, dirigió rápidamente sus pasos hacia Pemberton. Estaba, efectivamente, tramando algo, pero ni en sus más desaforados esfuerzos hubiese podido adivinar la imaginación del preceptor en qué iba a consistir. Ella le dijo que había buscado un pretexto para alejar a Morgan, y luego le preguntó al joven sin la menor vacilación si podía prestarle sesenta francos. Mientras, antes de estallar en una carcajada, él la miraba sorprendido, ella declaró que necesitaba el dinero urgentemente, desesperadamente: aquel dinero le salvaría la vida.

—Querida señora, *c'est trop fort!* —rió Pemberton—. ¿De dónde supone que puedo sacar yo sesenta francos, *du train dont vous allez?*

—Yo creía que usted trabajaba, que escribía cosas. ¿No le pagan?

—Ni un penique,

—¿Cómo puede ser usted tan tonto de trabajar por nada?

—Usted lo sabe sin duda mejor que yo.

Mrs. Moreen se le quedó mirando un instante; luego enrojeció un poco. Pemberton comprendió que la señora había olvidado las condiciones —si podían llamárselas «condiciones»— que al final había aceptado el preceptor a propuesta de la propia madre de su alumno. Al parecer, aquello había sido una carga tan liviana para su memoria como para su conciencia.

—Ah, sí, ya entiendo lo que usted quiere decir. Ha sido todo un detalle de su parte. Pero, ¿qué necesidad tiene de repetírmelo tan a menudo?

Desde la complicada escena en la habitación de Pemberton en la que acordaron la nueva situación, el día que preceptor consiguió que ella aceptara sus condiciones y le diera autorización para comunicar a Morgan en qué situación se encontraba, Mrs. Moreen le había tratado con muy buena educación. No hubo de parte de ella ningún resentimiento, sobre todo en cuanto vio que no había peligro de que Morgan discutiera con ella del asunto. De hecho, como atribuyó esta inmunidad al buen gusto de la influencia ejercida por él en Morgan, llegó incluso a decirle un día a Pemberton: —Querido amigo, es tranquilizador que sea usted un caballero.

Ahora se lo volvió a repetir con otras palabras: —Por suerte es usted un caballero. Eso al menos evita una preocupación.

Pemberton le recordó que no se lo había repetido no sólo a menudo, sino ni siquiera una sola vez; y ella repitió también su ruego de que fuera como fuese tenía que encontrar los sesenta francos que necesitaba. El se tomó la libertad de declarar que si tenía la suerte de encontrarlos no sería para prestárselos a ella, afirmación en la que no se hacía justicia a sí mismo pues sabía demasiado bien que de haberlos tenido los hubiera puesto en su mano. Pemberton se acusó, no del todo equivocadamente en el fondo, de padecer una fantástica y desmoralizada simpatía por ella. La miseria puede conducirle a uno a compartir la cama con gente rarísima, pero también engendra rarísimos sentimientos. Además, otra de las consecuencias de la desmoralización y el mal efecto general producidos por el hecho de vivir con aquella gente era que uno se veía forzado a dar contestaciones poco civilizadas y muy lejanas de las buenas costumbres. «Morgan, Morgan, ¿en qué bretes he llegado a meterme por tí?», se dijo Pemberton.

Mientras, Mrs. Moreen flotaba voluminosamente hacia el otro extremo de la sala para liberar al chico, gruñendo al alejarse, que todo era cada vez más detestable.

Antes de la liberación del chico sonó un golpe en la puerta que comunicaba con la escalera, seguido por la aparición de un joven mojado que andaba buscándose algo en la cabeza. Pemberton reconoció que era portador de un telegrama, que resultó estarle dirigido a él. Morgan regresó cuan-

<p>casting a quick look</p> <p>wonderful instructor</p> <p>come</p> <p>pool</p> <p>(con pinturas al fresco, frescos)</p> <p>20</p> <p>(dijo entre paréntesis)</p> <p>(retenga)</p> <p>30</p> <p>invidious adj. (of an action, conduct, attitude, etc.) likely to excite resentment or indignation against the person responsible, esp. by real or seeming injustice (an invidious position; an invidious task); diametrical, jealous, hateful, obnoxious odioso, irjusto</p> <p>envious adj. (often foll. by of) feeling or showing envy; envidioso, covetous, jealous, envious</p> <p>(injuriosos)</p> <p>(se azoró)</p> <p>Speak frankly / (desvergonzado)</p> <p>gangs, (partida, grupo)</p> <p>40</p> <p>45</p> <p>50</p> <p>referents, (matices)</p> <p>placed, sided, (pusiera)</p> <p>60</p> <p>(altanero) / (estirado)</p> <p>witty joke, (chanza)</p> <p>(conveniente)</p> <p>70</p> <p>worry, tension, spirit</p> <p>wonderful, (magnífico)</p> <p>80</p> <p>(pensó)</p> <p>85</p> <p>take a loan or credit</p> <p>power, vigor, energy</p> <p>90</p> <p>extremely funny</p>	<p>addressed to himself. Morgan came back as, after glancing* at the signature (that of a friend in London), he was reading the words: "Found jolly* job for you—engagement to coach* opulent youth on own terms. Come immediately." The answer, happily, was paid, and the messenger waited. Morgan, who had drawn* near, waited too, and looked hard at Pemberton; and Pemberton, after a moment, having met his look, handed him the telegram. It was really by wise looks (they knew each other so well), that, while the telegraph-boy, in his waterproof cape, made a great puddle* on the floor, the thing was settled between them. Pemberton wrote the answer with a pencil against the frescoed* wall, and the messenger departed. When he had gone Pemberton said to Morgan:</p> <p>"I'll make a tremendous charge; I'll earn a lot of money in a short time, and we'll live on it."</p> <p>"Well, I hope the opulent youth will be stupid—he probably will—" Morgan parenthesized*, "and keep you a long time."</p> <p>"Of course, the longer he keeps* me the more we shall have for our old age."</p> <p>"But suppose <i>they</i> don't pay you!" Morgan awfully suggested.</p> <p>"Oh, there are not two such—!" Pemberton paused, he was on the point of using an invidious* term. Instead of this he said "two such chances."</p> <p>Morgan flushed*—the tears came to his eyes. "<i>Dites toujours</i>*, two such rascally* crews*!" Then, in a different tone, he added: "Happy opulent youth!"</p> <p>"Not if he's stupid!"</p> <p>"Oh, they're happier then. But you can't have everything, can you?" the boy smiled.</p> <p>Pemberton held him, his hands on his shoulders. "What will become of <i>you</i>, what will you do?" He thought of Mrs. Moreen, desperate for sixty francs.</p> <p>"I shall turn into a man." And then, as if he recognized all the bearings* of Pemberton's allusion: "I shall get on with them better when you're not here."</p> <p>"Ah, don't say that—it sounds as if I set* you against them!"</p> <p>"You do—the sight of you. It's all right; you know what I mean. I shall be beautiful. I'll take their affairs in hand; I'll marry my sisters."</p> <p>"You'll marry yourself!" joked Pemberton; as high*, rather tense* pleasantry* would evidently be the right*, or the safest, tone for their separation.</p> <p>It was, however, not purely in this strain* that Morgan suddenly asked: "But I say—how will you get to your jolly* job? You'll have to telegraph to the opulent youth for money to come on."</p> <p>Pemberton bethought* himself. "They won't like that, will they?"</p> <p>"Oh, look out for them!"</p> <p>Then Pemberton brought out his remedy. "I'll go to the American Consul; I'll borrow* some money of him—just for the few days, on the strength* of the telegram."</p> <p>Morgan was hilarious*. "Show him the telegram—then stay and keep the money!"</p>	<p>saba, él, después de haber echado un vistazo a la firma (la de un amigo de Londres), leía estas palabras: «Te he encontrado empleo magnífico he llegado acuerdo des clases muchacho opulento condiciones ídem. Preséntate inmediatamente.» El mensajero aguardaba respuesta, la cual, afortunadamente, estaba pagada. Morgan, que ya había llegado junto a ellos, también aguardaba, mirando fijamente a Pemberton; éste, al cabo de un momento, después de mirar a Morgan a los ojos, le entregó el telegrama. En realidad fue mediante un intercambio de miradas de inteligencia (tan bien se conocían), mientras el chico de telégrafos, que llevaba una capa impermeable, formaba un gran charco en el suelo, como resolvieron el asunto. Pemberton escribió la respuesta a lápiz, apoyándose en los frescos de la pared, y el mensajero partió. Cuando se hubo ido, Pemberton le dijo a Morgan:</p> <p>—Pediré unos honorarios elevadísimos; ganaré mucho dinero en poco tiempo y viviremos de eso.</p> <p>—Bueno, espero que el muchacho opulento sea tonto... seguro que lo es... —dijo Morgan entre paréntesis— y que le retenga mucho tiempo.</p> <p>—Por supuesto, cuanto mas tiempo me retenga tanto más tendremos para la vejez.</p> <p>—¡Pero imagínese que no le pagan! —sugirió Morgan malignamente.</p> <p>—¡Oh, es imposible que exista otra... ! — Pemberton se interrumpió cuando estaba a punto de emplear un término injurioso. En lugar de ello dijo—: ... otra situación como ésta.</p> <p>Morgan se puso rojo y afluyeron lágrimas a sus ojos. —<i>Dites toujours</i> otra partida de sinvergüenzas como ésta —a continuación, cambiando de tono, añadió—: ¡Qué suerte tiene ese muchacho opulento! ¡Feliz él!</p> <p>—Si es tonto, no.</p> <p>—Oh, los tontos son más felices todavía. Pero no se puede tener todo, ¿verdad? —dijo Morgan sonriendo.</p> <p>Pemberton le puso las manos en los hombros. —¿Qué va a ser de tí? ¿Qué vas a hacer? —pensó en la señora Moreen, que necesitaba sesenta francos desesperadamente.</p> <p>—Me haré un hombre —y al punto, como si hubiera captado todos los matices que encerraba la alusión de Pemberton, añadió: —Me llevaré mejor con ellos cuando no esté usted aquí.</p> <p>—Ah, no digas eso. ¡Suena como si yo te pusiera en contra de ellos!</p> <p>—Y así es... con sólo verle. Está bien; ya sabe qué quiero decir. Estaré de maravilla. Me haré cargo de sus asuntos; casaré a mis hermanas.</p> <p>—¡Tú sí que te vas a casar! —bromeó Pemberton, pues obviamente, en el momento de su separación lo más conveniente, o al menos lo más seguro, era simular en son de chanza un tono altanero, un tanto estirado.</p> <p>Sin embargo, la pregunta que a continuación, repentinamente, le formuló Morgan, no estaba estrictamente dentro de aquel espíritu: —Pero una cosa... ¿cómo va a llegar hasta su magnífico empleo? Tendrá que ponerle un telegrama al muchacho opulento para que le envíe el dinero que le permita acudir.</p> <p>Pemberton pensó en ello. —¿Eso no les haría gracia, verdad?</p> <p>—Oh, ¡tenga cuidado con ellos!</p> <p>Entonces Pemberton expuso su remedio; —Iré a ver al cónsul de los Estados Unidos; le pediré que me preste algo de dinero... sólo para los pocos días que tarde en llegar, apoyándome en el telegrama.</p> <p>Morgan dijo, divertido: —Enséñele el telegrama... ¡y después guárdese</p>	<p>do él, después de mirar la firma (la de un amigo suyo de Londres), leía las palabras: «Encontré magnífico trabajo para ti. Preceptor joven opulento inmejorables condiciones. Ven inmediatamente.» Por suerte su amigo había pagado la respuesta con antelación y el mensajero esperaba. Morgan, que ya estaba a su lado, miraba fijamente a Pemberton y también esperaba. Y Pemberton, al cabo de un momento, tras mirarle a su vez, le entregó el telegrama. Fue por medio de miradas de inteligencia (tan bien se conocían mutuamente) que, mientras el chico de telégrafos, que estaba haciendo un charco en el suelo con el agua que se escurría de su capa impermeable, aguardaba, zanjaron el asunto. Pemberton escribió la contestación con un lápiz apoyándose en el fresco de la pared, y el mensajero se fue. Cuando ya había desaparecido, Pemberton le dijo a Morgan:</p> <p>—Les cobraré una fortuna. En poco tiempo ganaré mucho dinero y viviremos de eso.</p> <p>—Espero que el joven opulento sea necio, probablemente lo será, y que le tenga ocupado mucho tiempo.</p> <p>—Claro, cuanto más tiempo me retenga más tendremos para cuando seamos viejos.</p> <p>—¡Y si no le pagasen! —sugirió horrorizado Morgan.</p> <p>—¡Es imposible que haya otro... —Pemberton hizo una pausa porque estaba a punto de utilizar una palabra odiosa. Pero se abstuvo y terminó de otra forma— ...caso igual!</p> <p>Morgan se ruborizó y las lágrimas asomaron a sus ojos: —<i>Dites toujours</i>, ¡otro montón de truhanes como éste! —dijo. Luego, en un tono diferente, añadió ¡Feliz joven opulento!</p> <p>—¡No tan feliz si es un necio!</p> <p>—¿No? Más feliz incluso. Pero en esta vida no se puede tener todo, ¿verdad? —sonrió el chico.</p> <p>Pemberton le cogió por los hombros y le dijo: —¿Y qué va a ser de tí, qué harás?</p> <p>—Me convertiré en un hombre —dijo Morgan. Luego, como si reconociese el terreno más amplio al que el preceptor aludía, añadió—: Me llevaré mejor con ellos cuando usted se haya ido.</p> <p>—No digas eso. Suena como si yo te hubiera puesto en contra de ellos.</p> <p>—Y es cierto. Basta su presencia. No importa, ya entiendo lo que quiero decir. Me portaré maravillosamente. Me encargaré de sus negocios y casaré a mis hermanas.</p> <p>—¡Hasta tú te casarás! —bromeó Pemberton como si las bromas tensas fueran el tono más correcto, o el más seguro, para la separación.</p> <p>Sin embargo Morgan no continuaba precisamente esta línea cuando le preguntó de repente: —Por cierto, ¿y cómo va a conseguir su maravilloso trabajo? Tendrá que mandar un telegrama al joven opulento pidiéndole dinero para el viaje.</p> <p>Pemberton se quedó pensando y dijo: —Seguro que no les gustaría nada.</p> <p>—Tendrá que ir con cuidado con ellos.</p> <p>Entonces Pemberton sugirió una solución: —Iré a ver al cónsul norteamericano. Le pediré prestado algo de dinero, sólo para unos días. Si le enseño el telegrama me lo dará.</p> <p>—Enséñele el telegrama —dijo Morgan riendo a carcajadas—, ¡y luego</p>
--	---	---	---

Pemberton entered into the joke enough to reply that, for Morgan, he was really capable of that; but the boy, growing more serious, and to prove that he hadn't meant what he said*, not only hurried him off to the Consulate (since he was to start that evening, as he had wired to his friend), but insisted on going with him. They splashed* through the tortuous perforations* and over the humpbacked* bridges, and they passed through the Piazza, where they saw Mr. Moreen and Ulick go into a jeweler's shop. The Consul proved* accommodating* (Pemberton said it wasn't the letter, but Morgan's grand* air), and on their way back they went into St. Mark's for a hushed* ten minutes. Later they took up and kept up the fun of it to the very end; and it seemed to Pemberton a part of that fun that Mrs. Moreen, who was very angry when he had announced to her his intention, should charge him*, grotesquely and vulgarly, and in reference to the loan* she had vainly endeavored* to effect*, with bolting* lest* they should "get something out" of him. On the other hand he had to do Mr. Moreen and Ulick the justice to recognize that when, on coming in, they heard the cruel news, they took it like perfect men of the world.

35

40

8

When Pemberton got at work with the opulent youth, who was to be taken in hand for* Balliol*, he found himself unable to say whether he was really an idiot or it was only, on his own part, the long association with an intensely living little mind that made him seem so. From Morgan he heard half-a-dozen times: the boy wrote charming young letters, a patchwork* of tongues*, with **indulgent** postscripts in the family Volapuk and, in little squares and rounds and crannies* of the text, the drollest* illustrations—letters that he was divided between the impulse to show his present disciple, as a kind of wasted incentive, and the sense of something in them that was profanable by publicity. The opulent youth went up, in due course, and failed to pass*; but it seemed to add to the presumption that brilliancy was not expected of him all at once that his parents, condoning* the lapse*, which they good-naturedly treated as little as possible as if it were Pemberton's, should have sounded* the rally* again, begged* the young coach* to keep his pupil in hand another year.

75

The young coach was now in a position to lend Mrs. Moreen sixty francs, and he sent her a postoffice order* for the amount. In return for this favor he received a frantic*, scribbled* line from her: "Implore you to come back instantly*—Morgan dreadfully ill." They were on the rebound*, once more in Paris—often as Pemberton had seen them depressed he had never seen them crushed*—and communication was therefore rapid. He wrote to the boy to ascertain* the state of his health, but he received no answer to his letter. Accordingly he took an abrupt leave of the opulent youth and, crossing the Channel, alighted* at the small hotel, in the quarter* of the Champs Elysées, of which Mrs. Moreen had given him the address. A

el dinero y quedése aquí!

Pemberton le siguió la broma respondiendo que por Morgan era muy capaz de hacer aquello; pero el muchacho se puso más serio y, para demostrar que hablaba en broma, no sólo le urgió a que acudiera al consulado (pues en el telegrama Pemberton le decía a su amigo que saldría aquella misma noche), sino que también insistió en acompañarle. Se abrieron camino chapoteando, tratando tortuosamente de sortear los charcos, cruzando los puentes gibosos. Atravesaron la Piazza, donde vieron al señor Moreen y a Ulick entrando en una joyería. El cónsul accedió (Pemberton dijo que no fue por el telegrama sino por el aire distinguido de Morgan); ya de vuelta, entraron en San Marcos y se pasaron diez minutos en silencio. Más adelante reanudaron la conversación y ya mantuvieron el tono divertido hasta el último momento. A Pemberton le pareció un elemento más dentro de aquel tono de diversión el hecho de que la señora Moreen, que se enfadó mucho cuando el joven le anunció sus intenciones, formulara la acusación grotesca y vulgar (haciendo alusión al préstamo que en vano había intentado conseguir) de que el preceptor huía porque tenía miedo de que le «sacaran» algo. Por el contrario, hubo de recordar con justicia que cuando llegaron, el señor Moreen y Ulick recibieron la cruel noticia como unos perfectos hombres de mundo.

VIII

Cuando Pemberton empezó a trabajar con el joven opulento C el cual necesitaba que lo prepararan para ingresar en Balliol, Pemberton se dio cuenta de que no podía a ciencia cierta, precisar si es que su alumno era idiota de verdad o si la culpa era suya y se lo parecía como consecuencia de su larga convivencia con una persona de corta edad que poseía una inteligencia desmesuradamente viva. Recibió noticias de Morgan media docena de veces: el muchacho le escribía unas cartas encantadoras y juveniles, un mosaico de idiomáticas que remataba con postscriptums **indulgentes**, redactados en el Volapük familiar; los pequeños cuadrados, círculos y grietas en blanco que el texto configuraba los llenaba de curiosísimas ilustraciones. Aquellas cartas dividían el ánimo de Pemberton: por un lado sentía el impulso de enseñárselas a su nuevo discípulo, a modo de incentivo que sabía de antemano desperdiciado; por otro experimentaba la sensación de que había en ellas algo que, si las mostraba, quedaría profanado. El joven opulento se presentó a examen a su debido tiempo y suspendió. Pero la suposición de que no se esperaba del examinando que fuera brillante a la primera quedó aparentemente reforzada por el hecho de que sus padres (condonando el fallo, del cual, generosamente, hablaban lo menos posible, como si lo hubiera cometido Pemberton), pensando en evitar un segundo fracaso, le rogaron al joven profesor que siguiera ocupándose de su alumno un año más.

El joven profesor se hallaba ahora en condiciones de prestarle sesenta francos a la señora Moreen y le envió por giro postal aquella cantidad. A cambio de tal favor recibió una línea desesperada y presurosamente escrita: «Le suplico que vuelva sin la menor dilación. Morgan está muy enfermo». Los Moreen estaban en pleno choque emocional, una vez más en París (aunque Pemberton los había visto deprimidos muchas veces nunca los había visto tan hundidos) y por consiguiente las comunicaciones se establecieron con rapidez. Le escribió al muchacho para verificar su estado de salud, pero su carta no obtuvo contestación. En consecuencia se despidió abruptamente del joven opulento y, tras cruzar el Canal de la Mancha, se presentó en el pequeño hotel cuya dirección le había dado la señora Moreen, y que estaba ubicado en el barrio de los Campos Elíseos.

se queda el dinero y no se va!

Pemberton aceptó la broma hasta el punto de decir que era perfectamente capaz de hacerlo por Morgan; pero el chico, algo más serio ahora, y para demostrar que no lo había dicho en serio, no solamente le apremió a que fuera inmediatamente al consulado (ya que tenía que partir esa misma noche, de acuerdo con lo que le había dicho a su amigo al contestar su telegrama), sino que además insistió en acompañarle. Chapotearon en los charcos de las tortuosas y estrechas — Calles y jorobados puentes, y atravesaron la Piazza, donde vieron que Mr. Moreen y Ulick entraban en una joyería. El cónsul se mostró condescendiente (Pemberton dijo que no había sido por el telegrama sino por la mayestática actitud de Morgan), y cuando regresaban entraron en San Marcos para pasar allí diez minutos de silencio. Después salieron y continuaron divirtiéndose hasta el último momento; y a Pemberton le pareció parte de la diversión que Mrs. Moreen, que se enfadó muchísimo al anunciarle él su intención, le acusara, de forma grotesca y vulgar, en relación con el préstamo que ella había tratado en vano de conseguir, de fugarse por miedo a que ellos le sacaran algo. Por otro lado, Pemberton tuvo que ser justo con Mr. Moreen y Ulick y admitir que cuando, al regresar, se enteraron de la cruel noticia, la encajaron como auténticos hombres de mundo.

VIII

Cuando Pemberton se puso a trabajar con el joven opulento, a quien tenía que preparar para su ingreso en el Balliol College, no se sentía capaz de decir si en realidad era un idiota o si se lo parecía simplemente debido a su larga relación con una pequeña mente de vida intensísima. Supo de Morgan media docena de veces aproximadamente: el chico escribía unas cartas encantadoras y jóvenes con su mezcla de idiomas e **indulgentes** postdatas en el volapuk de la familia, acompañándolas, en pequeños recuadros y círculos situados entre el texto, de las más disparatadas ilustraciones. Por un lado Pemberton se las hubiera enseñado a su nuevo alumno, a modo de desperdiciado incentivo, pero por otro sentía que contenían elementos que no podían hacerse públicos sin riesgo de cometer una profanación. El joven opulento se presentó, llegado el momento, a los exámenes, y no consiguió el ingreso; sin embargo, y corroborando la impresión de su maestro de que nadie esperaba de aquel joven que triunfara al primer intento, sus padres, tras perdonarle el fallo, que hicieron todo lo posible por no atribuir a Pemberton, le animaron a intentarlo otra vez y rogaron al joven profesor que preparase a su alumno durante otro año.

El joven profesor estaba ahora en condiciones de prestarle sesenta francos a Mrs. Moreen, y le envió un giro postal por esa cantidad. En respuesta a este favor recibió una breve y frenética nota firmada por ella: «Imploro regrese inmediatamente — Morgan muy enfermo.» Habían rebotado y caído de nuevo en París aunque Pemberton les había visto a menudo deprimidos, jamás pudo decir que le parecieran derrotados — y por lo tanto la comunicación fue rápida. Escribió al chico para asegurarse de cuál era su estado de salud, pero su carta no obtuvo respuesta. Enseguida decidió despedirse bruscamente del joven opulento y, tras cruzar el Canal, fue directamente a un pequeño hotel de la zona de los Champs Elysées cuya dirección le había facilitado Mrs. Moreen. Durante el viaje le acompañó

dismal / discontent, displeasure deep if dumb* dissatisfaction* with this lady and her companions bore him company: they couldn't be vulgarly honest, but they could live at hotels, in velvety *entresols**, amid a smell of burnt pastilles*, in the most expensive city in Europe. When he had left them, in Venice, it was with an irrepressible* suspicion that something was going to happen; but the only thing that had happened was that they succeeded in getting away. "How is he? where is he?" he asked of Mrs. Moreen; but before she could speak, these questions were answered by the pressure round his neck of a pair of arms, in shrunken* sleeves, which were perfectly capable of an effusive young foreign* squeeze*.

"Dreadfully ill—I don't see it!" the young man cried. And then, to Morgan: "Why on earth didn't you relieve* me? Why didn't you answer my letter?"

Mrs. Moreen declared* that when she wrote he was very bad, and Pemberton learned at the same time from the boy that he had answered every letter he had received. This led* to the demonstration that Pemberton's note had been intercepted. Mrs. Moreen was prepared to see the fact exposed, as Pemberton perceived, the moment he faced her, that she was prepared for a good many other things. She was prepared above all to maintain* that she had acted from a sense of duty, that she was enchanted* she had got him over, whatever they might say; and that it was useless of him to pretend that he didn't know, in all his bones*, that his place at such a time was with Morgan. He had taken the boy away* from them, and now he had no right to abandon him. He had created for himself the gravest responsibilities; he must at least abide* by what he had done.

"Taken him away from you?" Pemberton exclaimed indignantly.

"Do it—do it, for pity's sake*; that's just what I want. I can't stand* *this*—and such scenes. They're treacherous*!" These words broke from Morgan, who had intermitted* his embrace, in a key which made Pemberton turn quickly to him, to see that he had suddenly seated himself, was breathing with evident difficulty and was very pale.

"Now do you say he's not ill—my precious pet*?" shouted his mother, dropping* on her knees before him with clasped* hands, but touching him no more than if he had been a gilded* idol. "It will pass—it's only for an instant; but don't say such dreadful things!"

"I'm all right—all right," Morgan panted* to Pemberton, whom he sat looking up at with a strange smile, his hands resting on either side on the sofa.

"Now do you pretend I've been treacherous*—that I've deceived*?" Mrs. Moreen flashed at Pemberton as she got up

"It isn't *he* says it, it's I!" the boy returned, apparently easier*, but sinking back against the wall*; while Pemberton, who had sat down beside him, taking his hand, bent over him.

"Darling child, one does what one can; there are so many things to consider," urged Mrs. Moreen. "It's his *place*—his only place. You see *you* think it is now."

"Take me away*—take me away," Morgan went on, smiling to Pemberton from his white face.

"Where shall I take you, and how—oh, how, my boy?" the young man stammered*, thinking of the rude way* in which his friends in London held that, for

Pemberton experimentó un profundo, si bien tácito, resentimiento hacia dicha dama y los que la rodeaban: no podían resignarse a una honradez vulgar, pero sí podían vivir en hoteles, en *entresols* adornados con terciopelo, en medio del aroma que desprendían al quemarse las pastillas ambientadoras, en la ciudad más cara de Europa. Cuando los dejó en Venecia, lo hizo con la sospecha irreprimible de que iba a pasar algo; pero lo único que sucedió fue que se las arreglaron para irse de aquella ciudad.

—¿Cómo está? ¿Dónde está? —le preguntó a la señora Moreen.

Pero antes de que ella pudiera hablar, aquellas preguntas obtuvieron respuesta. Unos brazos cuyas mangas eran cortas de talla le rodearon el cuello; eran brazos perfectamente capaces de dar un curioso apretón, efusivo y juvenil.

—¡Muy enfermo! ¡Pues no lo parece! —exclamó el joven. Y, dirigiéndose a Morgan, le dijo: —¿Se puede saber por qué no me has ahorrado esta preocupación? ¿Por qué no contestaste mi carta

La señora Moreen afirmó que cuando le escribió su hijo se en Centra muy mal; al mismo tiempo Pemberton supo por el muchacho que éste había contestado todas las cartas que había recibido. Esto demostraba que la nota de Pemberton había sido interceptada. La señora Moreen estaba preparada para cuando aquel hecho saliera a la luz, así como también lo estaba para muchas otras cosas, como Pemberton pudo comprobar. Sobre todo estaba preparada para sostener que había actuado movida por el sentido del deber y que estaba encantada de haberle hecho venir, dijeran lo que dijeran; de nada serviría que el preceptor fingiera no saber, en lo íntimo de su ser, que en aquellos momentos su lugar estaba junto Morgan. Él les había arrebatado al chico y ahora no tenía derecho a abandonarlo. Él se había creado gravísimas responsabilidades cuando menos estaba en la obligación de cargar con las consecuencias de lo que había hecho.

—¿Que se lo he arrebatado? —exclamó Pemberton indignado.

—¡Lléveme con usted, se lo suplico! Que me arrebaté es justa mente lo que quiero. No puedo soportar esto, estas escenas. ¡So gente falsa!

Estas palabras las dijo Morgan —interrumpido ya su abrazo— en un tono que hizo a Pemberton dirigir rápidamente la mirada hacia él, viendo que el muchacho había tomado asiento de repente, que respiraba con evidente dificultad y que estaba muy pálido

—¿Y ahora qué? ¿Sigue diciendo que no está enfermo mi niño precioso? —gritó su madre, cayendo de rodillas ante Morgan, con las manos entrelazadas, mas sin atreverse a tocarlo, como si de un ídolo de oro se tratara— Se le pasará... es cosa de un instante nada más; ¡pero no diga esas cosas horribles!

—Estoy bien... estoy bien —le dijo Morgan a Pemberton, jadeando y mirándole son una sonrisa extraña, las manos apoyada a ambos lados del sofá.

—¿Aún sigue pensando que soy una farsante, que le he mentido? —la señora Moreen se levantó y miró a Pemberton echando chispas por los ojos.

—¡No es él quien lo dice, soy yo! —replicó el muchacho, aparentemente más aliviado, aunque seguía hundido en el sofá, echa do contra el respaldo; mientras, Pemberton, que se había sentado a su lado, le cogió de la mano y se inclinó sobre él.

—Hijo mío querido, hacemos lo que podemos; hay que tener en cuenta tantas cosas —alegó la señora Moreen—. Su sitio está aquí y nada más que aquí. Ahora tú también piensas eso.

—Sáqueme de aquí... sáqueme de aquí —prosiguió Morgan, sonriéndole a Pemberton con el rostro muy blanco.

—¿Dónde te voy a llevar y cómo? Oh, ¿cómo, querido muchacho? —dijo el joven con voz entrecortada, pensando en la descortesía con que sus amigos de Londres sostenían que Pemberton los

un sentimiento de profunda aunque sorda antipatía por aquella mujer y sus acompañantes: por mucho que jamás consiguieran actuar como gente corriente y honrada, eran capaces de vivir en hoteles, en terciopelados *entresols*, rodeados por el aroma de pastillas que ardían en pebeteros, en la ciudad más cara de Europa. Cuando les dejó en Venecia fue con la horrible sospecha de que iba a ocurrir algo; pero lo único que ocurrió fue que consiguieron largarse de allí.

—¿Cómo está? ¿Dónde está? —preguntó a Mrs. Moreen.

Pero antes de que ella pudiese hablar estas preguntas fueron contestadas por la presión que ejercieron en torno a su cuello un par de brazos arremangados, perfectamente capaces de dar un efusivo y juvenil abrazo.

—¿Muy enfermo decía usted? No lo parece —exclamó el joven que luego, dirigiéndose a Morgan, añadió—: ¿Por qué no me librate de la angustia? ¿Por qué no contestaste mi carta?

Mrs. Moreen declaró que cuando ella escribió el chico estaba muy mal, y al mismo tiempo Pemberton supo por Morgan que éste había contestado todas las cartas que había recibido. Es decir, que la última nota de Pemberton había sido interceptada. Mrs. Moreen estaba dispuesta a que su intervención fuese delatada, según pudo notar Pemberton al mirarla, del mismo modo que estaba dispuesta a muchas otras cosas. Estaba dispuesta sobre todo a sostener que había actuado de acuerdo con su sentido del deber, y que estaba encantada de tenerle allí aunque fuera a costa de verse obligada a oír todo lo que él quisiera decirle; y dispuesta también a decirle que era inútil de su parte tratar de fingir que no *sabía* perfectamente que en aquel momento el sitio donde le correspondía estar era al lado de Morgan. Le dijo que él les había arrebatado a su hijo, apartándolo de ellos, y que ahora no tenía derecho a abandonarle, que él mismo se había creado aquella grave responsabilidad y que debía atenerse a las consecuencias de sus actos.

—¿Que yo le alejé de ustedes? —exclamó indignado Pemberton.

—¡Aléjeme de ellos, hágalo, por piedad! Eso es precisamente lo que quiero. No soporto estar aquí ni ver estas escenas. ¡Son unos traidores! —dijo Morgan, que había interrumpido su abrazo, con un tono que hizo que Pemberton se volviera rápidamente hacia él y le encontrara de repente sentado, respirando evidentemente con dificultad, y muy pálido.

—¿Ahora también va a decirme que no está enfermo mi pobre pequeño? —dijo su madre dejándose caer sobre sus rodillas con las manos entrelazadas ante Morgan, pero sin tocarle, como si fuera un ídolo—. Ya te pasará, es sólo un instante. ¡Pero no digas esas cosas tan horribles!

—Estoy bien, estoy bien —dijo jadeando Morgan a Pemberton, al que miraba con una extraña sonrisa y las manos apoyadas a ambos lados de su cuerpo en el sofá.

—Todavía cree que le he traicionado, que le he engañado? —dijo Mrs. Moreen a Pemberton clavándole su mirada mientras se levantaba.

—¡No es él quien te ha llamado, he sido yo! —dijo el chico, más tranquilo aparentemente, pero hundiéndose contra el respaldo. Pemberton, que se había sentado a su lado, tomó su mano y se inclinó sobre él.

—Mi criatura, hacemos lo que podemos. Hay que tener en cuenta demasiadas cosas a la vez —dijo Mrs. Moreen—. Aquí es donde debe estar usted, aquí. Seguro que ahora opina lo mismo que yo.

—Lléveseme con usted, lléveseme —continuó Morgan dirigiendo a Pemberton una sonrisa desde su cara pálida.

—¿A dónde podría llevarte, y cómo... cómo, amigo mío? —tartamudeó el joven pensando en la poca simpatía con que sus patronos de Londres le habían echado en

(compromiso) his convenience, and without a pledge* of instantaneous return, he had thrown them over; of the just resentment with which they would already have called in a successor, and of the little help as regarded
5 finding fresh* employment that resided for him in the flatness* of his having failed to pass his pupil.

fix, resolve 10 "Oh, we'll settle* that. You used to talk about it," said Morgan. "If we can only go, all the rest's a detail."

"Talk about it as much as you like, but
15 don't think you can attempt it. Mr. Moreen would never consent—it would be so precarious," Pemberton's hostess explained to him. Then to Morgan she explained: "It would destroy our peace, it would break our hearts. Now that he's
20 back it will be all the same again. You'll have your life, your work and your freedom, and we'll all be happy as we used to be. You'll bloom and grow perfectly
(estúpidos) 25 well, and we won't have any more silly* experiments, will we? They're too absurd. It's Mr. Pemberton's place—everyone in his place. You in yours, your papa in his, me in mine—*n'est-ce pas, chéri**? We'll
30 all forget how foolish we've been, and we'll have lovely times."

move dimly / (decorado con colgaduras) / (recargado)
35 She continued to talk and to surge* vaguely* about the little draped*, stuffy* salon, while Pemberton sat with the boy, whose color gradually came back; and she mixed up her reasons, dropping that there were going to be changes, that the other children might scatter* (who knew?—
40 Paula had her ideas), and that then it might be fancied* how much the poor old parent-birds would want the little nestling*. Morgan looked at Pemberton, who wouldn't let him move; and
(pajarillo), boy 45 Pemberton knew exactly how he felt at hearing himself called a little nestling. He admitted that he had had one or two bad days, but he protested afresh against the iniquity* of his mother's having made
50 them the ground of an appeal* to poor Pemberton. Poor Pemberton could laugh now, apart from the comicality of Mrs. Moreen's producing* so much philosophy for her defense (she seemed to shake it
generating, bringing forth 55 out of her agitated petticoats, which golden knocked over the light gilt* chairs), so little did the sick boy strike him as qualified to repudiate any advantage.

(en todo caso) 60 He himself was in for it, at any rate*. He should have Morgan on his hands again indefinitely; though indeed he saw the lad had a private theory to produce which would be intended to smooth this down.
65 He was obliged to him for it in advance; but the suggested amendment* didn't keep his heart from sinking* a little, any more than it prevented him from accepting the prospect on the spot*, with some
70 confidence moreover that he would do so even better if he could have a little supper. Mrs. Moreen threw out more hints* about the changes that were to be looked for, but she was such a mixture of smiles and
(pistas), indications, clues 75 shudders* (she confessed she was very nervous), that he couldn't tell whether she were in high feather* or only in hysterics. If the family were really at last going to
(de muy buen humor) 80 pieces* why shouldn't she recognize the necessity of pitching* Morgan into some sort of lifeboat? This presumption was fostered* by the fact that they were
stimulated, (venía reforzada) 85 established in luxurious quarters in the capital of pleasure; that was exactly where they naturally would be established in view of going to pieces*. Moreover didn't she mention that Mr. Moreen and the others were enjoying themselves at the opera with Mr. Granger, and wasn't that also precisely
(visperas) 90 where one would look for them on the eve* of a smash*? Pemberton gathered* that Mr. Granger was a rich, vacant American—a

había abandonado por propia conveniencia y encima sin haberse comprometido a regresar inmediatamente; pensaba también en el justo resentimiento que a aquellas alturas ya les habría inducido a contratar un sucesor y en lo poco que le iba a ayudar a la hora de encontrar otro empleo el hecho incontrovertible de que no había logrado que su alumno aprobara.

—Oh, ya lo arreglaremos. Antes usted solía hablar de eso —dijo Morgan— Con tal de que nos podamos ir, lo demás son sólo detalles.

—Hable de eso cuanto guste pero no sueñe ni con intentarlo. El señor Moreen nunca lo aceptaría... sería una cosa tan poco segura —le explicó a Pemberton su anfitriona. A continuación le explicó a Morgan lo siguiente—: Nuestra paz quedaría destruida y nuestros corazones destrozados. Ahora que ha regresado tu tutor todo volverá a ser como antes. Tú dispondrás de tu vida, de tu trabajo y de tu libertad, y todos seremos tan felices como antes. Te pondrás fuerte y tendrás un desarrollo perfectamente normal, y nosotros no volveremos a hacer más experimentos estúpidos, ¿no es así? Son demasiado absurdos. El señor Pemberton está en el lugar que le corresponde: cada uno está en el lugar que le corresponde. Tú en el tuyo, tu papá en el suyo y yo en el mío... *n'est-ce pas, chéri**? Todos nos olvidaremos de los tontos que hemos sido y nos los pasaremos maravillosamente bien.

Continuó hablando, sin dejar de moverse confusamente por el salón, que era una estancia recargada, de dimensiones reducidas y abundantes colgaduras, mientras Pemberton seguía sentado junto al muchacho, que iba recuperando poco a poco el color. La señora Moreen entremezclaba diversas razones, dejando caer que se iban a producir cambios, que tal vez se dispersaran sus otros hijos («¿Quién sabe? Paula tiene sus propias ideas») y en ese caso ya podía imaginarse lo mucho que necesitarían los pobres padres de; nido a su pajarillo. Morgan miró a su preceptor, que no le permitió moverse; Pemberton sabía con exactitud qué sentimientos se despertaron en el interior del chico cuando oyó que le llamaban pajarillo. Morgan admitió haber tenido un par de días malos pero renovó sus protestas contra la ingenuidad demostrada por su madre al apoyarse en aquello para suplicarle al pobre Pemberton que volviera. El pobre Pemberton ahora tuvo motivos para reírse, aparte de lo cómica que resultaba la señora Moreen, desplegando tanta filosofía para defenderse (parecía que la obtenía de tanto agitar las faldas, con las que se tropezaba contra los asientos dorados), pues no le parecía que el muchacho enfermo estuviera muy en condiciones de rechazar ninguna ayuda.

En todo caso él iba a prestársela. Debía volver a ocuparse de Morgan indefinidamente; aunque también se daba cuenta de que el chico tenía su propia teoría, que sacaría a relucir con el fin de atajar las intenciones de Pemberton. Este se lo agradecía de antemano; pero la conducta que se proponía seguir no le ahorraba un cierto desfallecimiento de ánimo, como tampoco le impedía aceptar las perspectivas del futuro que se le presentaba, aunque creía que las aceptaría aún de mejor grado si le fuera posible cenar algo. La señora Moreen dio más pistas acerca de los cambios que había esperar, pero su persona era una mezcla tal de sonrisas y estremecimientos (confesó estar muy nerviosa) que Pemberton no sabía bien si era que estaba de muy buen humor o le había dado un ataque de histeria. Si era cierto que la familia iba a disgregarse por fin ¿por qué no reconocía la necesidad de emplazar a Morgan en un bote salvavidas? La presunción de que aquello era lo que iba a ocurrir se veía reforzada merced al hecho de que la familia se hallara instalada en unos aposentos de lujo, en la capital del placer; en ningún otro sitio se establecería la familia ante la perspectiva de una desintegración. Además ¿no había mencionado ella que el señor Moreen y los demás se encontraban disfrutando en la ópera con el señor Granger? ¿No era por lo demás aquél precisamente el lugar donde habría que buscarlos en vísperas de una crisis? Pemberton coligió que el señor Granger era un norteamericano rico que se encontraba disponible (una factura enorme con un pomposo mem-

para que les abandonase de aquella forma, por su conveniencia y sin prometer siquiera regresar lo antes posible, en el justo resentimiento con el que debían haber contratado ya a un sucesor, y en lo poco que podía ayudarle a encontrar de nuevo otro trabajo el no haber conseguido que su alumno ingresara.

—Ya lo arreglaremos. Usted solía decirlo —dijo Morgan—. Basta con que podamos irnos de aquí. Lo demás son simples detalles secundarios.

—Pueden hablar de esto todo cuanto quieran, pero no crea que pueden tratar de hacerlo. Mr. Moreen no lo consentiría jamás. Vivirían en una situación demasiado precaria —explicó Mrs. Moreen a Pemberton. Luego, dirigiéndose a Morgan, continuó—: Eso destruiría nuestra paz, rompería nuestros corazones. Ahora que él ha regresado todo volverá a ser como antes. Vosotros tendréis vuestra vida, vuestro trabajo y vuestra libertad, y seremos otra vez tan felices como antes. Verás cómo acabas madurando y creciendo sin necesidad de hacer experimentos tontos y absurdos. Mr. Pemberton se quedará aquí, que es donde tiene que estar, y así todo el mundo estará en su sitio. Tú en el tuyo, tu papá en el suyo, y yo en el mío, *n'est-ce pas, chéri**? Olvidaremos lo tontos que hemos sido; lo pasaremos muy bien.

Mrs. Moreen continuó hablando y agitándose por el pequeño salón adornado de cortinajes mientras Pemberton permanecía sentado junto al chico, que iba recuperando gradualmente el color; y les dijo muchas cosas, que se avecinaban cambios, que quizás sus demás hijos se esparcirían por el mundo (quién sabe, Paula tiene sus ideas, acotó), y que entonces el matrimonio tendría más necesidad que nunca de su querido hijito menor. Morgan miró a Pemberton, que no le dejaba moverse; y Pemberton supo exactamente cómo se sentía él al oírse llamar querido hijito menor. Admitió que había pasado un par de días malos pero volvió a protestar de la iniquidad de su madre, que se aprovechaba de la circunstancia para forzar al pobre Pemberton. El pobre Pemberton ya podía reír a sus anchas, aunque no tanto por la comicidad de los filosóficos pensamientos con que Mrs. Moreen se defendía (parecía que se los sacaba del can—can con que iba derribando a su paso las frágiles sillas doradas), como porque ya le daba todo igual pues el pobre muchacho enfermo no estaba en condiciones de rechazar ningún tipo de ayudas.

En cualquier caso, él ya estaba decidido a quedarse con Morgan indefinidamente, a pesar de que el jovencito tenía una teoría particular con la que pensaba conducirlo a tomarse las cosas de otra manera. Pemberton le estuvo agradecido por anticipado, antes de oírle hablar, pero la enmienda sugerida por Morgan no impidió que el corazón se le hundiera un poco, ni consiguió tampoco evitar que aceptara la perspectiva inmediatamente sin dejar por ello de pensar en su aceptación sería más rotunda si le dieran un poco de cenar. Mrs. Moreen dio algunos indicios más de los cambios que era de esperar se produjesen, pero hablaba con tal mezcla de sonrisas y estremecimientos (confesó que estaba muy nerviosa), que Pemberton no sabía si todo aquello era resultado de un momento de optimismo o un acceso de histeria. Si la familia estaba a punto de romperse en pedazos, ¿por qué no quería ella reconocer que era necesario colocar a Morgan en algo parecido a un bote salvavidas? Esta suposición había sido estimulada por el hecho de que aquellos días la familia viviera en una zona lujosa de la capital del placer, pues ése era sin duda el lugar donde los Moreen se instalarían si tuvieran intención de disgregarse. Además, Mrs. Moreen había mencionado que su esposo y los demás estaban disfrutando en la ópera con Mr. Granger, y ése era también el sitio donde uno imaginaba que se encontrarían en vísperas de la fragmentación. Pemberton recordó que Mr. Granger era un rico norteamericano soltero; un magnífico cartel con un gran encabezamiento y sin comparsas. De

(pomposo) / (membrete) big bill with a flurishy* heading* and no items; so that one of Paula's "ideas" was probably that this time she had really done it, which was indeed an unprecedented blow to the general cohesion. And if the cohesion was to terminate what was to become of poor Pemberton? He felt quite enough bound up* with them to figure*, to his alarm, as a floating spar* in case of a wreck*.

brete en la que aún no figuraba escrita ninguna compra); de modo que, probablemente, una de las «ideas» de Paula sería que aquella vez había logrado su objetivo, lo cual suponía en efecto un golpe sin precedentes a la cohesión familiar. Y si había llegado el fin de la cohesión ¿qué iba a ser del pobre Pemberton? Estaba lo bastante ligado a ellos como para verse a sí mismo —con gran alarma— convertido en un madero a la deriva, en caso de naufragio.

modo que una de las «ideas» de Paula era probablemente que esta vez lo había conseguido, hecho que sin duda representaba un golpe sin precedentes contra la cohesión del grupo. Y, si la cohesión estaba a punto de acabarse, ¿qué destino aguardaba al pobre Pemberton? El se sentía lo bastante ligado a ellos para imaginar que en caso de hundimiento le estaba reservado el papel de madero flotante al que quien pudiera se agarraría.

(penumbra) / (tardía) It was Morgan who eventually asked if no supper had been ordered for him; sitting with him below, later, at the dim*, delayed* meal in the presence of a great deal of corded* green plush*, a plate of ornamental biscuit and a languor* marked on the part of the waiter. Mrs. Moreen had explained that they had been obliged to secure a room for the visitor out of the house; and Morgan's consolation (he offered it while Pemberton reflected on the nastiness* of lukewarm* sauces*), proved* to be, largely, that this circumstance would facilitate their escape. He talked of their escape (recurring to it often afterwards), as if they were making up* a "boy's book"* together. But he likewise* expressed his sense that there was something in the air, that the Moreens couldn't keep it up much longer. In point of fact*, as Pemberton was to see, they kept it up for five or six months. All the while*, however, Morgan's contention* was designed to cheer him. Mr. Moreen and Ulick, whom he had met the day after his return, accepted that return like perfect men of the world. If Paula and Amy treated it even with less formality* an allowance* was to be made for them, inasmuch as Mr. Granger had not come to the opera after all. He had only place, his box* at their service, with a bouquet for each of the party; there was even one apiece*, embittering* the thought of his profession*, for Mr. Moreen and Ulick. "They're all like that," was Morgan's comment; "at the very last, just when we think we've got them fast*, we're chucked*!"

Fue Morgan quien le preguntó finalmente si no le habían encargado nada de cenar; eso fue más tarde, estando sentado con él, abajo, ante una cena tardía, en una habitación en penumbra donde abundaba la felpa de color verde recogida con cordones, en presencia de un plato de bizcocho ornamental y una languidez notable por parte del camarero. La señora Moreen le había explicado a Pemberton que se habían visto obligados a procurarle una habitación apartada de sus aposentos; y el consuelo que le ofreció Morgan (se lo ofreció mientras Pemberton pensaba en lo repugnantes que son las salsas tibias) resultó ser, en gran medida, que aquella circunstancia les facilitaría la huida. El muchacho hablaba de cuando se escaparan (después volvería con frecuencia sobre ello) como si estuvieran urdiendo juntos una fuga propia de un libro juvenil. Pero al mismo tiempo afirmaba tener la sensación de que estaba pasando algo, que los Moreen no podrían aguantar durante mucho tiempo. En realidad, como habría de comprobar Pemberton, consiguieron aguantar por espacio de cinco o seis meses. No obstante, durante todo aquel tiempo, Morgan se esforzó por alegrarle el ánimo a su preceptor. El señor Moreen y Ulick, a quienes vio al día siguiente de su llegada, aceptaron su regreso como perfectos hombres de mundo. Aunque Paula y Amy le dieron a aquel hecho un tratamiento menos formal todavía, es preciso ser indulgente con ellas, teniendo en cuenta que el señor Granger no se había presentado en la ópera después de todo. Se limitó a poner su palco a disposición de sus invitados, obsequiando a cada miembro del grupo con un ramo de flores; el señor Moreen y Ulick también tuvieron cada uno el suyo, lo cual hizo que resultara más amargo pensar en su liberalidad.

Fue por fin Morgan quien preguntó si no se había encargado cena para él; más tarde se sentó con el muchacho a tomar la retrasada y ligera cena rodeado de verde felpa, entre una bandeja de galletas y un lánguido camarero. Mrs. Moreen le había explicado que se habían visto obligados a buscarle una habitación para él en otro edificio. Pero Morgan se consoló (se lo dijo mientras Pemberton reflexionaba sobre lo poco apetitosas que son las salsas cuando ya se han enfriado) porque en su opinión aquella circunstancia les ayudaría en su huida. Hablaba de su huida (y siguió haciéndolo a menudo a partir de entonces) como si entre los dos estuvieran creando la trama de una novela «para niños». Pero también expresó su sensación de que se estaba tramando algo, que los Moreen estaban al borde de que les ocurriese cosas trascendentales. De hecho, tal como pudo comprobar Pemberton, todo siguió igual que siempre durante seis meses más. A lo largo de todos estos días, sin embargo, la premonición de Morgan le mantuvo animado. Mr. Moreen y Ulick, a quienes saludó al día siguiente de su regreso, aceptaron este regreso como perfectos hombres de mundo. Si Paula y Amy lo trataron con mayor despreocupación incluso fue porque tenían un poderoso motivo pues al final Mr. Granger no había acudido a la ópera. Sólo había puesto su palco a disposición de la familia, y tuvo el detalle, además, de dejar un ramito de flores para los miembros del grupo; había uno para cada uno y este detalle hizo que Mr. Moreen y Ulick no se sintieran por una vez demasiado satisfechos de su generosidad.

—Son todos iguales —fue el comentario de Morgan—; en el último momento, cuando ya nos creemos que los tenemos atrapados, nos dejan plantados.

—Son todos igual —comentó Morgan—. Al final, cuando creemos que ya les hemos cogido, nos abandonan.

(atrapados) / (deserted, abandoned) Morgan's comments, in these days, were more and more free; they even included a large recognition of the extraordinary tenderness with which he had been treated while Pemberton was away. Oh, yes, they couldn't do enough to be nice to him, to show him they had him on their mind and make up* for his loss. That was just what made the whole thing so sad, and him so glad, after all, of Pemberton's return—he had to keep thinking of their affection less, had less sense of obligation. Pemberton laughed out at this last reason, and Morgan blushed* and said: "You know what I mean." Pemberton knew perfectly what he meant; but there were a good many things it didn't make any clearer. This episode of his second sojourn* in Paris stretched itself out* wearily*, with their resumed readings and wanderings* and maunderings*, their potterings* on the quays, their hauntings* of the museums, their occasional lingerings* in the Palais Royal, when the first sharp* weather came on and there was a comfort* in warm emanations, before Chevet's wonderful succulent window*. Morgan wanted to hear a great deal about the opulent youth—he took an immense interest in him. Some of the details of his opulence—Pemberton could spare* him none of them—evidently intensified the boy's appreciation of all his friend had given up* to come back to him; but in addition to the greater reciprocity established by such a renunciation he had always his little brooding* theory, in which there was a frivolous gaiety too, that their long probation* was drawing* to a close*. Morgan's conviction that the Moreens couldn't go on much longer kept pace* with the unexpended impetus with

Aquellos días los comentarios de Morgan eran cada vez más libres; en algunos manifestaba estar muy agradecido por la ternura extraordinaria con que le habían tratado cuando Pemberton se encontraba lejos. Oh, sí, nunca era bastante lo que hacían por ser agradables con él, por demostrarle que lo tenían presente en su ánimo y por tratar de compensarle de la pérdida que había sufrido. Aquello era precisamente lo que hacía de todo el asunto algo tan triste y lo que a Morgan le hacía alegrarse tanto, a fin de cuentas, de que Pemberton hubiera regresado; ahora tenía que estar menos pendiente del afecto de sus familiares y era menor la sensación de estar en deuda con ellos. A Pemberton esta última razón le hizo reírse abiertamente, por lo que Morgan enrojeció y dijo:

—Ya sabe a qué me refiero.

Pemberton sabía perfectamente a qué se refería; pero había muchas cosas que seguían sin aclararse. El episodio de su segunda estancia en París se prolongaba tediosamente; se reanudaron las lecturas, los paseos y los vagabundeos, las incursiones por los quays, las visitas a los museos, el ir de vez en cuando a pasar el tiempo al Palais Royal, cuando empezaban a asomar los primeros rigores del frío y era reconfortante sentir las emanaciones de la calefacción, disfrutando ante el magnífico ventanal del Presbiterio. Morgan quería saber muchas cosas del joven opulento; estaba muy interesado en él. Algunos de los detalles de su opulencia —Pemberton no podía ahorrarle ninguno— evidentemente acentuaban el agradecimiento que sentía el muchacho por todo a lo que había renunciado su amigo para volver junto a él; además de la mayor reciprocidad que se establecía por causa de tanta renuncia, Morgan siempre le estaba dando vueltas a su teoría, que además estaba impregnada de una alegría frívola, y según la cual el largo periodo de prueba por el que estaban pasando se estaba acercando a su fin. La convicción de Morgan según la cual los Moreen no podían seguir así mucho más tiempo era pareja al ímpetu inagotable con que, mes

Los comentarios de Morgan, durante aquellos días, eran cada vez más abiertos. Esto no quiere decir que no reconociera magnánimamente la extraordinaria ternura con que le habían tratado mientras Pemberton estuvo en Londres. Sí, no les parecía nunca suficiente lo que hacían por él, lo que hacían para mostrarle que pensaban en él y querían compensarle su pérdida. Por eso la ausencia fue tan triste y por eso Morgan se alegró tanto del regreso de Pemberton. El muchacho quería esforzarse por dejar de necesitar el afecto de sus parientes, por dejar de sentirse en deuda con ellos. Cuando dijo esto último Pemberton se rió, y Morgan enrojeció y le dijo:

—Usted ya me entiende.

Pemberton le entendía perfectamente; pero aun así quedaban muchas cosas tan poco claras como antes. Los días de su segunda estancia en París transcurrieron cansinamente mientras ellos se dedicaban otra vez a leer y errar y deambular, a revolver los cajones de libros de los muelles, recorrer de nuevo los museos, y sentarse en el Palais Royal, hasta que llegaron los primeros fríos y encontraron un consuelo en las cálidas emanaciones que les rodeaban mientras estaban sentados frente al maravilloso y succulento escaparate de Chevet. Morgan quería que le contase muchas cosas del joven opulento, por quien manifestaba un enorme interés. Algunos de los detalles de su opulencia —no le dejaba a Pemberton omitir ni uno solo— hicieron que aumentase la intensidad del agradecimiento del muchacho hacia su preceptor al comprobar todo lo que había abandonado por él. Pero, aparte de la mayor reciprocidad establecida por esa renuncia, Morgan seguía meditando en su teoría, que le hacía rumiar pero también le animaba porque, según ella, la prueba que estaban pasando estaba acercándose a su final. Pero tan profundo era el convencimiento de Morgan de que los Moreen no podían resistir mucho tiempo más, como in-

which, from month to month, they did go on. Three weeks after Pemberton had rejoined them they went on to another hotel, a dingier* one than the first; but Morgan rejoiced that his tutor had at least still not sacrificed the advantage of a room outside. He clung* to the romantic utility of this when the day, or rather the night, should arrive for their escape.

For the first time, in this complicated connection, Pemberton felt sore* and exasperated. It was, as he had said to Mrs. Moreen in Venice, *trop fort*—everything was *trop fort**. He could neither really throw off* his blighting* burden* nor find in it the benefit of a pacified conscience or of a rewarded* affection. He had spent all the money that he had earned in England, and he felt that his youth was going and that he was getting nothing back for it. It was all very well for Morgan to seem to consider that he would make up* to him for all inconveniences by settling himself upon him permanently—there was an irritating flaw* in such a view. He saw what the boy had in his mind; the conception that as his friend had had the generosity to come back* to him he must show his gratitude by giving him his life. But the poor friend didn't desire the gift—what could he do with Morgan's life? Of course at the same time that Pemberton was irritated he remembered the reason, which was very honorable to Morgan and which consisted simply of the fact that he was perpetually making one forget that he was after all only a child. If one dealt with* him on a different basis* one's misadventures were one's own fault. So Pemberton waited in a queer confusion of yearning* and alarm for the catastrophe which was held to hang over* the house of Moreen, of which he certainly at moments felt the symptoms brush* his cheek and as to which he wondered much in what form it would come.

Perhaps it would take the form of dispersal*—a frightened *save qui peut**, a scuttling* into selfish corners. Certainly they were less elastic than of yore*; they were evidently looking for something they didn't find. The Dorringtons hadn't reappeared, the princes had scattered*; wasn't that the beginning of the end? Mrs. Moreen had lost her reckoning* of the famous "days"; her social calendar was blurred*—it had turned its face to the wall. Pemberton suspected that the great, the cruel, discomfiture* had been the extraordinary behavior of Mr. Granger, who seemed not to know what he wanted, or, what was much worse, what they wanted. He kept sending flowers, as if to bestrew* the path of his retreat*, which was never the path of return. Flowers were all very well, but—Pemberton could complete the proposition. It was now positively conspicuous* that in the long run the Moreens were a failure*; so that the young man was almost grateful the run had not been short. Mr. Moreen, indeed, was still occasionally able to get away* on business, and, what was more surprising, he was also able to get back*. Ulick had no club, but you could not have discovered it from his appearance, which was as much as ever that of a person looking at life from the window* of such an institution; therefore Pemberton was doubly astonished at an answer he once heard him make to his mother, in the desperate tone of a man familiar with the worst privations. Her question Pemberton had not quite caught; it appeared to be an appeal* for a suggestion as to whom they could get to take* Amy. "Let the devil take her!" Ulick snapped*; so that Pemberton could see that not only they had lost their amiability, but had ceased to believe in themselves. He could also see that if Mrs. Moreen was trying to get people to take

tras mes y pese a todo, seguían adelante. Tres semanas después de que Pemberton hubiera vuelto con ellos se trasladaron a otro hotel, más sórdido que el primero; pero Morgan se alegró de que al menos su tutor no tuviera aún que verse privado de la ventaja de tener una habitación en otra parte. El muchacho seguía aferrándose a la novelesca utilidad que les reportaría tal circunstancia cuando llegara el día, o mejor dicho, la noche de su huida.

Por vez primera en el proceso de aquella complicada relación, Pemberton se sentía molesto y exasperado. Era, como le había dicho en Venecia a la señora Moreen, *trop fort*... todo era *trop fort*. En realidad no podía ni deshacerse de aquella carga frustrante ni hallar en ella el beneficio de una conciencia apaciguada o de un afecto recompensado. Se había gastado todo el dinero que había ganado en Inglaterra, y por otra parte sentía que se le estaba acabando la juventud y que no estaba recibiendo nada a cambio de ello. Estaba muy bien que Morgan al parecer considerase que le recompensarla por todos los inconvenientes padecidos uniéndolo para siempre su suerte a la de Pemberton, pero aquella perspectiva presentaba un fallo irritante. Él se daba cuenta de lo que el muchacho planeaba; pensaba que como su amigo había tenido la generosidad de regresar junto a él, estaba en la obligación de demostrarle su agradecimiento, entregándole su vida. Pero su pobre amigo no quería aquella ofrenda. ¿Qué podría hacer él con la vida de Morgan? Por supuesto, a la vez que se sentía irritado, Pemberton conocía la causa de su irritación, la cual era muy honrosa para Morgan y consistía sencillamente en el hecho de que éste, a fin de cuentas no era más que un niño. Si se le trataba conforme a un supuesto diferente, las desgracias que le acontecieran a uno eran culpa de uno. Así pues, Pemberton esperaba, en medio de una extraña confusión de anhelo y alarma, que se produjera la catástrofe que supuestamente se cernía sobre la casa de los Moreen y cuyos síntomas, sin duda alguna, sentía a veces que le rozaban la mejilla, haciéndole preguntarse con insistencia qué forma adoptaría.

Tal vez adoptara la forma de una desbandada, un aterrado *saive qui peut*, una huida hacia posiciones egoístas. Ciertamente, los miembros de la familia mostraban menos elasticidad que antaño; era evidente que estaban buscando algo y que no lo encontraban. Los Dorrington no habían vuelto a hacer acto de presencia, los príncipes se habían esfumado: ¿no era aquello el principio de; fin? La señora Moreen había abandonado su costumbre de llevar la cuenta de los famosos «días»; su calendario social era confuso: estaba vuelto de cara a la pared. Pemberton sospechaba que el desconcierto había empezado a revestir grandes y crueles proporciones merced al comportamiento extraordinario del señor Granger, que parecía no saber lo que quería o —lo que era mucho peor— lo que ellos querían. Seguía mandando flores, como **para cubrir** el camino por el que se retiraba, que no era jamás el camino de regreso. Las flores estaban muy bien, pero... (Pemberton sabría acabar esta frase). Ahora, después de mucho andar, una cosa quedaba perfectamente clara: los Moreen eran un fracaso. El joven casi se sentía agradecido porque no hubiera sido poco lo andado. En efecto, el señor Moreen aún era capaz de arreglárselas para irse de negocios y, lo que era más sorprendente, también se las arreglaba para volver... Ulick ya no pertenecía a ningún club, pero eso habría sido imposible deducirlo por su aspecto, que seguía siendo en la misma medida que siempre el de una persona que contempla el espectáculo de la vida desde los ventanales de una institución como la referida; por consiguiente fue doble el asombro que experimentó Pemberton cuando oyó la respuesta que dio Ulick a su madre, dicha en un tono desesperado propio de un hombre acostumbrado a las mayores privaciones. La pregunta de la madre, Pemberton no la captó bien; al parecer le consultaba si se le ocurría quién podría llevarse a Amy. «¡Que se la lleve el diablo!» le espetó Ulick. De modo que Pemberton se dio cuenta no sólo de que habían perdido la afabilidad, sino también de que habían dejado de creer en sí mismos. Igualmente se dio cuenta de que el hecho de que la señora Moreen estuviera intentando que la gente se llevara a sus hijos podría, interpretarse como que estaba

agotable el ímpetu con que, a medida que transcurrían los meses, ellos resistían. Tres semanas después de la reincorporación de Pemberton se mudaron a otro hotel, más deslucido que el anterior, pero el preceptor no sacrificó la ventaja de su habitación aparte y Morgan se alegró mucho de ello. Seguía pensando en la romántica utilidad que este factor tendría el día, o mejor la noche, que decidirían emprender su huida.

Por primera vez desde que se iniciaron sus complicadas relaciones con Morgan, Pemberton se sentía dolido y exasperado. Tal como le había dicho a Mrs. Moreen en Venecia, aquello era *trop fort*: todo era *trop fort*. No era capaz de liberarse de aquella **pesadísima** carga ni tampoco de encontrar en ella las ventajas de una conciencia en paz o un afecto recompensado. Había gastado todo el dinero ganado en Inglaterra y le daba la sensación de que su juventud se estaba disipando sin que nadie le diera nada a cambio. Por mucho que Morgan pensara que le compensaría todos los inconvenientes sufridos estableciéndose a su lado de forma permanente, el plan tenía un defecto irritante. Pemberton veía lo que Morgan pensaba: que ya que su amigo había tenido la generosidad de regresar, él tenía que demostrar su gratitud entregándole su vida. Pero el pobre Pemberton no deseaba este regalo: ¿de qué podía servirle la vida de Morgan? Naturalmente, Pemberton, sin dejar de sentirse irritado, recordaba el motivo de todo aquello —un motivo honroso para Morgan— consistente en el hecho de que el chico conseguía hacerle olvidar a uno constantemente que no era más que un niño. Y Pemberton sabía que la culpa de las desgracias que pudieran ocurrirle por haber olvidado este detalle sólo podía atribuirse a su propia responsabilidad. De modo que, entre ansioso y alarmado, Pemberton esperó a que se produjera la catástrofe que, según mantenía Morgan, pendía sobre el próximo futuro de los Moreen, una catástrofe cuyos síntomas Pemberton creía percibir ligeramente en ocasiones pero cuya forma concreta seguía siendo para él un misterio.

Quizás adoptaría la forma de una dispersión, un aterrizado *saive qui peut*, una precipitada huida en la que cada quien velaría sólo por sí mismo. Era cierto que ya no se mostraban tan flexibles como antes; era evidente que buscaban algo, y que no lo encontraban. Los Dorrington no habían reaparecido, los príncipes se habían dispersado; ¿no era eso el principio del fin? Mrs. Moreen ya no llevaba tan bien la cuenta de los «días»; su calendario de la vida social estaba hecho un lío, y vuelto de cara a la pared. Pemberton sospechaba que la gran y cruel confusión que padecían empezó a consecuencia del extraordinario comportamiento de Mr. Granger, un caballero que parecía no saber lo que quería o, peor aun, no saber lo que ellos querían. Seguía enviando flores, como si quisiera **alfombrar** el camino de su retirada, y las flores estaban muy bien, pero... Pemberton se sentía capaz de terminar la frase. Ahora era patente que los Moreen eran a la larga unos fracasados y el joven estaba casi agradecido de que el fracaso hubiera tardado tanto en llegar. Mr. Moreen podía, todavía, ausentarse de vez en cuando para sus viajes de negocios y, hecho más sorprendente incluso que el anterior, hasta era capaz de regresar. Ulick ya no pertenecía a ningún club pero nadie hubiera sido capaz de adivinarlo por su aspecto que, más que nunca, parecía el de una persona que contempla la vida desde el ventanal de una de esas instituciones. Por esto fue tan grande el desconcierto de Pemberton el día que le oyó contestar a su madre en el tono de un hombre acostumbrado a padecer las más grandes privaciones. Las palabras de ella escaparon al oído de Pemberton; seguramente la señora le preguntaba a su hijo que quién le parecía a él que podría llevarse a Amy. —«Que se la lleve el diablo!»—dijo bruscamente Ulick.

Con lo que Pemberton comprobó que no solamente habían dejado de tratarse mutuamente con amabilidad sino que ni siquiera creían en ellos mismos. También comprobó que mientras Mrs. Moreen trataba de encontrar personas que pudieran llevarse a sus hijos, daba sobre todo

(escotillas) her children she might be regarded as closing the hatches* for the storm. But Morgan would be the last she would part with.

5 One winter afternoon—it was a Sunday—he and the boy walked far together in the Bois de Boulogne. The evening was so splendid, the cold lemon-colored sunset so clear, the stream* of carriages and pedestrians so amusing and the fascination of Paris so great, that they remained
10 stayed out* later than usual and became aware that they would have to hurry home to arrive in time for dinner. They hurried accordingly, arm-in-arm, good-humored and hungry, agreeing that there was nothing like Paris after all and that after all, too, that had come and gone they were not yet sated* with innocent pleasures. When they
15 reached the hotel they found that, though shamefully scandalously* late, they were in time for all the dinner they were likely to sit down to. Confusion reigned in the apartments of the Moreens (very shabby* ones this time, soiled, messy
20 but the best in the house), and before the interrupted service of the table (with objects displaced almost as if there had been a scuffle*, and a great wine stain* from an overturned* bottle), Pemberton could not blink* the fact* that there had been a scene of proprietary mutiny*. The storm had come—they were all seeking refuge. The hatches* were down*—Paula and Amy were invisible (they had never tried the
25 most casual* art* upon Pemberton, but he felt that they had enough of an eye to him not to wish to meet him as young ladies whose frocks* had been confiscated), and Ulick appeared to have jumped overboard*. In a word, the host* and his staff* had ceased to “go on” at the pace of their guests, and the air of embarrassed detention*, thanks to a pile of gaping* trunks in the passage, was strangely
30 commingled* with the air of indignant withdrawal*.

When Morgan took in all this—and he
35 reddened, (se sonrojó) took it in very quickly—he blushed* to the roots of his hair. He had walked, from his infancy, among difficulties and dangers, but he had never seen a public exposure. Pemberton noticed, in a second
40 gave a quick look / precipitated glance* at him, that the tears had rushed* into his eyes and that they were tears of bitter* shame. He wondered for an instant, (amarga
45 (por mor del muchacho) (fingir) for the boy's sake*, whether he might successfully pretend* not to understand. Not successfully, he felt, as Mr. and Mrs.
50 (sin cena) (apagada) / fireplace Moreen, dinnerless* by their extinguished* hearth*, rose before him in their little dishonored *salon*, considering apparently with much intensity what
55 (animada) (abatidos) lively* capital would be next on their list. They were not prostrate*, but they were very pale, and Mrs. Moreen had evidently been crying. Pemberton quickly learned however that her grief was not for the loss of her dinner, much as she usually
60 enjoyed it, but on account of a necessity much more tragic. She lost no time in laying* this necessity bare*, in telling
65 putting, (exponiendo) / (desnuda) (rayo) him how the change had come, the bolt* had fallen, and how they would all have to turn themselves about*. Therefore cruel
70 as it was to them to part with their darling she must look to him to carry a little further the influence he had so fortunately acquired with the boy—to induce his
75 (cargó) (retiro, refugio) / (contaban) (en una palabra) young charge* to follow him into some modest retreat*. They depended upon* him, in a word*, to take their delightful child temporarily under his protection—it would leave Mr. Moreen and herself so
80 necessary much more free to give the proper* attention (too little, alas! had been given), to the readjustment of their affairs*.
85 situation

“We trust you—we feel that we
90 can,” said Mrs. Moreen, slowly rubbing* her plump* white hands and looking, with compunction*, hard* at

cerrando las escotillas ante la proximidad de la tormenta. Pero Morgan sería el último de quien se separaría.

Una tarde de invierno —era domingo— Pemberton y el muchacho se adentraron mucho en el Bois de Boulogne. Hacía una tarde tan espléndida, eran tan claras las frías tonalidades de color limón del ocaso, era tan entretenido observar la afluencia de vehículos y paseantes, tan grande la fascinación que ejercía París, que emprendieron la vuelta más tarde de lo normal, dándose cuenta de que tendrían que darse prisa si querían llegar a tiempo para la cena. Así pues emprendieron el regreso apresuradamente, cogidos del brazo, de buen humor y con apetito, conviniendo que no había nada como París después de todo y que después de todo (una vez más) lo que habían ido y venido todavía no estaban hastiados de placeres inocentes. Cuando llegaron a tiempo al hotel descubrieron que aunque era escandalosamente tarde llegaban a tiempo para cuanto cena había probabilidades de que les servirían. En los aposentos de los Moreen (que esta vez eran bastante lamentables, siendo los mejores del hotel) reinaba el caos y el servicio de mesa había sufrido una interrupción (los objetos estaban desplazados, casi como si hubiera habido una pelea, y había una gran mancha de vino junto a una botella volcada). Pemberton no pudo permanecer ciego ante la evidencia de que había tenido lugar una escena de rebelión protagonizada por los propietarios. Había estallado la tormenta; todos buscaban refugio. Las escotillas estaban cerradas; no se veía a Paula ni a Amy por ninguna parte (jamás habían intentado, ni remotamente, ejercer sus artes sobre Pemberton, pero éste comprendía que lo tuvieran lo suficientemente en cuenta como para no desear que las viera en el papel de señoritas a las que les habían confiscado sus vestidos); y en cuanto a Ulick, parecía que hubiera saltado por la borda. En una palabra, el hostelero y el personal a su servicio habían dejado de marchar al paso de sus huéspedes, y la atmósfera que rodeaba aquella suspensión embarazosa, merced a los baúles entreabiertos que se amontonaban en el pasillo, se fundía con el ambiente de indignación que rodeaba la retirada.

Quando Morgan captó todo aquello (y lo captó con gran rapidez) enrojeció hasta la raíz del pelo. Llevaba caminando entre peligros y dificultades desde la infancia pero jamás había visto la situación públicamente expuesta. Al dirigirle una segunda mirada, Pemberton advirtió que tenía lágrimas en los ojos y que eran lágrimas de amarga vergüenza. Por un instante se preguntó, pensando en el muchacho, si le resultaría posible fingir que no comprendía lo que pasaba. Imposible, comprendió cuando el señor y la señora Moreen (que se hallaban en su salón exiguo y deshonrado, junto a la chimenea apagada, sin haber cenado, aparentemente sumidos en hondas cavilaciones, tratando de ver qué capital activo figuraba a continuación en su lista) se pusieron en pie al verle. No se les veía abatidos, pero estaban muy pálidos y era evidente que la señora Moreen había estado llorando. No obstante, Pemberton comprendió enseguida que la causa de su dolor no era la pérdida de la cena, aunque era cierto que ésta siempre le proporcionaba un gran placer, sino que obedecía a una necesidad mucho más trágica. Sin pérdida de tiempo expuso en qué consistía aquella necesidad, diciéndole a Pemberton que había sobrevenido el cambio; había caído un rayo y ahora todos tendrían que buscar soluciones. En consecuencia, por muy cruel que les resultara separarse de su querido hijo, la señora Moreen se veía obligada a recurrir al tutor, pidiéndole que, durante un breve periodo de tiempo más, siguiera ejerciendo la influencia que afortunadamente había logrado tener sobre el chico... pidiéndole que convenciera a su joven pupilo de que le siguiera a algún modesto rincón. En una palabra, contaban con que acogiera temporalmente a su maravilloso hijo bajo su protección; eso le dejaría al señor Moreen, y a ella misma, un margen mucho mayor para concederle el reajuste de sus asuntos la atención necesaria (demasiado poca, ¡ay!, les habían concedido ellos).

—Confiamos en usted... nuestros sentimientos nos dicen que podemos hacerlo —dijo la señora Moreen, frotándose con lentitud sus manos blancas y gordezuelas, mientras miraba fija y

la impresión de estar cerrando las escotillas para la tempestad. Pero Morgan sería el último de quien se separaría.

Una tarde de invierno —era domingo Pemberton y el chico se adentraron andando en el Bois de Boulogne. El atardecer era espléndido, y el frío crepúsculo de color limón era tan claro, tan divertido el desfile de carruajes y tan grande la fascinación que ejercía París, que se quedaron hasta más tarde de lo acostumbrado y al final vieron que si no se apresuraban mucho llegarían tarde a la cena. De modo que regresaron a paso vivo, cogidos del brazo, alegres y hambrientos, ambos de acuerdo en que al fin y al cabo no había nada comparable a París y que, después de todo lo que habían experimentado, todavía no se habían saciado de placeres inocentes. Cuando llegaron al hotel averiguaron que, a pesar de haberse retrasado escandalosamente, no habían llegado tarde porque de haber estado tampoco hubiesen cenado. En las habitaciones de los Moreen (muy cochambrosas esta vez, pero las mejores del hotel) reinaba la confusión y ante el aspecto de la mesa (los objetos estaban desplazados casi como si hubiese habido una refriega, y en el mantel había una gran mancha* de vino junto a una botella caída) Pemberton no tuvo más remedio que deducir que el propietario del hotel se había amotinado. Había llegado la tempestad y todos buscaban refugio. Las escotillas estaban cerradas: Paula y Amy no aparecían por ningún lado (jamás habían intentado probar sus artes con Pemberton pero éste pensaba que le habían echado el ojo encima lo suficiente como para no querer mostrarse en su presencia con aire de joven dama a quien le acaban de confiscar sus vestidos), y parecía que Ulick hubiera saltado por la borda. En pocas palabras, el hotelero se había negado a seguir caminando al paso que marcaban sus clientes, y el aire de embarazosa detención se mezclaba, debido a la fila de baúles abiertos que había en el pasillo, con el aire de indignada fuga.

Quando Morgan lo comprendió todo —y fue muy deprisa— se sonrojó hasta las raíces de sus cabellos. Desde su infancia había caminado entre dificultades y peligros, pero nunca había sido testigo de una delación pública como aquella. Pemberton, mirándole por segunda vez, notó que las lágrimas se apresuraban a llenar sus ojos y que eran lágrimas de vergüenza. Se preguntó un instante, por el chico, si no sería posible fingir que no entendía lo que ocurría, y hacerlo con éxito. Pero supo que fracasaría en cuanto vio levantarse en su pequeño y deshonrado salón a Mr. y Mrs. Moreen, sin cenar los pobres, que estaban pensando seguramente a qué nueva animada capital podían dirigirse ahora. No estaban postrados, pero estaban pálidos, y era evidente que Mrs. Moreen había llorado. Pemberton supo muy pronto sin embargo que su dolor no se debía a que se había perdido su cena, aunque acostumbraba a disfrutarlas, sino a una necesidad mucho más trágica. Ella no perdió tiempo y mostró al desnudo esta necesidad explicándole cómo se había producido el cambio y a qué tenían que atenerse ahora que se imponía la fuga y se veían forzados a arreglárselas cada uno por su cuenta. Por cruel que fuera para ellos tener que separarse de su querido pequeño se veía obligada en estas circunstancias a pedirle que aprovechara un poco más la influencia que había adquirido afortunadamente sobre el chico, y le indujera a seguirle a él a algún modesto refugio. En una palabra, le pedían que se llevase temporalmente a su encantador hijito, para que ella y Mr. Moreen estuviesen más libres y pudiesen dedicar la atención que merecían (¡ay, qué insuficiente era la que habían recibido!) a sus negocios.

—Confiamos en usted. Creemos que podemos hacerlo —dijo Mrs. Moreen frotándose lentamente sus gordezuelas manos blancas y lanzando, **compungida**, una **dura** mirada a Morgan, cuyo

Morgan, whose chin, not to take liberties, her husband stroked with a tentative paternal forefinger.

5 “Oh, yes; we feel that we can. We trust
admitted Mr. Pemberton fully, Morgan,” Mr. Moreen
conceded*.

Pemberton wondered again if he might
10 pretend not to understand; but the idea was
painfully complicated by the immediate
perception that Morgan had understood.

15 “Do you mean that he may take me to
live with him—forever and ever?” cried the
boy. “Away, away, anywhere he likes?”

(Como queráis) “Forever and ever? *Comme vous-y-allez!*”
Mr. Moreen laughed indulgently. “For as long
20 as Mr. Pemberton may be so good.”

(luchado) “We’ve struggled*, we’ve suffered,” his
wife went on; “but you’ve made him so your
(superado) own that we’ve already been through* the
25 worst of the sacrifice.”

(apartado la vista) Morgan had turned away* from his
father—he stood looking at Pemberton with
(sonrojo) a light in his face. His blush* had died out,
30 but something had come that was brighter
and more vivid. He had a moment of boyish
(apenas) joy, scarcely* mitigated by the reflection
(inesperado) / exaltation that, with this unexpected* consecration*
of his hope—too sudden and too violent;

35 the thing was a good deal less like a boy’s
book—the “escape” was left on their* hands.
The boyish joy was there for an instant, and
(asustado) Pemberton was almost frightened* at the
revelation of gratitude and affection that

40 shone* through his humiliation. When
Morgan stammered* “My dear fellow, what
do you say to *that*?” he felt that he should
say something enthusiastic. But he was still
more frightened at something else that

45 immediately followed and that made the lad*
sit down quickly on the nearest chair. He
had turned very white and had raised* his
hand to his left side. They were all three
looking at him, but Mrs. Moreen was the

50 first to bound forward*. “Ah, his darling
little heart!” she broke out*; and this time,
on her knees before him and without respect
for the idol, she caught him ardently in her
arms. “You walked him too far, you hurried

55 him too fast!” she tossed* over her shoulder
at Pemberton. The boy made no protest, and
the next instant his mother, still holding him,
sprang* up with her face convulsed and with
the terrified cry “Help, help! he’s going,

60 he’s gone!” Pemberton saw, with equal
horror, by Morgan’s own stricken* face, that
he was gone*. He pulled him half out of his
mother’s hands, and for a moment, while
they held him together, they looked, in their

65 dismay*, into each other’s eyes. “He
couldn’t stand it*, with his infirmity,” said
Pemberton—“the shock, the whole scene,
the violent emotion.”

70 “But I thought he *wanted* to go to you!”
wailed* Mrs. Moreen.

“I *told* you he didn’t, my dear,”
argued Mr. Moreen. He was trembling
75 all over, and he was, in his way, as
deeply affected as his wife. But, after
the first, he took his bereavement* like
a man of the world.

80

85

90

compungidamente a Morgan, cuya barbilla, no osando tomarse libertades, acariciaba su marido con un índice paternal y dubitativo.

—Oh, sí; nuestros sentimientos nos dicen que podemos hacerlo. Confiamos plenamente en el señor Pemberton, Morgan —concedió el señor Moreen.

Pemberton se preguntó de nuevo si le resultaría posible fingir que no entendía; pero aquella idea se complicó dolorosamente, pues al punto se dio cuenta de que Morgan sí había entendido.

—¿Quieres decir que puedo irme a vivir con él? ¿Para siempre jamás? —exclamó el muchacho—
¿Lejos, lejos, donde él quiera?

—Jara siempre jamás? *Comme vous-y-allez!* —rió indulgentemente el señor Moreen—. Mientras el señor Pemberton tenga la bondad.

—Hemos luchado, hemos sufrido —prosiguió su esposa—; pero usted se ha adueñado de él de tal modo que ya hemos pasado lo peor del sacrificio.

Morgan había apartado la vista de su padre; estaba mirando a Pemberton con el rostro iluminado. Había desaparecido el sonrojo, pero en su lugar surgió algo más vívido y luminoso. Tuvo un momento de alegría infantil, apenas mitigada por la consideración de que, al verse sus esperanzas consagradas de un modo tan inesperado (demasiado repentino, demasiado violento; la cosa resultaba menos propia de un libro juvenil), la «huida» quedaba en manos suyas y de Pemberton. La alegría infantil duró un instante, y Pemberton casi tuvo miedo ante aquella revelación de afecto y gratitud que fulguraba en medio de la humillación del muchacho. Cuando Morgan balbució «¿Qué dice usted a eso?» Pemberton se dio cuenta de que debería mostrar entusiasmo. Pero el miedo que este último sentía se acentuó por causa de otra cosa que sucedió inmediatamente después y que obligó al chico a sentarse rápida mente en la silla que tenía más cerca. Morgan estaba muy pálido y se había llevado una mano al lado izquierdo del pecho. Los tres lo miraban pero fue la señora Moreen la primera en inclinarse hacia delante.

—¡Ah, su corazoncito querido! —exclamó; y esta vez, arrodilla da ante él, sin respetar al ídolo, lo cogió ardentemente entre sus brazos; le ha hecho andar mucho, le ha obligado a ir muy de prisa! —le espetó a Pemberton por encima del hombro. El muchacho no hizo ningún ademán de protesta y un instante después, su madre, que todavía lo tenía entre sus brazos, se levantó de un salto y, con la cara convulsionada, empezó a gritar de un modo horrible: ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Se muere! ¡Se ha muerto!

Pemberton comprendió con idéntico horror, por el rostro crispado del niño, que efectivamente estaba muerto. Lo cogió, intentando arrancárselo a su madre de las manos y durante un momento, mientras los dos lo sujetaban, se miraron a los ojos, presas del desconsuelo.

—Con la enfermedad no ha podido soportarlo —dijo Pemberton—; ha sido el golpe, toda la escena, la emoción tan violenta.

—¡Pero yo pensaba que él quería irse con usted! —gimoteó la señora Moreen.

—Ya te dije yo que no, querida —argumentó el señor Moreen. Todo su cuerpo temblaba y, a su manera, estaba tan profundamente afectado como su esposa. Pero, pasado el primer momento, aceptó su dolor como corresponde a un hombre de mundo.

mentón, por no tomarse demasiadas libertades, golpeaba ligeramente Mr. Moreen con un índice paternal poco seguro de sí mismo.

—Sí, creemos que podemos confiar. Confiamos plenamente en Mr. Pemberton, Morgan —admitió M. Moreen.

Pemberton volvió a preguntarse si podía fingir que no entendía nada. Pero la idea se complicó dolorosamente en cuanto vio que Morgan había entendido.

—¿Quieres decir que él puede llevarme a vivir con él, para siempre? —exclamó el chico—. ¿Podremos irnos a cualquier lado, a donde él quiera?

—¿Para siempre? *Comme vous—y—allez!* —rió con indulgencia M. Moreen—. Sólo mientras Mr. Pemberton tenga la bondad de querer conservarte a su lado.

—Hemos luchado, hemos sufrido —continuó su esposa—, pero ha logrado usted hacerlo tan suyo que en realidad ya hemos superado la peor parte del sacrificio.

Morgan le había dado la espalda a su padre y miraba a Pemberton con el rostro iluminado. Ya no estaba sonrojado, pero había aparecido una expresión más brillante y viva. Era un momento de alegría infantil que ni siquiera había podido mitigar el hecho de que, con esta inesperada consagración de su esperanza —demasiado violenta y demasiado repentina; se parecía bien poco a una novela para niños—, tenían que afrontar ellos solos el peso de su «huida». La alegría infantil permaneció en su rostro por un instante, y Pemberton casi se asustó al percibir la gratitud y el cariño que centelleaban a través de su humillación. Luego Morgan tartamudeó:

—¿Qué piensa de esto, amigo mío?

Y Pemberton comprendió que tenía que pronunciar alguna frase entusiasta. Pero todavía se asustó más ante algo que ocurrió a continuación y que hizo que el chico se sentara rápidamente en la silla más cercana. Se había puesto muy blanco y se había llevado una mano al costado izquierdo. Los tres se quedaron mirándose, y Mrs. Moreen fue la primera en adelantarse de un salto hacia él.

—¡Ay, el corazoncito de mi pequeño! —dijo por encima de su hombro dirigiéndose a Pemberton. El chico no protestó, y al instante siguiente, su madre, sosteniéndole en sus brazos, se dio la vuelta con la cara congestionada para gritar aterrada:

—¡Socorro, socorro! ¡Se nos va, lo perdemos!

Pemberton, igualmente horrorizado, comprendió al ver la cara de Morgan que ya lo había perdido. Se agachó y se lo quitó en parte del abrazo de su madre, y por un momento, mientras le sostenían entre los dos, se miraron, consternados, a los ojos.

—No ha podido soportarlo, estaba demasiado enfermo —dijo Pemberton—. No ha podido soportar la conmoción, la escena, la violencia de la emoción.

—¡Pero yo creía que él quería irse con usted! —gimoteó Mrs. Moreen.

—Ya te dije que no quería, querida —argumentó Mr. Moreen. Temblaba de pies a cabeza y, a su modo, estaba tan profundamente afectado como su esposa. Pero, pasada la impresión del primer momento, se tomó aquella íntima pérdida como un hombre de mundo.